

010764

PR5319

.A2

A44

1831

v.2

c.1



1080022136



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

VALERE FLAMMAM

LIBRARIIS

LIBRARIIS



Rafael Cagigas
Gon^{ra}

OBRAS
DE WALTER SCOTT.

KENILWORTH.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

KENILWORTH,
NOVELA DE WALTER SCOTT;

PRECEDIDA DE UNA NOTICIA

SOBRE EL CASTILLO DE KENILWORTH

Y SOBRE EL CONDE DE LEICESTER;

TRADUCIDA

Por D.^N PABLO DE XÉRICA.

« Es la reina Isabel virtuosa y bella :
« Jamas os permitais decir mal della. »

El Crítico.

TOMO SEGUNDO.

BURDEOS,

IMPRENTA DE D.^N PEDRO BEAUME

1831.

46991

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller



PR5319

AL

A44

1831

V.2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

KENILWORTH.

CAPITULO IX.

Aquí es donde ha colocado
Su fragua; y cuando amanece,
Su fuerte brazo aparece
De un martillo enorme armado
Con gran violencia golpea
El hierro que ha enrojecido
El carbon, que así chispea
Y con fuelles ha encendido.

GAY.

HABIENDO convenido Tresilian con Gil Gosling en que le convenia evitar que en las inmediaciones de Cumnor le divisase alguno de los que por casualidad pudiesen salir del lecho ántes de amanecer, el posadero le habia indicado un camino poco frecuentado que por diversas sendas y rodeos debia conducirle, si le seguía exactamente, al camino real de Marlborough.

Pero, así como otros consejos de distinto género, eran estas instrucciones mas fáciles de darse que de seguirse, y los continuos recodos del camino, la oscuridad de la no-

II.

I

010761

che, el poco conocimiento que tenia del terreno, y las tristes reflexiones que ocupaban su imaginacion, le estraviaron de tal suerte que la aurora le encontró no mas léjos que en el valle de White-Horse, sitio memorable por una batalla que perdiéron los Dinamarqueses. Notó entónces que su caballo estaba desherrado de un pié delantero, lo que podia retardar su viage si el animal llegaba á ponerse cojo. Su primer cuidado fué preguntar á dos aldeanos que iban á sus labores, en donde podria encontrar un herrador; pero no le supieron decir cosa de provecho. Queriendo aliviar á su caballo en cuanto le fuese posible, se apeó, y le condujo por la brida ácia un pueblecito en donde esperaba poder hallar quien le sacase del apuro. Llegó allí por un camino estrecho lleno de lodo y de malos pasos, y solo dió con algunas miserables chozas, en cuyas puertas se preparaban á comenzar sus trabajos dos ó tres aldeanos de mala facha. Una de estas chozas tenia mas buena apariencia que las otras, y la vieja que barria la entrada tenia mejor estampa que sus vecinos. Tresilian, acercandose á ella, le preguntó lo que en vano habia procurado saber de los otros.

— ¡Un herrador! dijo la vieja mirandole con una especie de sorpresa: ¡si hay aquí un

herrador! sí por cierto; pero ¿que le quiere vm.?

— Que hierre mi caballo que ha perdido una herradura.

— ¡Señor Holyday! gritó sin responderle, ¡señor Erasmo Holyday! venga vm., venga vm. pronto, si gusta.

— *Favete linguis*, respondió una voz que salia de adentro. Estoy en el momento mas crítico de mis estudios matutinos, y no puedo dejarlos.

— Pero es preciso que venga vm., señor Holyday; aquí hay un viagero que pregunta donde está la habitacion del herrador Wayland, y no seré yo quien le enseñará el camino para ir al diablo. Se le ha desherrado el caballo.

— *Quid mihi cum caballo?* respondió la misma voz. Creo que solo hay un hombre instruido en todo este distrito, y se necesita de él para herrar un caballo.

Entretanto al decir esto el bueno del pedagogo se presentó; sus vestidos bastaban para reconocerle al momento por tal. Era muy alto, muy flaco, y entre los largos cabellos negros que cubrian su cabeza se asomaban algunos blancos. Sus facciones manifestaban estampada la magistral autoridad, que sin duda Dionisio trasladó, desde el trono que dejaba, á la silla de maestro de escuela que despues ocupó,

y que pasó á título de legado á todos sus sucesores en esta profesion. Solo se veía de su vestido un gran sayo negro que ajustaba un cinturón de cuero del mismo color, del que estaban suspendidos, en lugar de sable, un gran cartapacio de cuero, y al lado opuesto una grande palmatoria al modo de Arlequin, y tenia en su mano el volúmen descuadernado en que acababa de leer.

Viendo un hombre del carácter de Tresilian, que el pedante se hallaba en estado de juzgar mejor que los demas habitantes del pueblo, se quitó la gorra, y le saludó diciendole: *Salve, domine. ¿Intelligisne linguam latinam?*

— Tresilian quiso mostrarse sabio, y le respondió: *Latinae linguae haud penitus ignarus, veniã tuã, domine eruditissime, vernaculam libentiùs loquar.*

Esta respuesta en latin produjo en el maestro de escuela el mismo efecto que los signos de los fracciones producen, segun dicen, en los hermanos del mandil. Al punto empezó á interesarse en favor del sabio viagero, escuchó la historia del caballo desherrado, y le dijo con un tono solemne: — Pareceria una cosa sencilla, *doctissime domine*, decir á vm. que una milla distante *ab hoc tugurio* se encuentra el mejor *faber ferrarius*, el mas há-

bil herrador que puede hallarse en el mundo. Si pues dirigiese yo á vm. este language, oso decir que estaria vm. *voti compos*, como vulgarmente se dice, muy satisfecho.

— Al menos, dijo Tresilian, obtendria una respuesta directa, lo que no parece cosa muy fácil en esta tierra.

— ¡Ciertamente, dijo la vieja, cuando solo se trata de enviar una alma pecadora á Satanás! ¡indicar á una persona de carne y hueso la habitacion de Wayland!

— ¡Poco á poco, Gammer Sludge! dijo el dómine, ¡poco á poco! *curetur jentaculum*, no deje vm. quemar mis sopas en leche. Este caballero no está de humor de escuchar tanta prosa. Volviendose ácia Tresilian entónces, le dijo: Parece pues, señor, que se encontraria vm. *bis terque felix*, si yo le indicase la habitacion de ese herrador.

— Tendria á lo menos, señor, respondió Tresilian, todo lo que ahora me falta, un caballo en estado de llevarme al fin de mi viage; y léjos de tu erudicion, añadió para su capote.

— ¡*O cæca mens mortalium!* dijo el doctor de aldea. ¿Sabe vm. que es lo que pide? Con razon dijo Juvenal: *Numinibus vota exaudita malignis.*

— Señor mio, dijo Tresilian, la erudicion

de vm. es tan sublime, que le suplico me permita buscar fuera de aquí otras personas á quienes pueda comprender.

— ¡He aquí los hombres! huyendo siempre de las luces, de los consejos, de la instruccion. Quintiliano decia bien....

— Por amor de Dios deje vm., señor, en descanso á ese Romano célebre, y dígame si se dignará su ciencia selecta informarme si podré encontrar aquí alguna posada en donde descansen mi caballo mientras voy á buscar al herrador.

— Eso será una cosa fácil, señor, pues aunque no existe un *hospitium* en forma en este pobre rincón, *nostra paupera regna*, sin embargo, como tiene vm. algunas nociones, al menos alguna tintura de las letras, emplearé mi intercesion con la ama de la casa para procurarle un plato de sopas en leche, alimento muy sano, de que no han hablado los autores latinos de que hago memoria. Atarémos el caballo al pesebre, le daremos en abundancia heno, pues la buena muger tiene tal provision, que puede decirse que su vaca se entierra en él hasta los cuernos, *faenum habet in cornu*. Y si gusta vm. hacerme el honor de acompañarme á almorzar, el banquete no le costará nada, *ne semissem quidem*, porque Gammer Sludge me debe estar sumamente

agradecida por el trabajo que me he tomado en formar su único heredero Dick ó Ricardo, muchacho de grandes esperanzas, á quien he hecho con felicidad viajar por entre los elementos de la lengua latina.

— Dios se lo pague á vm., señor Holyday; y en cuanto á este digno caballero, si quiere aceptar nuestro almuerzo, le pondré al punto sobre la mesa. Por lo demas, no tengo el alma tan baja que quiera recibir un cuarto por dar de comer á un hombre y á una bestia.

Viendo el estado de su caballo, Tresilian creyó que lo mejor que podia hacer era aceptar el convite que se le hacia de un modo tan sabio por una parte, y tan obsequioso por otra; y esperaba que cuando el dómine hubiese agotado todos sus latines y su conversacion, se dignaria por último decirle donde vivia el dichoso herrador. Entró pues en la choza, y almorzó con Erasmo Holyday, escuchando durante media hora la siguiente relacion de la vida del maestro de escuela, que jamas hallaba ocasion de hablar sobre lo que á él le interesaba. Disimulenos el pío y benévolo lector, si, en lugar de seguir paso á paso al docto personage en todos los pormenores con que favoreció á Tresilian, nos limitamos únicamente á darle el siguiente extracto.

Habia nacido en Hogsorton, en donde,

segun el proverbio popular, los cerdos tocan el órgano, proverbio que él interpretaba de una manera alegórica, refiriendole á los cerdos de Epicuro, en cuyo número hacia gala de contarse Horacio Flaco. Su nombre Erasmo le provenia en parte de que su padre era hijo de una famosa lavandera que habia lavado á este sabio ilustre sus camisas todo el tiempo que permaneció en Oxford, lo que ofrecia sus dificultades, porque las camisas eran dos, y mientras la una se ensuciaba, era preciso lavar la otra con puntualidad y exactitud. El señor Holyday poseia aun con orgullo parte de una de esas *camisix* que su abuela habia conservado en pago de lo que le debia. Pero él creía que otro motivo mas poderoso y mas plausible habia contribuido á la eleccion del nombre de Erasmo que le pusieron en la pila bautismal, y era un presentimiento secreto que tenia su madre durante el embarazo, de que el futuro infante seria de un ingenio que elevaria con el tiempo su fama al nivel de la del sabio Holandés.

El apellido del maestro de escuela le dió asunto para otra disertacion tan larga como su nombre de bautismo. Inclinabase á creer que se llamaba Holyday, *quasi lucus à non lucendo*, porque daba á los muchachos pocos dias de huelga ó de asueto. Asi es que al

maestro de escuela, decia él, le llaman los autores clásicos *ludi magister*, porque impide á los muchachos jugar en la escuela y ser enredadores. Sin embargo, por otra parte hallaba que se podia dar á este apellido otra interpretacion, y suponer que tenia relacion con el talento superior que poseia para arreglar los juegos escénicos, los bailes, y demas diversiones de las fiestas (1), talento que reconocian en él muchas personas de la mas alta clase, en las provincias y en la corte, entre ellas el noble conde de Leicester. Y aunque parece ahora que me olvida, añadió, por el gran cúmulo de negocios de estado que le abruma, estoy firmemente persuadido de que si tuviese que disponer algunas fiestas magníficas para divertir á su magestad la reina, mas de cuatro caballeros vendrian á buscar la humilde choza de Erasmo Holyday. Entretanto, *contentus parvo*, escucho á mis discípulos declinar y conjugar, y paso el tiempo con el socorro de las Musas. He firmado siempre ademas mi correspondencia con los sabios estrangeros, *Erasmus ab die fausto*, y con este título he gozado de la consideracion debida á los sabios, pues el erudito Diedrich

(1) *Holyday* significa en inglés dia de vacaciones, y tambien dia de fiesta. (Nota del Traductor.)

Buckerschockius me ha dedicado bajo este nombre su tratado sobre la letra griega *Tau*. En fin, señor, he sido un hombre dichoso y distinguido.

— ¡Dios quiera que siga esa dicha por muchos años, señor mio! dijo Tresilian; pero permitame vm. que valiendome de su estilo y language le pregunte: *¿quid hoc ad iphycli boves?* ¿que tiene eso que ver con un caballo desherrado?

— *Festina lentè*. Luego vamos á llegar á ese asunto. Ha de saber vm. que habrá cosa de dos ó tres años vino á estas cercanías un hombre que decia llamarse el doctor Doboobie, aunque quizá ni aun habia sido en su vida ni siquiera *magister artium*, á no ser que lo fuese por la gracia de un sopista; ó si tenia algunos grados en las ciencias, se lo habia dado el diablo, porque era un ladino y practicaba lo que vulgarmente se llama la mágica blanca. Me parece, señor, que vm. se impacienta, *impatiens moræ*; pero si un hombre no ha de poder contar su historia á su modo, ¿como quiere vm. que la cuente?

— Pues bien, cuéntela vm. como le diere la gana, pero procurando que no sea demasiado larga, porque estoy de prisa.

— Pues bien, señor, dijo Holyday con una perseverancia inapeable, no diré á vm. que

ese Demetrio, porque así se llamaba en país estrangero, fuese precisamente brujo; pero es cierto que se decia iniciado en el órden místico de los Rosacruces, un discípulo de Geber, *ex nomine cujus venit verbum vernaculum gabeur*. Curaba las heridas trabajando sobre el instrumento que las habia hecho; decia la buena ventura por medio de la quiromancia; con un cedazo descubria las cosas robadas; sabia el medio de hacerse invisible; esperaba encontrar pronto la panacea ó remedio universal, y sabia convertir el mejor plomo en plata de poca ley.

— En resumidas cuentas, dijo Tresilian, era un charlatan, un impostor. Pero ¿que tiene que ver todo eso con mi caballo y la herradura que le falta?

— Con un poco de paciencia lo sabrá vm. al momento, respondió el sabio difuso. Paciencia pues, cuya palabra, segun Marco Tulio Ciceron, significa *difficilium rerum diurna perpessio*. Es pues el caso que el dicho Demetrio Doboobie, despues de haber alucinado al pueblo, empezó á brillar *inter magnates*, entre los grandes, y es probable que hubiera conseguido una elevacion considerable si, segun un rumor vulgar cuya certeza ignoro, no hubiese venido el diablo á buscar lo suyo, y cargar con Demetrio, de

quien no hemos oido hablar desde entónces. Ahora entra la *medulla*, el verdadero meollo de mi historia. Este doctor Doboobie tenia un criado, un pobre diablo suplefaltas, que empleaba en encender los hornillos, pesar las drogas, mezclarlas, trazar los círculos, conchavar los pacientes, *et sic de cæteris*. Pues bien, habiendo desaparecido el doctor de un modo tan estraño, como por escotillon, dejando á todo este país espantado; este su acólito ambidestro dijo con nuestro amigo Virgilio: *¡Uno avulso non deficit alter!* Y á la manera que un mozo de tienda se establece en ella luego que ha muerto el tendero, ó le hace un traspaso dejando aquel comercio, así Wayland abrazó el estado peligroso del doctor á quien habia servido. Pero aunque se halla siempre la gente dispuesta á dejarse persuadir de las arengas y discursos de los que, tomando el título de doctores en medicina, no vienen á ser en resumidas cuentas mas que unos saltimbanquis y charlatanes ignorantes, el pobre Wayland no se hallaba en estado de deslumbrar de esa manera, y no habia paisano que no le dirigiese estos dos versos de Persio, trasladados en su language grosero:

*Diluis helleborum, certo compescere puncto
Nescius examen? Vetat hoc natura medendi.*

Es decir, mezclas y preparas las drogas sin

saber la dósis que debe entrar de cada una; el Dios de la medicina lo prohíbe. Por otra parte, la mala reputacion del amo, su fin sospechoso y estraño, ó por lo menos su desaparicion súbita, hacian que ninguno, á no ser las gentes que nada temen ni en este mundo ni en el otro, fuese á pedir consejo á su sucesor, que probablemente hubiera muerto de hambre si el diablo, que le sirve despues de la muerte, rapto ó huida del doctor, no le hubiera inspirado un nuevo proyecto. Ya sea que deba este talento al diablo, ya sea que le haya adquirido siendo mas jóven, lo cierto es que hierra las caballerías mejor que todos los herradores de la Inglaterra juntos; de suerte que renunciando á curar á los bipedes, á la especie de dos piés, la raza sin plumas, vulgarmente llamada el género humano, se limita ahora al oficio de herrador.

— ¡Es cierto? dijo Tresilian. ¡Hierra en efecto bien los caballos? ¡Y donde vive? Guieme vm. al punto á su habitacion.

— *¡O cæca mens mortalium!* He ya empleado esta citacion, pero busco en vano en todos los autores clásicos un pasage capaz de detener al que quiere correr á su perdicion. Escuche vm. en primer lugar las condiciones que este hombre exige por su trabajo, ántes de decidirse á correr el riesgo de ponerse en sus manos.

— No trabaja por dinero, dijo la vieja que con la boca abierta y fijos sus ojos en el dómine escuchaba absorta cada palabra que pronunciaba. Pero esta interrupcion no fué mas del gusto del doctor Holyday que las del viagero.

— ¡Silencio, Gammer Sludge! dijo; *sufflaminata*. A mí me pertenece explicar este asunto á nuestro digno huésped. Esta buena muger dice la verdad, señor; este *faber ferrarius*, por otro nombre herrador, no recibe dinero por cierto de alma viviente.

— Y es una prueba de que tiene hecho pacto con el diablo, dijo la vieja, porque ningun buen cristiano ha rehusado jamas recibir el salario de su trabajo.

— La buena muger ha vuelto á dar en el hito de la dificultad, dijo el pedante: *rem acu tetigit*. Es muy positivo que ese Wwayland no toma dineros, ni aun se deja ver de nadie.

— ¿Y es posible, dijo Tresilian, que ese loco, pues por tal le tengo, sea diestro en su ejercicio?

— En cuanto á eso, señor mio, es preciso dar al diablo lo que es suyo. Mulcifer y todos sus cíclopes no lo harian mejor; pero no seria por cierto prudente pedir socorro ni consejo á un hombre que tiene hecho pacto con el autor de todo mal.

— Correré ese riesgo, señor Holyday; y como mi caballo debe haber comido ya su pienso, doy á vm. gracias de la buena acogida, y le suplico me indique la habitacion de ese hombre para que pueda seguir mi viage.

— *Do manus*. Consiento en ello, pero el universo es testigo de que he advertido á vm. completamente el peligro que corre su alma burlandose asi con Satanás. No le acompañaré á vm. yo mismo, pero enviaré á mi discípulo que le servirá de guia. *¡Ricarde! adsis, nebulo*.

— No por cierto, no lo consentiré, dijo la vieja. Esponga vm. si gusta su alma, pero mi Dick no se encargará de semejante comision. ¿Es posible, señor Holyday, que quiera vm. enviarle á un sitio semejante?

— Escuche vm., muger de Dios. Ricardo irá solamente hasta lo mas alto de la cuesta, y desde allí podrá enseñar con el dedo á este digno viagero el sitio á donde debe dirigirse. Y por otra parte, nada de malo le puede suceder, porque ha leído esta mañana en ayunas un capítulo de los Setenta, y recitado su leccion del Nuevo Testamento griego.

— Y tambien, añadió su madre, he cosido yo en el cuello de su chaqueta un ramito del olmo de las brujas, despues que ese maldito mágico ha empezado á obrar sobre personas y bestias.

— Y como va continuamente á verle por su gusto, segun yo sospecho, puede muy bien acercarse una vez por servir á un viagero; así pues, *heus, Ricarde, adsis queso, mi didascule.*

El discípulo, llamado de esta manera, se presentó entonces en el cuarto. Era tan pequeñito que no le hubieran dado mas que doce ó trece años, aunque probablemente debia tener mas. Caminaba de medio lado, era feo y contrahecho, y sin embargo se mostraba ingenioso y maligno. Cabello rubio desordenado, rostro cubierto de pecas, nariz aplastada, barba de chancleta, ojos azules muy encajados, y que sin ser enteramente bizcos jamas miraban á derechas, le hacian un ente ridículo. Para completar el cuadro y remachar el clavo, Gammer Sludge le estrechó entre sus brazos llamandole portento de belleza, y colmandole de caricias, á que solo contestó queriendo desasirse.

— *Ricarde*, dijo el preceptor, es preciso que vayas al momento, es decir *protinus*, hasta el alto de la cuesta, para indicar á este extranjero la habitacion de Wayland.

— ¡He aquí una bella comision! dijo el muchacho en mejores términos que se aguardaba Tresilian. ¿Y quien sabe si volveré? ¿quien sabe si me llevará el diablo?

— Sí, sin duda alguna, dijo la vieja, y vm. hubiera debido pensarlo mejor, señor Holyday, ántes de dar tal comision á mi Benjamin. ¿Es ese el pago que vm. me da por vestirle y alimentarle?

— *Nugæ*, Gammer Sludge; aseguro á vm. que Satanás, si acaso Satanás toma cartas en este asunto, no le tocará al pelo de la ropa. El sabe muy bien el *pater noster qui est in cælis*, y puede conjurar al demonio en latin: *Eumenidum Stygiumque nefas...*

— Yo he cosido en su manga hojas de fresno montaraz, lo que es mas seguro que los latines de vm.; pero con todo no hay que irse en busca del diablo y sus consortes.

— Muchacho, dijo Tresilian, que vió en su fisonomía que obraria mas bien segun su voluntad que la de los demas, te daré una buena gratificacion si quieres acompañarme.

— Ricardo le hizo señas de que consentia, exclamando al mismo tiempo: ¡Yo acompañarle á vm.! ¿no le he dicho que podria llevarme el diablo, como se lleva ahora mismo el gato un pollito de mi abuela? añadió mirando por la ventana.

— ¡Ah ladron! ¡ah ladron! gritó la vieja; y pensando solo en su pollo, corrió ácia el patio como una loca.

— Vamos ahora, dijo Ricardo á Tresilian,

tome vm. su sombrero, pida vm. su caballo, y echemos á andar.

— Aguarda, aguarda, dijo el dómine: *sufflamina, Ricarde.*

— Dejeme vm., respondió Ricardo, y disculpese vm. con mi abuela de haberme enviado en posta al diablo.

El pedante, que conocia todo el peso de la responsabilidad de que iba á cargarse, procuró nuevamente impedir que partiese. Pero Ricardo tenia buenas piernas; y saliendo de la choza, corrió mas ligero que un corzo hasta cierta altura, miéntras Holyday, sabiendo por esperiencia que seria en vano seguirle, recurría á todos los adjetivos y requiebros mas cariñosos que podia darle el vocabulario latino, para llamarle. Pero los *mi anime, corculum meum*, y otras espresiones semejantes, no produjéron efecto alguno; el muchacho se hizo de pencas, y saltando y brincando en el sitio donde aguardaba, como los duendes á media noche, hacia señas á Tresilian de acercarse.

Sin pérdida de tiempo sacó Tresilian su caballo para seguir al guia. Dió gracias al maestro de escuela, y casi le forzó á recibir una gratificación que no dejó de calmar la inquietud en que se hallaba miéntras volvía la vieja, lo que no tardó en verificarse, pues el viagero

y su guia estaban cerca aun cuando oyéron los chillidos que daba mezclandolos con las citas clásicas del docto Erasmo Holyday. Pero Ricardo, tan sordo á la voz de la ternura maternal como á la de la autoridad del dómine, iba delante de Tresilian sin detenerse, contentandose con decir que si se ponían roncos con tanto gritar, podían lamer el tarro de miel que habia dejado vacío la vispera.

CAPITULO X.

En invierno y en verano
Una cueva le servia
De habitacion, y tenia
Por compañero un enano.

SPENCER.

— ¿ESTAMOS léjos todavía de la habitacion de ese herrador, hermoso niño? preguntó Tresilian al muchacho, despues de haberse alejado un poco.

— ¿Como me llama vm.? dijo Ricardo mirandole con grande atencion.

— Te llamo hermoso niño. ¿Te enfada que te llame asi?

— No por cierto; pero si estuviese vm. aun con mi abuela y con Erasmo Holyday, podrian cantar vms. un trio con los versos de la letrilla antigua:

¿En donde alojarás pues
Los tres locos que aquí ves?

— ¿Y por que, hijo mio?

— Porque ningun otro, sino vms. tres, me ha llamado nunca niño hermoso. Mi abuela

me llama asi porque está casi ciega, y el parentesco la acaba de cegar; el señor Holyday por complacerla, y asegurarse asi un buen sitio junto al fuego, y un gran plato de sopas de leche. En cuanto á vm., no sé cuales serán sus motivos.

— Pues bien, si no eres hermoso, eres por lo menos malicioso. ¿Como te llaman los otros muchachos?

— El duende; pero sin embargo mas quiero tener mi cara fea que su cabeza sin seso.

— ¿Tienes miedo á este herrador que vamos á ver?

— ¡Temerle yo! aunque fuese tan diablo como creen esos mentecatos, no le temeria. Pero aunque hay en él algo de extraordinario, no es mas diablo que vm. ni que yo, y me guardaré de decir esto á nadie sino á vm.

— ¿Y por que me lo dices, hijo mio?

— Porque no es vm. un hombre de los que vemos por ahí todos los dias; y aunque soy feo como un pecado mortal, no quisiera creyese vm. que soy un borrico, pues algun dia pediré á vm. un favor.

— ¿Y que favor es ese, Ricardo, al que no debo llamar hermoso niño?

— Me le rehusaria vm. en este momento; pero se le pediré cuando volvamos á encontrarnos en la corte.

— ¡En la corte, Ricardo! ¿piensas ir á la corte?

— ¡Ah! ya veo que es vm. como todos los demas. Porque me vé vm. tan feo, dice vm.: ¿que podrá él hacer en la corte? Pero deje vm. á Ricardo Sludge: de algo le servirá haber sido aquí el gallito, y el fondo suplirá lo que falta al exterior.

— ¿Y que dirá Gammer Sludge? ¿que dirá el señor Erasmo Holyday, tu maestro?

— Que digan lo que les diere la gana. Harto que hacer tienen ella con contar sus pollos, y él con azotar á sus discípulos. Hace tiempo que los hubiera dejado plantados, y vuelto las espaldas á este pueblo miserable, si el señor Holyday no me hubiera prometido darme algun papel que pueda representar en la primera fiesta que tenga que disponer; y dicen que habrá pronto una muy grande.

— ¿Y en donde, amigo mio?

— En un castillo ácia el norte, bien léjos del condado de Berks, y pretende el maestro que tendrán que echar mano de él para disponer alguna hermosa fiesta. Es posible que así suceda, pues otras veces ha hecho lo mismo. No es tan loco como parece; y cuando emprende alguna cosa de esas, se sale con su tema. Recita versos como los cómicos, y sin

embargo sabe Dios que ántes de coger un huevo que esté debajo de una gallina, se dejará acoquinar por la clueca.

— ¿Y vas á representar algun papel en las próximas fiestas? dijo Tresilian empezando á tomar interes, porque la conversacion del muchacho anunciaba cierta audacia y algun talento para saber apreciar á los hombres.

— Si por cierto, respondió Ricardo: me lo ha prometido, y si falta á su palabra, ¡pobre de él! Si llega á ponerme el freno, y quiere hacerme caminar ácia el pueblo, de un respingo le haré apearse por las orejas y le quebraré las costillas. Sin embargo no quisiera hacerle mal tampoco, pues aunque es tan fastidioso y pesado, se ha tomado el trabajo de enseñarme cuánto ha podido. Pero hemos llegado ya á la fragua de Wayland.

— No es posible, tú te chanceas; yo no veo sino una cuestecita en que hay grandes piedras colocadas en círculo, y enmedio de ellas una mayor que las demas, lo que tiene mucha analogía con las sepulturas antiguas que se ven aun en Cornouailles.

— Pues bien, esa gran piedra que está enmedio de las otras es el mostrador de Wayland: allí es preciso que deje vm. el dinero.

— ¿Que locura es esa? preguntó Tresilian

empezando á enfadarse, y creyendo que el muchacho queria reirse á su costa.

— Es necesario, continuó Ricardo haciendo un gesto, que ate vm. su caballo á esa piedra en que hay una argolla, y que ponga un medio duño en la de enmedio, como he dicho; despues silbe vm. tres veces, y saliendo del círculo vayase vm. á sentarse detras de ese matorral, sin mirar á derecha ni á izquierda miéntras oiga los golpes del martillo. Rece vm. entónces tres padres nuestros y tres ave marías, ó cuente vm. hasta llegar á ciento, pues es la misma cosa; volviendo al círculo entónces, hallará vm. de menos el dinero y herrado el caballo.

— El dinero de menos lo creo: no tienes que jurarmelo, pero lo demas.... Mira, Ricardo, escucha, yo no soy tu maestro, pero si intentas hacerme alguna jugarreta, yo haré sus veces, y te daré una buena zurra.

— Si puede vm. atraparme, respondió el muchacho; y echó á correr de modo que Tresilian no pudo alcanzarle de ninguna de las maneras, porque le pesaban mucho las botas. Lo que aumentaba su despecho, era ver que el bribonzuelo no huía con precipitacion como quien tiene miedo, sino que se detenía á cierta distancia para que Tresilian le siguiese; y cuando se acercaba, volvía á echar á correr

con la rapidez del viento, rodeando de manera que, sin alejarse de donde habian salido, daban vuelta por todos lados.

Fatigado y rendido Tresilian se detuvo por fin, y estaba casi resuelto á desistir de su empresa, echando pestes contra el mico travieso que le jugaba aquella pieza, cuando Ricardo desde una altura le hizo frente dando palmoteos, apuntandole con el dedo, y haciendo todas las demostraciones de un niño que se burla del que le persigue. No sabia si debia enfadarse ó reirse; pero al fin queriendo intimidarle, montó á caballo, creyendo alcanzarle así sin dificultad.

Cuando Ricardo conoció su designio, dijo:

— Aguarde vm., aguarde vm., no quiero que estropee vm. su cuatralbo: allá voy, pero prometa vm. no castigarme.

— No te concederé ninguna condicion, bribonzuelo, dijo Tresilian; tendrás que entregarte á discrecion al momento.

— ¡ Ah, ah, ah! señor viagero, respondió el muchacho, ¿ no sabe vm. que hay aquí cerca unos pantanos capaces de tragarse todos los caballos de la guardia de la reina? verémos si me seguirá vm. por aquel lado.

Vió en efecto Tresilian no léjos de allí un sitio cubierto de juncos y cañaverales, y muy pantanoso; y pensando que en esta parte Ri-

cardo le decia la verdad, se llamó á cuentas y se decidió á entrar en negociaciones de paz con un enemigo tan ágil y resuelto. — Ven, le dijo, picaruelo, te prometo á fé de hombre de bien y caballero no castigarte como merecias.

El muchacho cedió por su parte sin vacilar ni un momento, y bajó la cuesta corriendo y dirigiendose á Tresilian, que apeado y teniendo al caballo por la brida, estaba desalentado de tanto como habia corrido, en vez que al rapaz ni siquiera le relucia la frente.

— Dime ahora, grandísimo bribon, ¿ por que me tratas de esta manera? ¿ Con que designio me has contado las paparruchas que querias hacerme tragar? Llevame á la fragua del herrador, y te daré para comprar manzanas todo el invierno.

— Aunque me diese vm. todas las de una huerta, no dejaria de repetirle que lo que le he dicho es lo único que hay que hacer. Ate vm. el caballo á la argolla, ponga vm. el dinero sobre la piedra, silbe tres veces, y sientese donde le tengo ya dicho, detras del matorral: todo eso es indispensable. Yo acompañaré á vm., y le aseguro que oirá los martillazos del herrador dos minutos despues que estemos sentados. Si asi no suce-

diere, consiento en que me desnulle vm. vivo como á San Bartolomé.

— Cuidado contigo, pues si quieres reirte todavía á mi costa, podrá muy bien suceder que asi lo ejecute. En este supuesto voy á probar tu talisman. Ya está atado el caballo, ya está depositado el dinero, voy á silbar tres veces.

— No es eso: un buho en cañones silbaria mejor en su nido; es preciso silbar mas recio para que pueda oír el herrador: ¿ quien sabe donde estará á estas horas? tal vez se halla en las caballerizas del rey de Francia.

— Pero tú me has dicho que no es un diablo.

— Diablo ó no diablo, preciso será que me encargue yo de evocarle por vm.

Al decir esto, dió tres silbidos tan agudos, que Tresilian tuvo que taparse las orejas por no oírle. Esto es lo que se llama chiflar, añadió; ahora vamos á escondernos, sin cuyo requisito el cuatralbo quedará sin su herradura por ahora.

Deseando ver Tresilian el paradero y fin de todas estas ceremonias, y empezando á creer que producirian al fin un resultado serio, vista la seguridad del rapazuelo que ya no trataba de escaparse, se dejó llevar al sitio indicado, y pensando que podria ser una as-

tucia para robarle el caballo, continuó teniendo cogido á Ricardo por el cuello, guardándole en rehenes.

— ¡Ya! ¡ya! dijo Ricardo, escuche vm.: vamos á oír el ruido de un martillo que no es de hierro fabricado por la mano del hombre, sino hecho con una piedra caída desde la luna. Efectivamente, al instante oyó Tresilian el ruido que hacia un mariscal herrando un caballo. El oír tal ruido en un sitio apartado al parecer de toda habitacion, le hizo temblar sin querer. Pero mirando al rapaz, y conociendo en el gesto malicioso de su rostro que se regocijaba de ver su espanto, se convenció de que era este algun stratagema premeditado, y quiso saber como y por quien se ejecutaba.

Permaneció pues tranquilo mientras oyó el ruido del martillo, lo que duró el tiempo que necesita un buen mariscal para herrar un caballo; pero cuando cesó el ruido, en lugar de aguardar el intervalo que el rapaz le habia mandado, precipitandose sable en mano ácia el lugar de la escena, apénas dió la vuelta al matorral, cuando descubrió á un hombre con el mandil de cuero de un herrador, pero cubierto de un modo extraño con una piel de oso, y con una gorra de igual estofa que ocultaba en parte su rostro tizado.

— Venga vm., venga vm., gritó el muchacho á Tresilian, que le hará á vm. pedazos; nadie le vé impunemente. Y en efecto el invisible herrador, visible ahora, enarbolando su martillo, se preparaba á atacar ó por lo menos á defenderse.

Viendo el muchacho que ni sus gritos ni las amenazas del herrador bastaban á detener á Tresilian que se adelantaba con el sable en la mano, se dirigió tambien al brujo albeitar diciendole: — Wayland, dejale, es un caballero, verdadero caballero que no se deja acoquinar.

— Segun eso me has vendido, Flibbertigibbet, dijo el herrador; ya me la pagarás, bribon.

— Quien quiera que seas, dijo Tresilian, no tengas cuidado alguno; pero es preciso que me digas por que ejerces tu oficio de un modo tan misterioso y extraño.

El herrador, volviendose ácia Tresilian, le contestó con ademán amenazador: — ¿Quien se atreve á preguntar de ese modo al guarda del castillo de Cristal de Luz, el señor del Leon Verde, el amo del Dragon Rojo? ¡Retirate, alejate, ántes que evoque á Talpach con su lanza de fuego, que te convertiria en átomos, en ceniza! Acompañó á estas palabras un gesto horroroso, enarbolando el martillo con un aire formidable.

— Poco á poco, vil impostor, dijo Tresilian, ¿crees intimidarme con semejante lenguaje? Ven conmigo ante un magistrado, si no quieres que te atravesie con mi sable.

— Poco á poco, Wayland, dijo Ricardo, las palabrotas no harán hoy gran cosa, y es preciso usar de otro estilo.

— No creo, señor, dijo el herrador sometiéndose y bajando su martillo, que cuando un pobre hombre gana su vida en regla, le sea prohibido valerse para ello de sus tretas. El caballo está herrado, y el herrador pagado y satisfecho: lo que resta es que vm. vuelva á montarle, y prosiga en paz y en gracia de Dios su camino.

— Otra cosa falta, respondió Tresilian. Es un deber de todo hombre honrado y buen ciudadano el quitar la máscara á los charlatanes impostores que engañan al vulgo ignorante, y tu modo de vivir me hace creer que eres tú uno de tantos estafadores y bribones.

— Si vm. está resuelto á ello, no podré salvarme sino con la fuerza, y no quisiera emplearla contra vm., señor Tresilian, no porque tema su sable, sino porque sé que es vm. generoso y compasivo, y que tendria vm. mas gusto en sacar de un apuro á un pobre hombre, que en causarle ningun perjuicio.

— Muy bien dicho, Wayland, dijo el mu-

chacho que aguardaba inquieto el resultado de la conversacion. Pero bajemos á la cueva, porque sabes bien lo perjudicial que es á tu salud permanecer aquí fuera al aire.

— Es muy cierto, respondió el herrador; y adelantándose ácia el matorral por el lado mas próximo al círculo de piedras, y opuesto á aquel adonde Ricardo habia conducido á Tresilian mientras se hacia la operacion misteriosa, descubrió un escotillon oculto entre los zarzales, le levantó, y bajando por él desapareció del todo. Tresilian, á pesar de su curiosidad, dudó un momento seguirle á lo que podia ser una caverna de ladrones, sobre todo al oír la voz del herrador que decia, saliendo de las entrañas de la tierra:

— Flibbertigibbet, pasa el último, y cierra bien el escotillon.

— ¿Lo que vm. ha visto en el herrador Wayland le basta á vm. ya? preguntó el bribonzuelo á Tresilian con sonrisa maligna, viendole hesitar.

— Todavía no, respondió con firmeza Tresilian; y decidiéndose bajó por la escalera estrecha, y fué seguido por Ricardo Sludge, que cerrando despues la entrada hizo suceder á un débil crepúsculo una profunda oscuridad. Muy pocas gradas tenia la escalera, y conducia á un tránsito de veinte pasos, al

fin del cual se descubria el reflejo de una luz. Habiendo llegado á este sitio, Tresilian, que caminaba siempre con el sable en la mano, halló un recodo á la izquierda, y llegó, con el rapaz que le seguia, á un sitio en que habia una fragua de herrador llena de carbon encendido, cuyo tufo hubiera podido sufocarlos, á no haber hallado salida por algunas aberturas hechas con arte. La luz que esparcian el carbon encendido y una lámpara, mostraba que, además del yunque, el fuelle, las tenazas, el martillo, y una porcion grande de herraduras preparadas ya, y de todos los demas instrumentos necesarios á un herrador, habia tambien crisoles, alambiques, retortas, y otros instrumentos de química. La figura estrambótica del herrador, y las facciones irregulares del rapaz, con el reflejo del carbon y la lámpara, estaban enteramente de acuerdo con este aparato místico, y en aquel siglo supersticioso hubieran intimidado á muchas personas.

Pero estaba dotado Tresilian por naturaleza de firmeza de nervios, y su talento fortificado por la educacion y el estudio, lo que le hacia superior á los temores vanos. Dando una ojeada, preguntó de nuevo al artista quien era, y como habia llegado á conocerle por su apellido.

— Debe acordarse vuestra merced, dijo el herrador, que hace cosa de tres años, poco mas ó menos, un juglar ambulante se presentó en cierto castillo del Devonshire, y que hizo sus habilidades y juegos de manos en presencia de un digno caballero y su respetable tertulia. En el semblante de usía veo, á pesar de la escasa luz de esa lámpara, que aun se acuerda usía todavía.

— Bastante me has dicho, dijo Tresilian volviendo la cara, como queriendo ocultar los penosos recuerdos que acababa de despertar en él.

— El juglar, continuó el herrador, representó tan bien su papel, que los aldeanos y señores de los contornos que se hallaron presentes creyeron casi que se servia de la mágica. Pero habia allí entre otras una señorita, la mas linda y graciosa que he visto en mi vida, y las rosas de sus mejillas se eclipsaron en vista de las maravillas que obraba el juglar.

— ¡Silencio, dijo Tresilian, silencio! eso es ya demasiado.

— No quisiera ofender á usía, pero no crea que haya olvidado aun que para calmar los temores de la señorita, usía la esplicó de que modo se producian aquellas ilusiones, y que cortó usía el resuello al pobre juglar, desmenuzando los misterios de su arte tan bien

como si hubiera sido usía su compinche. Verdad es que era tan hermosa, que solo por obtener de ella una sonrisa se hubiera podido.....

— Calla, calla por Dios, dijo Tresilian, no me he olvidado de la velada de que hablas; es una de aquellas que he logrado mas deliciosas en mi vida.

— ¡No existe ya segun eso, dijo el herrador interpretando á su modo el suspiro con que acompañó sus espresiones, no existe! ¡ha muerto, tan jóven, tan hermosa, tan querida como era! Pero perdone usía, hubiera debido adobar la herradura sobre otro yunque, y veo que ha entrado el clavo hasta la carne viva.

Pronunció estas palabras con un tono que manifestaba un verdadero pesar y compasion, en medio de su estilo grosero, y Tresilian concibió una idea mas favorable del pobre artesano á quien habia juzgado al principio con alguna severidad y rigor. Pero nada gana tanto la confianza y estimacion de un desdichado como el interes que manifiestan tomar los demas en sus desdichas.

— Creo, dijo despues de un corto silencio, que eras en aquel tiempo un buen perillan, y capaz de divertir á una tertulia no tan solamente con los juegos de manos, sino con

los cuentos y relaciones. ¿Como has venido á parar en herrador, y á ejercer tu oficio de un modo tan extraordinario en un sitio tan estraño?

— Mi historia no es larga, dijo Wayland, y si usía quiere sentarse, se la contaré.

Al decir esto, acercó al fuego un escabel de tres piés, cogió otro para él, y Ricardo Sludge ó Flibbertigibbet, como él le llamaba, se sentó en otro junto al herrador, mirandole de hito en hito, y su rostro, alumbrado por el fuego de la fragua, parecia inflamado por la curiosidad. Y tú tambien, le dijo el herrador, tú sabrás la historia de mi vida. Me has ayudado bastante para merecer mi confianza. Por otra parte, si yo no te la digo, tú la adivinarás, porque jamas la naturaleza ha ocultado un ser tan maligno bajo un exterior tan feo. Pues bien, señor, estoy á las órdenes de vm., y voy á empezar la relacion. ¿Gusta vm. de un vaso de ale? A pesar de la pobreza que manifiesta mi habitacion, no dejo de estar provisto de ella.

— Muchas gracias, dijo Tresilian, pero oigamos tu historia, porque estoy de prisas.

— El caballo podrá aprovecharse de esta detencion, dijo el herrador; le daré un buen pienso para que tenga bastantes fuerzas y pueda continuar el viage.

Dejó por un momento su habitacion subterránea, y volviendo luego, empezó la historia de su vida en los términos en que se leerá en el capítulo siguiente.



CAPITULO XI.

Digole á vm. que es tan grande
Su poder, que una palabra,
Una insinuacion, un gesto,
Tan solamente le bastan
Para convertir las piedras
En tejos de oro ó de plata.

Cuentos de Cantorbery.

— APRENDÍ siendo jóven el oficio de herrador, dijo Wayland, y le conocia tan bien como cualquiera de los otros que visten un mandil de cuero, y tienen la cara y las manos tiznadas. Pero me cansé de cantar adobando herraduras, y fui á correr el mundo. Conocí por casualidad á un célebre juglar, que viendo que sus dedos estaban torpes para los juegos de manos, deseaba tener un aprendiz que le ayudase. Le serví seis años, y me hice diestro en este nuevo estado: vm. puede atestiguarlo, pues tiene voto en la materia. ¿Hacia yo bien mi papel?

— Perfectamente, dijo Tresilian; pero no seas pesado.

— Poco despues de haber admirado con

Dejó por un momento su habitacion subterránea, y volviendo luego, empezó la historia de su vida en los términos en que se leerá en el capítulo siguiente.



CAPITULO XI.

Digole á vm. que es tan grande
Su poder, que una palabra,
Una insinuacion, un gesto,
Tan solamente le bastan
Para convertir las piedras
En tejos de oro ó de plata.

Cuentos de Cantorbery.

— APRENDÍ siendo jóven el oficio de herrador, dijo Wayland, y le conocia tan bien como cualquiera de los otros que visten un mandil de cuero, y tienen la cara y las manos tiznadas. Pero me cansé de cantar adobando herraduras, y fuí á correr el mundo. Conocí por casualidad á un célebre juglar, que viendo que sus dedos estaban torpes para los juegos de manos, deseaba tener un aprendiz que le ayudase. Le serví seis años, y me hice diestro en este nuevo estado: vm. puede atestiguarlo, pues tiene voto en la materia. ¿Hacia yo bien mi papel?

— Perfectamente, dijo Tresilian; pero no seas pesado.

— Poco despues de haber admirado con

mi habilidad á los tertulianos de sir Hugo Robsart en presencia de vm., me hice comediante, y representé algunos papeles en diferentes dramas que pudiera citar. Pero como estaban aquel año las manzanas muy baratas, los espectadores llenaban las faltriqueras de ellas al entrar al teatro, y solo comian alguna que otra, apedreando con todas las demas á los pobres cómicos que se presentaban en las tablas. No me gustaron esas chanzas, renuncié á la media parte que tenia en la compañía, dejé las manzanas para los otros actores, el zueco y el coturno al director, y volví la espalda al teatro.

— ¿Y que oficio aprendiste despues? preguntó Tresilian.

— Me hice medio asociado, medio criado de un hombre que tenia mucha ciencia y pocas pesetas, y ejercia la medicina.

— Es decir, repuso Tresilian, que eras el payaso de un charlatan.

— Un poquito mas, señor de Tresilian, permitame vm. que se lo diga. Sin embargo hablando en plata, no dejábamos de obrar muchas veces á ciegas, caiga el que caiga; y lo que habia aprendido yo en mis primeros estudios para curar las bestias, me sirvió mas de una vez para curar las personas. Al cabo

de la cuenta, el origen de todas las enfermedades suele ser el mismo; y si la trementina, la brea, la pez, el sebo, mezclandolos con la goma, la resina y una cabeza de ajos, pueden curar un caballo enclavado, yo no sé por que la misma receta no podrá servir para un hombre que ha recibido una cuchillada. Pero mi amo poseia mas ciencias que yo: tenia otros conocimientos. No solamente practicaba la medicina con sumo atrevimiento y riesgo del pobre que caia en sus manos, sino que era, si vm. quiere, un adepto. Leia en los astros, le predecia á vm. lo que le habia de suceder en tal ó tal tiempo, por medio de la genetiaca, como él decia, ó de otra suerte. Era tambien gran químico, sabia destilar los simples, habia hecho muchas tentativas para fijar el mercurio, y casi casi estaba ya en visperas de encontrar la piedra filosofal. Tengo todavía unos versos que él conservaba sobre este asunto; y si llega vm. á entenderlos, le declaro mas sabio que cuantos los han leído, y que el mismo que los compuso.

— Al mismo tiempo entregó á Tresilian una hoja de pergamino en cuyos márgenes estaban los signos del zodiaco, y habia escritos caracteres griegos, hebreos y talismánicos. En medio del pergamino habia cuatro versos de muy buena letra, y á pesar de la oscuridad

de la estancia, Tresilian los leyó fácilmente:
He aquí esta obra maestra de poesía:

*Si fixum solvas, faciasque volare solutum,
Et volucrem figas, facient te vivere tutum;
Si pariat ventum, valet auri pondere centum,
Ventus ubi vult spirat. — Capiat qui capere potest.*

— Lo que yo saco en limpio, dijo Tresilian, es que la última línea no es verso, y que las cuatro palabras últimas vienen á decir: *comprendame el que pueda.*

— Esa cabalmente era la regla que seguia mi venerado maestro el doctor Doboobie. Pero al fin, juguete de su propia imaginacion é infatuado con su química, gastó en engañarse á sí mismo el dinero que habia ganado engañando á los demas. No he podido saber nunca si habia descubierto por casualidad ó hecho construir este laboratorio, á donde venia con frecuencia á encerrarse, léjos de sus enfermos y discípulos. Creiase que sus largas y misteriosas ausencias de Faringdon, en donde habitaba ordinariamente, tenían por objeto los estudios en las ciencias místicas y su comercio con el mundo invisible. Procuró engañarme tambien á mí; quise hacer el papel del tonto, pero vió que conocia yo muy bien sus secretos para que mi compañía le fuese agradable por largo tiempo. Entre-

tanto su nombre se hizo célebre, y casi todos los que venian á consultarle le tenían por brujo. La fama que tenia de hallarse iniciado en las ciencias ocultas llevó á él en secreto sugetos harto poderosos para ser nombrados, y peligrosísimos proyectistas para que pueda yo descubrirlos. El resultado fué que le maldijeron y le amenazaron; y yo, inocente platicante de sus estudios, adquirí el renombre de Muleta del diablo, y me apedreaban, como á San Esteban, cuando me atrevia á asomarme á alguno de los pueblos comarcanos. Al fin el doctor brujo tomó soleta, diciendome que iba á trabajar en su laboratorio, y prohibiendome ir á perturbarle en cuarenta y ocho horas. Pasado este intervalo, vine aquí, encontré apagado el fuego, los utensilios de química esparramados, con una esquila del doctor Doboobie, segun él se nombraba, diciendome que no volveríamos á vernos, legandome el laboratorio químico y el pergamino que he manifestado á vm., y aconsejandome que siguiese exactamente las instrucciones que contenia, por ser medio infalible de conseguir la grande obra.

— ¿Has seguido tan sabio consejo? preguntó Tresilian.

— No, señor. Prudente por naturaleza, y receloso porque conocia á mi hombre, todo

lo escudriñé antes de encender fuego, y descubrí al fin un barrillito de pólvora muy escondido en el hogar, que sin duda habia dejado allí el grandísimo pícaro con la piadosa intencion de darme muerte y sepultura en el momento en que empezase á trabajar por mi cuenta en el laboratorio. Esta morisqueta me disgustó de la alquimia, y hubiera querido volver honradamente al yunque y al martillo. Pero ¿quien habia de llevar á herrar su caballo á la Muleta del diablo? Sin embargo habia ganado la amistad del bueno de Flibbertigibbet que está presente, que se hallaba entónces en Faringdon con Erasmo Holyday, su maestro, enseñándole algunos secretos propios para divertir á los muchachos. Tuvimos los dos una larga conferencia, y decidimos que no pudiendo yo esperar tener bastante ocupacion por los medios ordinarios, ensayaria atraer los parroquianos aprovechandome de la necia credulidad de los aldeanos; y gracias á Flibbertigibbet, que me ha dado á conocer, no me han faltado hasta ahora. Pero me espongo demasiado; temo que me persigan como brujo, y deseo en el alma encontrar una ocasion de abandonar mi fragua, y obtener la proteccion de algun hombre capaz de librarme del furor de la plebe, si llega á tomarme entre ojos.

— ¿Conoces bien los caminos de este pais? le preguntó Tresilian.

— Como la palma de la mano, respondió Wayland.

— Creo que no tendrás caballo.

— Sí, señor, le tengo, aunque se me habia pasado por alto hablar á vm. de él, y es el mejor efecto que me ha quedado de la sucesion del doctor, á escepcion de dos ó tres secretos de medicina que á pesar suyo me habia apropiado.

— Pues bien, lavate las manos y la cara, arroja esa piel ridícula, vistete lo mejor que puedas, y si eres fiel y discreto, podrás venir conmigo miéntras olvidan las gentes tus antiguas mañas. Creo que no te falta ingenio ni valor, y tengo asuntos que podrán exigir un poco de todo.

Wayland aceptó muy gustoso esta proposicion, y prometió á su nuevo amo servirle con fidelidad y celo. En pocos minutos cambió de tal manera su exterior, mudando de trage, peinandose y afeitandose, que Tresilian no pudo menos de decirle que creia que no necesitaba de protector, pues ninguno de sus conocidos antiguos podria ya reconocerle.

— Mis deudores no querrian pagarme, dijo Wayland meneando la cabeza; pero mis acreedores de todas clases no dejarian

de conocerme por eso, y no me creeria seguro si no me viese protegido por un hombre del nacimiento y crédito de vm.

Dicho esto, salió de la caverna por el mismo camino por donde habian entrado; Tresilian le siguió, y Ricardo, que se quedó detras, se presentó luego con todos los aparejos de un caballo. Wayland cerró el escotillon. — ¿Quién sabe, dijo, si tendré necesidad todavia de esta caverna? Y por otra parte, hay ciertas cosas útiles y de algun valor. Silbó, y un caballo que pastaba en un prado inmediato, acudió á la señal acostumbrada. Mientras trataba de ensillarle, Tresilian montó sobre su caballo, despues de haberle apretado la cincha.

Al montar Wayland á caballo, le dijo Ricardo: — Mi antiguo compañero, te separas de mí, y no tendré ya el gusto de reirme á costa de los mentecatos que temblaban de piés á cabeza cuando los traía yo aquí á que herrasen sus caballos el diablo ó sus satélites.

— Preciso es que los mejores amigos del mundo se separen tarde ó temprano, Flibbertigibbet, respondió Wayland; pero te aseguro, hijo mio, que eres tú la única cosa que siento dejar en el valle de White-Horse.

— ¡Oh! no me despido de tí. Irás sin duda

á las grandes fiestas, y yo tambien; pues, si el señor Holyday no me lleva, te juro por la luz del sol que aun no ha alumbrado tu fragua, que me escurriré é iré yo solo.

— Miralo bien, dijo Wayland, no hagas calaveradas.

— Quieres tratarme como á un niño de esos tantos que se ven, y hacerme creer que necesito aun de andadores. Pero no se habrán vms. alejado una milla de estas piedras, cuando echarán de ver que con razon me llaman el duende, y que habré arreglado las cosas del modo mas conveniente.

— ¿Que quieres decir con eso? le preguntó Tresilian; pero solo le contestó el rapaz con un gesto y una cabriola: y exhortandolos á partir sin pérdida de tiempo, echó á correr por su lado ácia su pueblo con la misma ligereza de que habia dado pruebas cuando Tresilian quiso en vano alcanzarle.

— Cosa inútil seria seguirle, dijo Wayland, porque es de la piel del diablo; pero no es necesario tampoco, y lo mejor será seguir su consejo y partir.

Tresilian le dijo ácia donde deseaba marchar, y emprendieron el viage.

Apénas habian andado una milla cuando notó Tresilian que su caballo tenia mas ardor

que cuando le había montado por la mañana, y así lo dijo á su compañero.

— ¿Ya lo ha notado vm.? dijo Wayland; es el efecto de uno de mis secretos, y á eso se agrega un buen pienso de avena. En seis horas ó mas no tendrá vm. necesidad de picarle la espuela. No en balde he estudiado yo la medicina y la farmacia.

— ¿Pero le has dado alguna droga que pueda hacerle daño?

— Lo que le he dado no le hará mas daño que la leche de la yegua que le crió.

Y empezó á estenderse sobre la eficacia de su secreto, cuando fué interrumpido por una esplosion semejante á la de una mina que envia por los aires las murallas de una ciudad sitiada. Temblaron los dos caballos, y quedaron atónitos los ginetes. Volvieron atras, y viéron en el sitio que acababan de dejar una columna espesa de humo que se elevaba formando una nube.

— Es sin duda mi fragua que se la ha llevado el diablo, dijo Wayland que conoció al punto la causa de la esplosion. He sido muy tonto en hablar de las piadosas intenciones del doctor Doboobie acerca de mi casa, delante del bribonzuelo Flibbertigibbet. He debido creer que no tardaria en hacer lo que ha

hecho. Pero doblemos el paso, pues todo el mundo acudirá al ruido de la esplosion.

En diciendo esto, picó la espuela á su caballo, Tresilian hizo lo mismo, y empezaron á caminar al trote.

— Eso es sin duda lo que queria decirnos al separarse de nosotros, dijo Tresilian. No es esta una chanza, pues si hubiésemos tardado en partir, hubiéramos sido.....

— Nos hubiera advertido, dijo Wayland. Le he visto volver varias veces á ver si partíamos. Es malicioso como un diablo, pero no es un diablo de mala intencion. Largo sería referir á vm. como le he conocido, y cuales son las piezas que me tiene jugadas. Pero me ha sido muy útil, porque me ha procurado parroquianos. Era su gran entretenimiento y gusto verlos temblar de miedo detras del matorral, mientras oian el ruido del martillo. Creo que la naturaleza, al poner en su cabeza fea una cantidad mayor de sesos, le ha dado el don de burlarse y reirse á costa de los tontos que se ríen y burlan de su mala facha.

— Muy bien puede ser eso, dijo Tresilian. Los que en cierto modo se encuentran separados de la sociedad por sus defectos corporales, si no aborrecen al resto de los hombres, se hallan por lo menos mas dispuestos

á reirse de sus ridiculeces, y algunas veces aun á alegrarse de sus infortunios.

— Pero Flibbertigibbet, respondió Wayland, tiene calidades que deben hacer perdonar su malignidad. Si le gusta burlarse de las personas estrañas, es sumamente fiel y servicial para con sus conocidos, y como se lo tengo á vm. dicho, no me faltan buenas razones para asegurarlo.

No siguió Tresilian esta conversacion, y continuáron su camino sin accidente y sin aventuras hasta Marlborough, pueblo célebre desde aquel tiempo por haber dado su nombre al mas grande general, si se exceptúa uno solo, que ha producido la Inglaterra. Allí los dos viajeros palpáron ser ciertos dos antiguos proverbios, el uno, que *las malas noticias vuelan*, y el otro, que *el que escucha su mal oye*.

El patio de la posada donde se apeáron se hallaba en desórden y confusion. Con trabajo pudieron encontrar quien cuidase de sus caballos, porque estaban todos comunicandose una noticia que volaba de boca en boca. No pudieron comprender al principio á que se reducía, y halláron despues que se trataba de un asunto que les interesaba.

— Allá voy, señores, allá voy, respondió al fin un mozo á los repetidos gritos de Tre-

silian. Estoy por cierto fuera de mí : acaba de pasar un viagero que dice que el diablo se ha llevado esta mañana al herrador Wayland, que vivia en no sé que sitio del valle de White-Horse, con un ruido espantoso, y en un inmenso remolino de fuego y humo, y que ha destruido la colina en que se veía un círculo de piedras, bajo la cual parece se hallaba la habitacion del tal Wayland.

— Lo siento mucho, dijo un viejo, porque el tal Wayland, fuese ó no socio del diablo, en lo que no me meto, tenia recetas excelentes para curar las bestias. Perderémos mucho, si el diablo no le ha dado tiempo de dejar á algun otro el secreto que poseia.

— Bien puede vm. decirlo, Gaffer Grimmesby, dijo el mozo de cuadra. Yo le he llevado un caballo, y no habia en todo el pais un herrador tan hábil.

— ¿ Le has visto, Jack? le preguntó Alison Cigüeña, la posadera : tenían sobre la puerta pintada una cigüeña, ave que parecia habia servido á la naturaleza de modelo para formar el cuello y las piernas del posadero Goodman Cigüeña, cuyo aire de sumision y respeto al lado de su muger anunciaba que su querida mitad era la que llevaba, como dicen, los calzones. Atrevióse sin embargo en esta oca-

sion á repetir la pregunta de su esposa. —
¿Has visto al diablo, Jack?

— ¿Y que tenemos con eso? respondió;
porque el ejemplo de su ama no incitaba á
los criados á respetar mucho al amo.

— Si le hubieses visto, respondió el calzo-
nazos del posadero, pudieras decirnos si es
buen mozo, ó tan feo como le pintan con
cuernos y con rabo.

— Ya lo sabrás algun dia demasiado, res-
pondió su tierna esposa, si no cambias de
vida, cuidando de tus asuntos, sin meterte
en lo que no te va ni te viene. Pero veamos,
Jack, yo tambien deseo saber como era ese
Wayland.

— Eso es lo que yo no sabré decir á vm.,
mistress Alison, respondió Jack con mas res-
peto, porque no le he visto nunca.

— Pues si no le has visto, dijo Gaffer
Grimesby, ¿como has podido decirle cual era
la enfermedad del caballo?

— La habia puesto por escrito el maestro
de escuela, respondió Jack, y me acompañó
un muchacho el mas feo que he visto en mi
vida.

— ¿Que remedio te dió? ¿sanó el caballo?
le preguntáron todos.

— No sé cual era el remedio que dejó sobre
una gran piedra. Sin embargo me atreví á

probar un poquito, y le encontré un gusto y
un olor como de cuerno de ciervo y sabina
mezclados con vinagrè; pero jamas droga se-
mejante ha curado á una bestia con tal faci-
lidad y prontitud. Sí, sí, estoy bien seguro
de que nos costará ahora mucho mas trabajo
curar los caballos.

El amor propio, que se apodera de todas
las clases y condiciones, tuvo en aquel mo-
mento bastante influencia en Wayland para
hacerle olvidar el peligro que corria en ser
conocido de aquellas gentes, y no pudo menos
de echar una mirada con disimulo á Tresilian,
sonriyendose con misterio, y queriendo de-
cirle: — Ya lo oye vm., estas son pruebas
incontestables de mi ciencia veterinaria. Con-
tinuaba al mismo tiempo la conversacion.

— No importa, dijo un grave personaje
vestido de negro, que estaba con Gaffer Gri-
mesby; vale mas que nuestros caballos muer-
ran del mal que Dios les envíe, que darles por
médico ó albeitar el diablo.

— Es asi, dijo mistress Alison, y estraño
que Jack haya querido esponer su alma por
un caballo de mala muerte.

— Muy bien, señora, respondió Jack, pero
ese caballo de mala muerte era de mi amo, y
si hubiese sido de vm., ¿hubiera vm. querido
que dejase de llevarle al albeitar por temor

del diablo? Y ademas esos son asuntos de los curas. Cada puta hile, como dice el adagio. Atenganse los curas al evangelio, como los mozos de caballos á limpiarlos, pensarlos y darles de beber.

— Dice muy bien Jack, repuso la Alison, y habla como buen cristiano y fiel criado que emplea su alma y su cuerpo en servicio de su amo. El diablo ademas le ha llevado á buen tiempo, pues un constable del distrito ha venido aqui esta mañana en busca del viejo Pinniewink, que ha sentenciado tantas brujas, para ir los dos al valle de White-Horse á poner preso á Wayland, y para averiguar si es brujo ó no es brujo. Yo misma le he ayudado á aguzar las tenazas y el punzon, y he visto la orden de arresto firmada por Blindas el juez.

— ¡Bah! ¡bah! dijo una vieja llamada Crank, lavandera y católica: el diablo se burlaria de Blindas y su orden, de Pinniewink y sus tenazas, y el mismo caso haria Wayland del punzon, que el cuello de una camisa hace de una plancha. Pero diganme vms., señores, ¿podia el diablo llevarse asi los albeitares y otros artesanos, cuando el abad de Abingdon era el señor del pais? No, ¡vírgen santísima! porque le ahuyentaba con sus conjuros. ¡Que hagan otro tanto los ministros protestantes!

Estas pullas contra la iglesia reformada introdujéron el tumulto en la discusion, y Tresilian se aprovechó de este momento para entrar en la casa con Wayland. Siguióles Goodman, los llevó á un cuarto, y los dejó para dar orden de que se les sirviese lo que habian pedido.

— Ya vé vm., señor, dijo entónces Wayland con un aire de importancia y de triunfo, vm. vé que no le he engañado diciendole que estaba iniciado en todos los misterios del oficio de albeitar, que los Franceses llaman mariscal, nombre por cierto demasiado ilustre para los zapateros de las bestias. Esos mozos de cuadra saben á que atenerse en esta materia, y el caso que deben hacer de los medicamentos. Vm. es buen testigo, señor Tresilian, de que solo la calumnia y la violencia me han hecho renunciar á mi oficio.

— Todo lo que quieras, amigo mio; pero volverémos á hablar de esto en mejor ocasion, á no ser que quieras conservar tu nombradia dejandote atenacear por el docto Pinniewink, pues ya ves que aun tus mejores amigos te juzgan brujo y hechicero.

— Dios les perdone el confundir asi la ciencia con la magia. Me parece que un hombre puede ser tan hábil ó mas que el mejor veterinario que haya tomado el pulso á un

caballo, sin ser brujo, ni mágico, ni nada de eso.

— Asi lo creo yo tambien; pero calla, que aquí llega el posadero que no tiene trazas de serlo.

Estaban todos en la posada tan distraídos con el rapto de Wayland, y los comentarios mas ó menos maravillosos que llegaban á cada momento de todas partes, que Goodman solo habia podido lograr le acompañase á servir el mas jóven de los mozos, niño de doce años, llamado Sanson.

— Quisiera mas bien, dijo escusandose de haber hecho aguardar á los huéspedes, y poniendo una botella de vino sobre la mesa, que se hubiera llevado el diablo á mi muger y á los mozos, ántes que á ese Wayland, que en resumidas cuentas no merecia tanto como ellos la preferencia que le ha acordado Satanás.

— Asi me lo parece, dijo Wayland, señor huésped. Bebamos juntos un trago con tan plausible motivo.

— No quiere esto decir que escuse yo á nadie de tener dars y tomars con el diablo, dijo Goodman despues de haber bebido un pisolavis; pero.... ¿Han bebido vms. en su vida mejor vino de Canarias? mas valiera tener que lidiar con una docena de bribonzuelos

como el tal Wayland, que con un diablo en carne mortal con quien tropieza vm. á cada paso en todas partes, en la mesa y en la cama. Quisiera....

Fué interrumpido por la voz chillona de su querida mitad, que le llamaba desde la cocina; y escusandose con sus huéspedes, corrió al momento á buscarla.

Apénas hubo salido, cuando Wayland manifestó con todos los adjetivos de desprecio que el vocabulario de su lengua pudo suministrarle, lo que pensaba de semejante gurrumino que se dejaba acoquinar por su muger; y dijo que si los caballos no necesitasen descansar, seria de opinion de caminar algunas millas mas, por no dar su dinero á un hombre que era la deshonra de su sexo.

Entretanto la llegada de un buen plato de pié de buey escelente sosegó un poco el mal humor del artista veterinario, y se desvaneció del todo delante de un capon soberbio, bien asado y envuelto en tocino, que hacia en él, segun Wayland, el mismo efecto que el rocío del mes de Mayo sobre los lirios. Goodman y Alison eran ya á sus ojos buena gente, laboriosos, agasajadores, y merecian tener muchos parroquianos.

Segun las costumbres de aquel tiempo, el amo y el criado se sentáron á la mesa, pero

el último vió con pesar que Tresilian comía muy poco. Se acordó de que se había enternecido al oír hablar de la señorita en cuya tertulia le había visto la vez primera, y temiendo volver á tocar una llaga al parecer tan sensible, prefirió atribuir á otra causa su falta de apetito.

— Estos manjares no son quizá bastante delicados para el paladar de vm., le dijo sirviéndose el otro alon del capon, no habiendo comido Tresilian sino uno; pero si hubiera vm. estado tanto tiempo como yo en el subterráneo que Flibbertigibbet ha puesto de manifiesto, y en el que no me atreva acaso á cocer mis alimentos, temiendo que el humo me descubriese, hallaría vm. que un capon es un bocado esquisito.

— Me alegro mucho, dijo Tresilian, de que la comida sea de tu gusto, y así despachate; este sitio no es de los mas seguros para tí, y mis asuntos exigen alguna celeridad.

Así es que solo se detuviéron el tiempo necesario para el descanso de sus caballos, y caminaron haciendo una marcha forzada hasta Bradford en donde pasaron la noche.

Salieron de allí el dia siguiente al amanecer; pero, para no dar al lector un mal rato fastidiandole con pormenores inútiles, nos limitaremos á decirle que atravesaron los

condados de Wilt y de Sommerset, sin que les sucediese cosa digna de contarse; y el tercer dia despues de la salida de Tresilian de Cumnor, llegaron ántes del mediodia al castillo de sir Hugo Robsart, llamado Lidcote-Hall, en las fronteras del Devonshire.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XII.

¿Que vientos han marchitado
La tierna y amable flor
Que en otro tiempo ha domado
A este castillo afamado,
Siendo su orgullo y su honor ?

JEANNE BAILLIE.

EL antiguo castillo de Lidcote-Hall estaba situado cerca de la aldea del mismo nombre, y lindaba con el gran bosque de Exmoor, abundante en toda especie de caza, y en el que los antiguos privilegios pertenecientes á la familia Robsart daban á sir Hugo el derecho de cazar, lo que formaba su diversion favorita. Este antiguo edificio, poco elevado, ocupaba un espacio considerable de terreno, y estaba rodeado de un foso profundo. Una torre octógona y un puente levadizo defendian la entrada. Esta antigua fortificacion habia sido construída con ladrillos: pero las murallas estaban tan cubiertas de hiedras y otras plantas, que era muy difícil conocer ya con que materiales se habia fabricado. Cada

ángulo de esta torre se diferenciaba de los demas, lo que estaba muy léjos de la monotonia regular de la arquitectura gótica moderna. Habia en uno de estos ángulos un relox, pero estaba parado, lo que estrañó mucho Tresilian, porque el buen caballero entre otras manías tenia la de querer saber del modo mas exacto el curso del tiempo, capricho que suelen tener los ociosos, al modo que los tenderos se entretienen en inventariar sus mercaderías en los momentos en que nadie viene á comprarlas.

Entrabase al patio del castillo por un pasadizo abierto en la muralla de la torre; estaba echada la puente levadiza, y la puerta principal entreabierta. Tresilian atravesó corriendo la puente, entró en el patio, y empezó á llamar á gritos á todos los criados por sus nombres. Al principio solo le respondieron los ecos que répetian su voz, y los perros de caza que aullaban en el sitio donde los tenian encerrados. Vió por fin llegar á William Badger, antiguo favorito de su amo, su primer cazador, superintendente de sus placeres, y su fiel guardia de corps. La frente del viejo se esplayó al ver á Tresilian.

— ¡Dios guarde á vm., señor Edmundo! exclamó: ¿está vm. ya de vuelta? ¿hay algun consuelo para sir Hugo? ya no sabemos que

hacer con él, nadie, ni el ministro, ni el señor Mumblazen, ni yo, ninguno.

— ¿Se halla peor de lo que yo le dejé?

— Peor..... no. Está tal vez mejor: la máquina está buena, pero la cabeza trastornada; no hay mas que eso. Bebe y come como siempre; pero no duerme, ó si vm. quiere, nunca está despierto, pues está siempre como amodorrado, ni bien dormido ni bien en vela. Decia la señora Swineford que esto era una especie de perlesia; pero yo la dije: No, no, es el corazon, el corazon solo es el que está indispuerto.

— ¿Y no pueden vms. distraerle con alguna de sus diversiones ordinarias?

— A todo le ha perdido el gusto. Ya no le divierten ni el chaquete, ni los tejos; ni una vez siquiera ha echado la vista sobre el librote de blason del señor Mumblazen. Me habia ocurrido detener el relox, creyendo que cuando no oyese dar las horas, llamaria esto su atencion, y podria hacerle algun buen efecto; porque, como vm. sabe, señor Edmundo, siempre las contaba; pero ningun caso ha hecho de eso, de modo que pienso que podré volver á darle cuerda. He pisado una vez la cola á Bungay para que se enfadase, y vm. sabe que en otro tiempo me hubiera costado la torta-un pan; pues bien, oyó los

gritos del pobre perro como si fuera el canto de un jilguero ó pardillo. En fin, yo me vuelvo loco.

— Me dirás en casa lo demas, William; acompaña á este hombre, que le den de comer y le traten bien, pues es nada menos que un artista.

— ¡Ojalá supiera la mágica negra ó la blanca, y tuviese algun secreto para aliviar á mi pobre señor! ¡Eh, Tom! dijo al despen-sero que se asomó á una ventana baja, cuida de este artista; y cuidado, añadió en voz baja, con los cubiertos de plata, pues hay muchas clases de artistas en el mundo.

Dejó á Tresilian en una sala baja, y fué á ver como estaba su amo, temiendo que la vuelta inopinada de aquel á quien habia amado siempre como á un hijo, y que habia querido hacer su yerno, le causase demasiada impresion. Volvió al instante, y dijo que sir Hugo estaba soñoliento en su silla poltrona, pero que el señor Mumblazen vendria á advertir á Tresilian cuando encontrase un momento favorable.

— Mucho será que le conozca á vm., añadió el cazador en gefe, pues no se acuerda del nombre de ninguno de los perros de caza. Hace ocho dias creia yo ganado el pleito. Mañana por la mañana, me dijo despues de haber

bebido un trago en su gran vaso de plata, ensillarás á Sorrel, é irémos á cazar en la cuesta de Hazelhurst. Locos estábamos todos de contento, y listos desde el amanecer; montó á caballo, y cazó como otras veces, pero no habló una sola palabra sino para decir que el viento soplabá del sur, y se desventarian los perros; y mientras nos aprestábamos á continuar cazando, se detuvo de repente, miró á todas partes como volviendo en sí de un desmayo, y echó á andar ácia el castillo, dejando á nuestro arbitrio el continuar si lo deseábamos.

— Todo eso es muy malo, William, dijo Tresilian; pero tengamos confianza en Dios, ya que los hombres no pueden remediarlo.

— ¿ Nos trae vm. noticias de nuestra señorita Amy? Pero ¿ á qué preguntarlo? el semblante de vm. dice ya demasiado. Yo sin embargo habia creído siempre que nadie mejor que vm. podría dar con ella, y saber su paradero. El daño está hecho, y no tiene remedio. Pero si el tal Varney llegase alguna vez á ponerse á tiro, por el sol que nos alumbra, que no se me escapará.

Abriéron en esto la puerta, y entró el señor Mumblazen. Era este un viejo flaco y arrogado, con las mejillas como dos manzanas al fin de un invierno largo, y las canas cubiertas en parte por un sombrerito como los cestos en

que se venden las fresas en Londres, es decir en forma de bonete. Era un hombre demasiado sentencioso y lacónico para gastar inútilmente las palabras en saludar á nadie. Manifestó á Tresilian el gusto que tenia de verle, inclinando la cabeza y apretándole la mano, y le acompañó al cuarto de sir Hugo. William Badger les siguió sin que nadie se lo mandase, por ver si la presencia de Tresilian hacia cesar la apatía de su señor.

Sir Hugo Robsart de Lidcote estaba sentado en una gran silla poltrona, en una vasta sala mas larga que ancha, cuyas paredes tenían por adorno cuernos de ciervos y los utensilios necesarios para la caza en muy buen estado, cerca de una grande chimenea sobre la que se veían un sable y otras armas propias de un caballero, y cuya nobleza no habia respetado enteramente el moho. Era un hombre corpulento, pero no demasiado gordo, gracias á su decidida afición á la caza. Creyó notar Tresilian que la especie de letargo que se habia apoderado de su anciano amigo, le habia engordado mientras duró su ausencia. Por lo menos le habia oscurecido algun tanto la vista. Miró desde luego al señor Mumblazen, que fué poco á poco á sentarse junto á una mesa de encino sobre la que estaba abierto un gran volúmen en folio, y despues fijó sus

ojos sobre Tresilian sin acabar de distinguirle. El ministro, anciano perseguido en tiempo de la reina María, estaba sentado en un extremo del cuarto, con un libro en la mano. Saludó á Tresilian muy serio, y cerrando el libro examinó el efecto que producía su presencia en el padre afligido.

Al paso que Tresilian, bañados sus ojos en lágrimas, se acercaba al anciano que había deseado llamarle su yerno, la razón volvía á tomar su imperio en el ánimo de sir Hugo. Lanzó un profundo suspiro como un hombre que vuelve de un desmayo, agitáronse sus facciones, abrió los brazos sin pronunciar una palabra, y cuando Tresilian se precipitó en ellos, le estrechó tiernamente contra su pecho.

— ¡ Con que no lo he perdido todo aun! exclamó: y al pronunciar estas palabras, se desahogó la naturaleza con un diluvio de lágrimas que bañaron en abundancia sus mejillas y su blanca barba.

— Jamas hubiera creído, dijo William Badger, tener que dar gracias á Dios de ver á mi amo llorar, pero lo hago de buena gana, aunque tambien se me saltan las lágrimas.

— Nada te preguntaré, dijo sir Hugo, nada absolutamente, Edmundo. O no la has

encontrado, ó la has hallado tan degradada que valiera mas haberla perdido.

No pudo Tresilian contestarle sino cubriéndose el rostro con las dos manos.

— Basta, basta. No llores por ella, Edmundo. Yo debo llorar, porque era mi hija: pero tú debes alegrarte, pues aun no era tu muger. ¡ Santo Dios! tú sabes que es lo que nos conviene. Mi mayor anhelo era el de ver á Edmundo esposo de Amy: si se hubiera verificado, ¡ que amargo seria ahora mi dolor!

— Consuelese vm., amigo mio, dijo el ministro; no es posible que la hija de nuestras esperanzas, de nuestros cariños, se haya hecho despreciable como se lo figura vm.

— Sin duda, dijo sir Hugo con ironía, haria mal en darla rotundamente el nombre de... que ella merece. Ya se habrá inventado algun otro en la corte; la infamia se cubre allí con un barniz brillante. La hija de un caballero campesino, de un viejo paisano de Devonshire, ¿ que mas pudiera desear que ser la querida de un cortesano?... ¡ y de un Varney! de Varney cuyo abuelo fué socorrido por mi padre cuando fuéron sus bienes confiscados despues de la batalla de... de... ¡ Maldita sea mi memoria! ¿ Saben vms. que batalla quiero yo decir?

— Despues de la batalla de Bosworth, dijo

Mumblazen, que se verificó entre Ricardo el Jorobado y Enrique Tudor, abuelo de la actual reina, *anno primo* del reinado de Enrique VII, en el año de 1485 *post Christum natum*.

— Eso es cabalmente, dijo sir Hugo, y no hay nadie que lo ignore. Pero mi triste cabeza se olvida de lo que quisiera acordarme, y se acuerda de lo que debiera olvidar. Desde que partiste, Tresilian, he estado loco, y ahora no estoy enteramente en mi acuerdo.

— Haria vm. bien, dijo el ministro, en irse á la cama, y reposar algunas horas. El doctor ha ordenado un calmante, y el gran médico nos recomienda emplear todos los medios humanos para poder soportar las pruebas que nos envía.

— Así es la verdad, amigo mio, dijo sir Hugo, y trataré de soportarlas como hombre. Solo es una muger lo que hemos perdido. Mira, Tresilian, dijo sacando de su seno un rizo de cabellos, la víspera de su partida me abrazó, llenandome de caricias con mas ternura que nunca, y yo como un mentecato la cogí este rizo, que separó ella del resto de sus cabellos cortandole con unas tijeras, y dejandole entre mis manos, como única memoria que debia quedarme de ella.

Tresilian no pudo responderle, pensando tal vez que sensaciones tan dolorosas habrían

despedazado en aquel momento el corazon de la fugitiva infeliz. Quiso hablar el ministro, y sir Hugo le interrumpió.

— Sé lo que me va vm. á decir. Este es un rizo de cabellos de una muger, y por una muger entraron en el mundo la vergüenza, la muerte y el pecado. Y el docto señor Mumblazen podria aun citar muchas autoridades para probar su inferioridad.

— Un célebre autor francés, dijo Mumblazen, dice que *es el hombre el que combate y aconseja*.

— Pues bien, dijo sir Hugo, procuremos obrar como hombres, es decir con prudencia y con valor. Edmundo, te veo con tanto gusto como si me hubieses traído noticias mejores. Pero con tanto hablar tenemos secas las gargantas. Amy, que nos traigan vino. Acordandose entónces al instante de que la hija que tanto habia querido no podia oírle, meneó la cabeza, y volviendose ácia el ministro, le dijo: El pesar es con respecto á mi ánimo estraviado lo que la iglesia de Lidcote con respecto á mi parque. Puede uno perderse allí en los bosques y matorrales; pero al fin de cada arboleda se descubre el campanario que anuncia el sitio en que estan las sepulturas de mis abuelos. ¡Ojalá reposara yo allí desde mañana!

Tresilian y el ministro instáron de nuevo al anciano para que se volviese á la cama, y lograron por fin su intento. Entrado ya en su cuarto, se metió en la cama, y Tresilian le acompañó hasta que empezó á dormir, yendo despues á ponerse de acuerdo con el ministro sobre lo que debian hacer en tan tristes circunstancias.

No podian esclair al señor Mumblazen de esta conferencia, y le admitiéron con tanto mayor gusto, porque, ademas del socorro que podia darles su sagacidad, sabian que era tan taciturno, que podian contar enteramente con su discrecion. Era un solteron entrado en dias, de buena familia, pero pobre, y pariente lejano de la familia Robsart. Este parentesco procuró á Lidcote-Hall que le honrase con su presencia durante veinte años. Era su compañía agradable al viejo baronete, principalmente por su ciencia profunda, aunque estaba esta reducida al arte heráldico y las genealogías, con las fechas históricas correspondientes. Pero precisamente era esto lo que podia agradar mas á sir Hugo. Era para él una ganga tener á su lado un amigo á quien poder preguntar, cuando no se acordaba de alguna cosa, ó confundia los nombres y las épocas, lo que le sucedia con frecuencia. Entónces Miguel Mumblazen se hallaba, como

un libro abierto, dispuesto siempre á darle con precision y laconismo todas las noticias que podia desear; y aun en las cosas mas triviales se solia esplicar en un estilo enigmático y entreverado de términos técnicos del blason, sin que dejase por eso de dar consejos dignos de atencion; y como lo decia William Badger, descubria la caza miéntras los otros sacudian los matorrales.

— Mucho nos ha dado que hacer el buen caballero, señor Edmundo, dijo el ministro. Yo no habia sufrido tanto desde el momento fatal en que me arrancáron y separáron de mis ovejas, forzandome á abandonarlas á los voraces lobos.

— *In anno tertio* del reinado de María, dijo Mumblazen.

— Por amor de Dios, señor Edmundo, continuó el ministro, diganos vm. si ha aprovechado el tiempo mejor que nosotros, y si ha logrado vm. algunas noticias de esta infeliz señorita que, despues de haber sido durante diez y ocho años el regocijo y gloria de esta casa desolada hoy, es ahora la causa de su confusion y vergüenza. ¿ Ha llegado vm. á saber su paradero? ®

— ¿ Tiene vm. noticias de Cumnor-Place? preguntó Tresilian.

— Sí por cierto, respondió el ministro.

Era una especie de casa de campo del abad de Abingdon.

— Cuyas armas he visto, dijo Mumblazen, en una chimenea de piedra en la gran sala baja: una cruz debajo de una mitra.

— Allí está, dijo Tresilian, allí vive la desdichada con el detestable Varney, á quien mi sable hubiera castigado como merece, si una casualidad no le hubiese librado de mi furor.

— Bendito sea Dios por haber impedido que su mano de vm. se ensangrentase, temerario jóven, dijo el ministro. *A mí me pertenece la venganza*, dice el Señor. Lo que convendría mas es librarla de los infames lazos con que la tiene atada ese miserable.

— Y que se llaman en términos heráldicos, dijo Mumblazen, *laquei amoris*, lazos de amor.

— Quisiera aconsejarme con vms. sobre eso, amigos míos, dijo Tresilian. Pienso ir á echarme al pié del trono, y acusar á ese malvado de perfidia, de seducción, y de haber quebrantado las leyes todas de la hospitalidad. La reina no dejará de escucharme, aun dado caso que el conde de Leicester, protector de ese infame, esté á su derecha.

— La reina, dijo el ministro, ha dado un buen ejemplo de continencia á todos sus súbditos,

ditos, y castigará con severidad y justicia á ese bribon. Pero ¿no haria vm. mejor en dirigirse desde luego al conde de Leicester, pues está á su servicio? Si le hace á vm. justicia, evitará vm. grangearse un enemigo poderoso, lo que no podrá menos de suceder, si acusa vm. directamente delante de la reina á su primer caballero y favorito.

— Mucho me repugna ese consejo, respondió Tresilian. No puedo hacerme á la idea de tener que litigar la causa de esa desgraciada hija de un padre infeliz, delante de ninguna otra persona que no sea mi legítima soberana. Leicester, me dirá vm., ocupa un puesto elevado: lo sé, pero es un súbdito como nosotros, y no será á él á quien dirigiré yo mis quejas y plegarias, sino en el caso de no poder hacer otra cosa mejor. Pero sin embargo reflexionaré bien sobre lo que debo hacer, y es preciso que vms. me ayuden á decidir á sir Hugo á darme un poder en regla y completo, pues necesito hablar en su nombre y no en el mio. Ya que ha tenido ella la debilidad de enamorarse de ese miserable, es preciso que por lo menos la haga, casandose con ella, la justicia que puede hacerle.

— Valdria mas, dijo Mumblazen con un calor extraordinario en él, que muriese *cælebs et sine prole*, que mezclar las nobles ar-

mas de la casa de Robsart con las de un incrédulo semejante.

— Si es el objeto de vm., como yo lo creo, dijo el ministro, poner en salvo, en cuanto sea posible, el honor de esa desdichada señorita, le repito á vm. que debe dirigirse en primer lugar al conde de Leicester. Es en su casa tan absoluto como la reina en su reino; y si dijese á Varney que tal es su voluntad y deseo, la falta de Amy no será tan pública.

— Tiene vm. razón, dijo Tresilian con viveza, sí, tiene vm. razón, y le agradezco infinito el haberme hecho ver lo que la turbacion de mi ánimo me impedía descubrir. No creia tener que pedir una gracia á Leicester; pero doblaré la rodilla ante el orgulloso Dudley, si es necesario, para disminuir algun tanto la confusion y deshonor de la infeliz Amy. ¿ Quieren vms. ayudarme á obtener las facultades y el poder necesario de sir Hugo Robsart?

— Sí por cierto; respondió el ministro, mientras Mumblazen dijo lo mismo inclinando la cabeza.

— Tambien es preciso que en caso necesario testifiquen vms. de que modo el buen sir Hugo acogió á ese traidor, y la perfidia con que él sedujo á su desgraciada señorita.

— Al principio, dijo el ministro, no ma-

nifestaba ella preferir su compañía, pero despues los he visto muchas veces juntos.

— *Sentados* en el salon, dijo Mumblazen, y *paseandose* en la huerta.

— En una tarde de la última primavera, añadió el ministro, los encontré en el bosque del sur. Varney tenia una levita oscura, y no le ví la cara. Diéronse prisa á separarse desde que me oyéron, y noté que volvió ella la cabeza para mirarle.

— *Las cabezas mirandose*, dijo Mumblazen. Y el dia en que desapareció, ví al lacayo de Varney, pues conocí la librea, que guardaba los caballos de su amo y de Amy enillados, detras de la muralla del cementerio.

— Y ahora está, dijo Tresilian, encerrada en un retiro oscuro. Le he cogido en fragante; quisiera que tratase de negar su delito, para convencerle de él con el sable en la mano. Pero es preciso que me disponga á emprender el viage. Persuadan vms. al mismo tiempo á sir Hugo á darme la facultad de obrar en su nombre.

Dicho esto, se fué.

— Es demasiado fogoso, dijo el ministro, y ofrezco á Dios mis oraciones á fin de que le dé la paciencia necesaria para tratar con Varney.

— Paciencia y Varney, dijo Mumblazen, son dos palabras que no suenan juntas mejor

que metal sobre metal en blason. Es mas falso que una sirena, mas rapaz que un gerifalte, mas cruel que un leon *rampante*.

— No sé si podemos, dijo el ministro, pedir á sir Hugo que delegue su autoridad paternal á nadie en el estado en que se encuentra.

— Vuestra reverencia no debe ponerlo en duda, dijo William Badger que acababa de entrar en aquel momento, porque apostaré la vida á que al despertarse va á verse muy otro de lo que ha sido durante un mes.

— ¿Tanta confianza tienes en la medicina que ha ordenado el doctor Diddleum? dijo el ministro.

— Ninguna, respondió Badger, pues no ha bebido ni una gota, porque se ha quebrado el frasco. Pero el señor Tresilian ha traído consigo un artista que ha compuesto para sir Hugo un remedio mejor que todos los del doctor Diddleum juntos. He hablado con él, y aseguro á vm. que no existe un albeitar mas hábil, un hombre que conozca mejor las enfermedades de las bestias; y á buen seguro que no querrá hacer daño á ningun cristiano.

— ¡Un albeitar, miserable! dijo el ministro. ¡Haber dado á sir Hugo un remedio preparado por un albeitar! ¿ Quien le ha dado au-

toridad para ello? ¿ Quien saldrá responsable de las resultas?

— En cuanto á autoridad, yo se la he dado, si vm. no lo ha por enojo: en cuanto á salir responsable, he vivido en el castillo veinte y cinco años, que me han dado el derecho de aplicar, si se ofrece, un remedio á una persona ó á una bestia. ¡Que medicinas he dejado yo de distribuir en la cuadra! ¿ No he aplicado mil veces sangrías, cauterios, ventosas?

Los dos consejeros privados corrieron sin perder un momento á dar esta noticia á Tresilian, que llamó al punto á Wayland, y le preguntó aparte con que derecho se habia atrevido á preparar un remedio para sir Hugo Robsart.

— Debe vm. acordarse, respondió Wayland, de que le tengo dicho haber descubierto los secretos del arte de mi maestro, quiero decir del doctor Doboobie, harto mas de lo que él hubiera querido; y si me habia tomado entre ojos, era únicamente porque muchas personas capaces de distinguir de colores, entre otras una viudita muy linda de Abingdon, preferian mis remedios á los suyos.

— No es tiempo de chancearse, dijo Tresilian. Si la medicina de caballo, que has dado á sir Hugo, le hace el menor mal, te enterraré vivo en una mina de estaño.

— No estoy todavía bastante ducho en el grande *Arcanum* de la transmutacion de los metales, respondió Wayland sin turbarse. Pero nada hay que temer, señor Tresilian; William Badger me ha explicado bien el estado de la salud del digno baronete, y me lisonjeo de poder administrar una dosis de mandrágora capaz de procurar un sueño dulce y tranquilo, que restablecerá sin duda alguna la calma en el ánimo agitado de sir Hugo.

— ¿Estás bien seguro de lo que me dices?

— A la prueba me remito. ¿Que motivo pudiera yo tener para querer causar el menor daño á un pobre anciano amigo de *vm.*? Si Gaffer Pinniewink no me atormenta en este momento, punzandome y atenaceandome las carnes en cada señal que encontrase para ver si eran ó no del diablo, ¿á quien lo debo sino á *vm.*? Lo que yo anhelo es que *vm.* me mire como á un fiel servidor, y podrá *vm.* juzgar de mi buena fé por el efecto que cause el sueño en ese caballero.

No se habia equivocado Wayland en sus conjeturas. El calmante que su esperiencia habia preparado, y que la confianza de William Badger habia administrado, produjo los mas felices efectos. Durmió el baronete algunas horas, y se despertó algo triste y débil, pero mucho mejor dispuesto de lo que habia

estado tiempo hacia, para juzgar sobre lo que podian proponerle. Al punto no aprobó el proyecto de Tresilian de ir á la corte para obtener, en lo posible, una reparacion del daño causado á Amy. — Es preciso abandonarla, dijo; es un halcon que se va con el viento, y no merece el silbido con que se le llama. Consiguieron no obstante convencerle de que era su deber ceder á la voz de la ternura paternal, que le hablaba á pesar suyo en secreto, y consentir que Tresilian hiciese por su hija lo que fuese posible. Firmó pues un poder que dictó el ministro, porque en aquel siglo encontraban las ovejas en su pastor no solamente una guia espiritual, sino tambien un consejero en los negocios temporales.

Veinte y cuatro horas despues de la llegada de Tresilian á Lidcote-Hall, todo estaba dispuesto para su segunda salida; pero se habian olvidado de un punto importante, y el señor Mumblazen les hizo pensar en él. — Va *vm.* á la corte, señor Tresilian, le dijo, y debe *vm.* pensar que los colores de sus armas deben ser *oro y plata*, y es una cosa indispensable. La advertencia era justa y muy capaz de embarazarles. Tan difícil era en tiempo de Isabel, como lo ha sido posteriormente en todas épocas, emprender un asunto en la corte sin di-

nero metálico sonante, y era este un artículo que escaseaba en Lidcote-Hall. Tresilian no era rico, y las rentas de sir Hugo Robsart, gracias á su generosa hospitalidad, apenas bastaban á cubrir el gasto de su casa. El que habia indicado la dificultad se encargó tambien de vencerla. El señor Miguel Mumbazen presentó un saco de cuero que contenia trecientas libras esterlinas en monedas de oro y plata de toda especie, fruto de una economía de veinte años, que consagró, sin chistar una palabra, al servicio del que le habia dado el medio de ahorrar aquel dinero recibíndole en su casa. Tresilian aceptó sin vacilar un momento, y tan solo apretandose la mano se manifestáron recíprocamente el gusto que probaban ámbos, el uno consagrando cuanto tenia á un proyecto tan loable, el otro viendo desvanecerse de un modo inesperado un obstáculo que habia temido hallar insuperable.

Mientras se disponia Tresilian á partir la mañana siguiente, Wayland quiso hablarle, y le dijo que creia debia estar satisfecho del efecto que habia hecho la medicina aplicada á sir Hugo, y que le suplicaba le permitiese acompañarle en su viage á la corte. Tresilian habia pensado ya tambien en ello varias veces, porque la destreza, la inteligencia, los años y recursos que su compañero de viage

habia manifestado en el poco tiempo que le conocia, le habian hecho creer que podria serle sumamente útil. Pero buscaban á Wayland de parte de la justicia para ponerle preso, y le aguardaban el punzon y las tenazas de Piiniewink, para hacerle confesar que tenia hecho pacto con el diablo.

Habiéndole manifestado Tresilian este temor, Wayland se echó á reir de buena gana. — No caerán ellos en la cuenta de que el criado de vm. es el herrador brujo. Ya vé vm. mis cabellos y mis bigotes; rizando bien los unos, y tiñendo los otros con un menjurge que yo sé hacer, no me conocerá la madre que me parió.

Verificó esta nueva metamorfosis, y pocos minutos despues se presentó á Tresilian enteramente desfigurado. Tresilian se hallaba aun sin embargo indeciso en aceptar sus servicios, pero las instancias de Wayland se redobláron con nueva fuerza.

— Le debo á vm. la vida, le dijo, y nada deseo tanto como pagar alguna parte de esta deuda. He sabido por Badger, que el asunto que obliga á vm. á ir á la corte no deja de ser peligroso. No me jacto de ser un espadachin, uno de esos guapetones que estan dispuestos siempre á sostener las querellas de sus amos con el sable en la mano. Por el con-

trario, me agrada mas el fin de una comida que el principio de una camorra. Pero sé tambien que podré servir á vm. en tales asuntos mejor tal vez que esos fanfarrones que solo saben hacer uso del sable ó del puñal, y que mi cabeza será á vm. mas útil que pudieran serlo sus brazos.

No se decidia todavía Tresilian; hacia poco tiempo que conocia á este estraño personaje, y no sabia que confianza podria acordarle al servirse de él para el buen éxito de sus proyectos. Aun no habia tomado una determinacion, cuando oyó en el patio un caballo, y casi al mismo tiempo el señor Mumblazen y William Badger entraron corriendo en su cuarto.

— Acaba de llegar, dijo Badger, un criado... y por cierto que en mi vida he visto una yegua tan hermosa....

— Tiene en el brazo, dijo Mumblazen, una chapa de plata en que se vé un dragon con un pedazo de ladrillo en la boca, y encima una corona de conde. Me ha entregado esta carta para vm., sellada con iguales armas.

Tresilian tomó la carta, y era el sobrescrito: « Al ilustre Edmundo Tresilian, nuestro pariente; » y mas abajo decia: « Con toda diligencia, como si importase la vida. » Abrió la carta y leyó lo siguiente:

« Señor Tresilian, nuestro buen amigo y nuestro querido primo.

» Nos hallamos en este momento con tan poca salud, y al mismo tiempo en circunstancias tan fatales, que deseamos reunir á nuestro lado aquellos amigos con cuyo afecto podemos contar mas particularmente, y os ponemos en primera línea, señor Tresilian, no solamente por la amistad que siempre nos habeis manifestado, sino tambien por las otras prendas personales que os adornan. Os suplicamos, pues, vengais á vernos con la mayor celeridad posible al castillo de Say's-Court, junto á Depford, en donde os hablaremos de asuntos que no juzgamos á propósito confiar al papel. Esperando veros luego, quedamos vuestro afectísimo pariente,

« RATCLIFFE, conde de Sussex. »

— William Badger, dijo Tresilian, que suba al momento el propio; y cuando llegó, le dijo: — ¡ Ah! Stevens, ¿ es vm.? ¿ como está pues milord? ®

— Mal, señor Tresilian, muy mal, y necesita tener buenos amigos á su lado.

— ¿ Y cual es su enfermedad? yo nada he sabido.

— No puedo decirselo á vm., señor, pero

está muy malo. Los médicos no saben que decir. Muchas personas de la casa sospechan que puede ser alguna traición, algun sortilegio, ó quizá otra cosa peor.

— ¿Cuales son los síntomas? preguntó Wayland acercandose con resolucion.

— ¿Como? dijo Stevens que no comprendia la pregunta.

— ¿Donde reside el mal? dijo Wayland. ¿Que es lo que le duele? Stevens se dirigió á Tresilian para saber si debía responder á las preguntas de un estrangero, y habiendo recibido una respuesta afirmativa, hizo la relacion de los síntomas de la enfermedad de su amo: pérdida gradual de fuerzas, transpiraciones nocturnas, falta de apetito, debilidad, etc.

— ¿Con un dolor de estómago, dijo Wayland, y una calentura lenta?

— Cabalmente, dijo Stevens sorprendido.

— Conozco esa enfermedad, añadió Wayland, conozco la causa de ella. Su amo de vm. ha comido el maná de S. Nicolas. Pero conozco tambien el remedio. El doctor no dirá que he perdido el tiempo en su laboratorio.

— ¿Que dice vm.? repuso Tresilian arqueando las cejas. Hablamos ahora de uno de los principales señores de Inglaterra, y no es

este el momento mas á propósito para echarla de gracioso.

— No lo permita Dios, respondió Wayland. Lo que digo es que conozco esa enfermedad, y que soy capaz de curarla. ¿Se ha olvidado vm. ya de lo que he hecho con sir Hugo Robsart?

— Partamos al momento, dijo Tresilian. ¡Quien sabe si nuestra llegada!....

Anunciando el nuevo motivo que tenia de ponerse en camino al momento, sin hablar de las sospechas de Stevens, ni de las seguridades de Wayland, se despidió tiernamente de sir Hugo, y salió á carrera para Londres con Wayland y con el criado del conde de Sussex.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

AL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIII.

Sé que tiene vm. kermes, vitriolo,
Alcohol, alcali, arsénico; y no solo
El bribon, á mi ver, es un artista,
Sino médico, físico, alquimista;
Y si algun dia no puede alcanzar
El gran secreto, cerca le ha de andar.

El Alquimista.

TRESILIAN y sus dos compañeros hicieron su viage con la mayor rapidez. Al tiempo de salir, habia preguntado á Wayland si se atreveria á pasar por el condado de Berks en el que habia representado un papel tan brillante. Pero le habia contestado Wayland que no tenia temor ninguno, y efectivamente habia empleado el poco tiempo que pasara en el castillo de Lidcote-Hall, en transformarse enteramente. Habia segado sus barbas espesas, y solo le quedaban dos bigotillos sobre el labio superior, empinados á imitacion de los militares; y un sastre del pueblo de Lidcote, por quanto vos contribuisteis, le habia servido tan bien siguiendo sus instrucciones, que parecia veinte años mas jóven

que los dias anteriores. Con la cara y las manos tiznadas por el humo y el carbon, los cabellos desgreñados, la barba sucia y larga, cargado de espaldas, y vestido con una piel de oso, le hubieran dado cincuenta años; pero entónces con la librea de Tresilian y su sable, solo representaba la edad que tenia efectivamente, es decir, sobre treinta años. Sus modales habian cambiado igualmente, y en lugar de un salvaje rústico, se mostraba despejado, airoso, y aun impudente.

Habiendole preguntado Tresilian cual era la causa de aquella mudanza tan completa y singular, solo le contestó cantando dos versos de una comedia nueva entónces, y que daba una idea favorable del genio del autor. Podemos citar los tales versos, y son estos:

Bueno, bueno, Caliban,
Amo nuevo, nuevo plan.

Estos versos, de los que Tresilian no se acordaba, le trajeron á la memoria la idea de haber sido Wayland cómico en otro tiempo, idea que le hizo comprender como podia cambiar su exterior con tanta facilidad. Tan satisfecho estaba él de su disfraz, que sentia no tener que pasar cerca de su antigua habitacion.

— En este traje, decia, y al lado de vm.,

podria esponerme á presentarme delante del juez Blindas un dia de audiencia; y quisiera saber en que ha venido á parar Flibbertigibbet, que será de la piel del diablo si llega á verse libre de su abuela y de su preceptor. Tambien me alegraria ver el estrago que hizo la esplosion en los crisoles y cacharros del doctor Demetrio Doboobie. A buen seguro que mi fama vivirá en el valle de White-Horse largos años despues que me halle yo mascando tierra; mas de cuatro palurdos irán á atar sus caballos á la argolla dejando su medio duro en la piedra del centro, y silbando como un marino en tiempo de calma, llamando al herrador del diablo. Si aguardan á que vaya yo á herrar sus caballos, ya estan frescos.

Las ganas que tenia Tresilian de llegar cuanto ántes al término de su viage, le impedian detenerse mas tiempo que el necesario para dar el sustento y descanso á los caballos; y como el conde de Leicester, ó las gentes que dependian de él inmediatamente, tenian grande influjo en muchos de los sitios por donde pasaban, juzgáron á propósito ocultar sus nombres y el motivo de su viage. Lancelot Wayland (ese era su nombre) se divertia en burlarse de la curiosidad de los posaderos y mozos de cuadra, y en darles cordelejo,

y durante este viage rápido y corto hizo correr acerca de su amo tres rumores diferentes y contradictorios. Aquí era Tresilian el lord virey de Irlanda, que venia incógnito á recibir las órdenes de la reina acerca del famoso rebelde Rory Oge Mac-Carthy Mac-Mahon. Allí era un agente de *Monsiur*, enviado para solicitar la mano de Isabel; en otra parte era el duque de Medina, disfrazado, que venia á arreglar las dificultades que existian entre la reina y Felipe, rey de España.

No agradaba esto mucho á Tresilian, y se quejó varias veces á Wayland de que estas ficciones tendrian entre otros inconvenientes el de fijar en él la atencion de un modo extraordinario.

— Anunciando su porte y su carácter un hombre de importancia, decia Wayland, era indispensable dar alguna razon extraordinaria para cohonestar la celeridad de su marcha y el objeto secreto de su viage.

Al paso que se acercaban á Londres, la curiosidad que escitaban se debilitaba mucho por el gran número de estrangeros que llegan continuamente á una capital, y entraron al fin en la ciudad.

Tresilian tenia la intencion de ir en derecha á Say's-Court, junto á Depford, donde residia á la sazón lord Sussex, para hallarse

mas cerca de Greenwich, morada favorita de Isabel, y que era el sitio donde habia nacido. Era preciso sin embargo pararse un poco en Londres, y se detuviéron algo mas, porque Wayland le pidió licencia de dar un paseo en la ciudad.

— Toma pues tu sable, le dijo Tresilian, y sigueme. Yo tambien quiero pasearme, y caminaremos juntos. No dejaba de tener sus motivos para hacerlo asi. No tenia todavía bastante confianza en su nuevo criado, para perderle de vista en un momento en que las dos facciones rivales se entrechocaban en la corte de Isabel. Wayland convino en ello, á condicion de que le fuese permitido entrar en las droguerías y boticas que quisiese, para comprar las drogas que necesitaba. Tresilian no replicó, y recorriendo las calles de la ciudad, entraron sucesivamente en tres ó cuatro tiendas y boticas, en cada una de las cuales notó Tresilian que su compañero compró una sola droga. Las que pidió al principio las encontró con facilidad, pero halló mas dificultades para comprar las otras. Sorprendiase tambien Tresilian al ver que rehusaba muchas veces lo que le presentaban, diciendo que no era lo que habia pedido, ó que era de mala calidad, y que les obligaba á darle lo que llenaba sus miras, ó se iba á otra parte. Hubo

entre otras una droga que parecia imposible se llegase á encontrar en todo Londres. Aquí no la conocian, allí decian que no existia sino en las cabezas rematadas de los alquimistas, en otra parte ofrecian sustituirla dandole en su lugar otro ingrediente que decian tenia la misma virtud y mayor eficacia; y casi en todas las boticas deseaban saber que uso se proponia hacer de una sustancia tan rara. Un viejo boticario le dijo por fin con mas franqueza que los demas, que seria inútil buscar lo que pedia en todo Londres, á no ser que por casualidad diese con ella en casa de un judío llamado Yoglan.

— Ya me lo estaba yo temiendo, dijo Wayland, saliendo de aquella casa. Pido á vm. mil perdones, dijo á Tresilian, pero el mejor sastrero no puede coser sin agujas. Preciso es dar con ese judío, y si este paseo nos causa algun retardo, será vm. indemnizado con el uso que haré de esta droga rara y preciosa. Si vm. me permite que vaya por delante, ahora que vamos á dejar esta calle, llegaremos ántes, mostrandole yo á vm. el camino. ®

Habiendo consentido en ello Tresilian, siguió á su guía, que hizo ver que conocia perfectamente aquel barrio, conduciendole sin detenerse ni vacilar por un verdadero laberinto de calles, plazas y callejuelas. Detuvose

al fin en medio de una calle estrecha, al fin de la cual se descubrían el Támesis y los mástiles de dos barcos que aguardaban la marea para hacerse á la vela. La botica en que se detuvieron no estaba cerrada como las del día con puertas vidrieras; estaba cubierta con bastidores de lienzo grueso, dejando en medio una entrada, como sucede ahora en las tiendas de los que venden el pescado. Un viejecito, que no tenia trazas de judío porque era rubio y se habia rasado las barbas, se presentó á ellos y les preguntó que era lo que buscaban; y apenas le hubo nombrado Wayland la droga que pedía, cuando el judío se manifestó sorprendido.

— ¿Que necesidad puede vm. tener de una droga que ninguno me ha pedido todavía en cuarenta años que soy boticario en esta calle?

— No es necesario que yo responda á semejante pregunta, dijo Wayland, y únicamente deseo saber si tiene vm. la droga que le pido, y si desea vendermela.

— ¡Si tengo esa droga, Dios de Moises! si por cierto la tengo, y en cuanto á venderla, ¿no soy acaso boticario? Al decir esto le presentó unos polvos. Son muy caros, añadió, los he pagado á peso de oro, y vienen del monte Sináï, en donde nos fué dada uues-

tra santa ley, y es una planta que florece una sola vez en cada siglo.

— Poco me importa toda esa cháchara, dijo Wayland mirando con sumo desprecio los tales polvos del judío; lo que yo sé perfectamente es que la droga que vm. me presenta se encuentra en los fosos de Alep, y que no cuesta mas que el trabajo de cogerla.

— Pues bien, dijo el judío mas sorprendido aun, no tengo otra, y aunque la tuviera mejor, no se la venderia á vm. sin la receta de un médico, ó sin saber que uso quiere vm. hacer de ella.

— Wayland le dió una cortísima respuesta en una lengua que Tresilian no pudo comprender. Creció con esto la admiracion del judío, que fijó su vista en Wayland como un hombre que reconoceria de repente en un sujeto, al parecer humilde y oscuro, un héroe ilustre ó un potentado.

— ¡Santo profeta Elías! dijo, despues de haber vuelto en sí de la sorpresa que le habia entontecido; y cambiando su estilo brusco y receloso en el mas sumiso y servil, ¿no me hará vm. el honor de entrar en mi humilde habitacion, lo que miraré como un buen agüero? ¿Quiere vm. beber un vaso de vino con el pobre judío Zacarías Yogan? ¿Le quiere vm. de Alemania.... de Tokai.... de Burdeos?....

— Poca conversacion, dijo Wayland: deme vm. lo que le pido, y punto redondo.

El Israelita cogió el manojito de llaves, y abriendo con gran tiento un armario cerrado al parecer con mas precaucion que los demas de la botica, sacó un cajon secreto cubierto de cristal, en el que habia una porcion pequeña de polvos negros. Los ofreció á Wayland de un modo que daba á entender que nada podia rehusarle, pero que sentia en el alma ceder un grano solo de aquel tesoro; y ámbas cosas se leian claramente en su fisonomia.

— ¿Tiene vm. un peso? le preguntó Wayland.

El judío le mostró el que ordinariamente le servia en la botica, pero con cierta duda y temor que no pudieron escaparse de la vista penetrante de Wayland.

— Necesito otro, le dijo con entereza. ¿No sabe vm. que las cosas santas pierden su virtud, cuando son pesadas con un peso que no es justo?

Bajó el judío la cabeza, y sacó de una cajita guarnecida de acero un peso muy precioso. — Me sirvo de este peso para mis experiencias químicas, dijo presentandosele á Wayland; un pelo de la barba de un doctor de la ley, puesto en uno de los platos, basta para hacerle inclinar.

— Basta, dijo Wayland; y tomándole, pesó él mismo dos dracmas de los polvos negros, los envolvió con gran cuidado en un papel, los metió en la faltriquera, y preguntó al judío cuanto le debia.

— Nada, nada absolutamente para un hombre como vm. ¿Pero vendrá vm. á ver al pobre judío? Venga vm. á dar una ojeada en su laboratorio, en donde á fuerza de trabajo se ha secado como la calabaza del santo profeta Jonas. Se apiadará vm. de él, y le ayudará á dar algunos pasos en la noble carrera.....

— ¡Ya, ya! dijo Wayland poniendo un dedo en la boca. Puede suceder que volvamos á vernos. Tiene vm. ya el Schah-Majm, como le llaman los rabinos, la creacion general. Es preciso velar y orar para llegar á conocer el elixir Alchahest Sainech, ántes que pueda comunicar con vm. Correspondiendo entónces con una reverencia al saludo profundo y respetuoso del judío, salió con suma gravedad de la botica, siguiéndole su amo.

— ¿No hubiera sido justo y razonable pagar á ese hombre la droga, sea cual fuere su valor? dijo Tresilian.

— ¡Pagarle yo! dijo Wayland. Aun ha salido harto bien librado de este negocio. Si no hubiera temido desagradar á vm., le hu-

hiera sonsacado una ó dos onzas de oro, en cambio de un poco de polvo de ladrillo.

— Te librarás bien de hacer semejantes picardías mientras estes conmigo.

— ¿No le he dicho á vm. que es esa la razon que me ha impedido hacerlo? ¿Picardía, dice vm.? ¿Una momia ambulante, tan rico que pudiera empedrar con pesos duros la calle en que vive, y que los guarda sin dejarles ver el sol, y corre como un loco en busca de la piedra filosofal! ¿Buenas y gordas! ¿No queria el bribon encajarme gato por liebre, como á un ignorante, dandome á peso de oro una droga que no vale tres ochavos? A pícaro pícaro y medio; quien roba á un ladron gana cien años de perdon: si sus polvos falsos valian mi dinero, mis polvos de ladrillo podrian valer igualmente el suyo.

— Podrá ser muy bueno ese argumento, si se trata de judíos y boticarios, Wayland; pero no puedo yo permitir tales juegos de manos á ninguno que esté á mis órdenes. Pienso que has acabado ya de hacer tus compras.

— Sí, señor; y con todas estas drogas compondré hoy mismo el verdadero orvietan, precioso remedio, tan raro, tan difícil de encontrarse en Europa, por falta de los polvos que acaba de darme Yoglan.

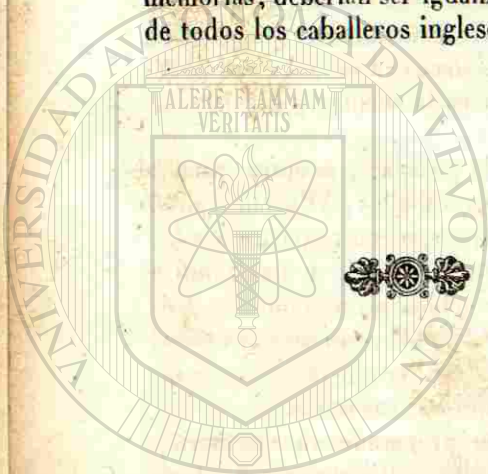
— ¿Y por que no has comprado todas las drogas en la misma botica? Lo menos que hemos perdido en ir de ceca en meca ha sido una hora de tiempo.

— Yo se lo diré á vm. No me conviene que llegue á descubrir nadie mi secreto, y si comprase todas mis drogas á un solo boticario, podria este caer en la cuenta, y hacerme un flaco servicio.

Volviéron á la posada; y mientras preparaba Stevens los caballos, Wayland pidió prestado un mortero, se encerró en un cuarto, y pulverizó, trituró, mezcló y amalgamó á su modo, con la debida proporcion, las drogas que habia comprado, con una prontitud y destreza que hacian ver que no era aprendiz en las operaciones farmacéuticas.

Cuando hubo preparado su electuario, montáron á caballo, y llegaron en una hora al castillo antiguo llamado Say's-Court, en donde residia entónces el conde de Sussex, castillo que habia pertenecido en otro tiempo á una familia de este nombre, pero que hacia mas de un siglo habia pasado á la antigua é ilustre familia de Evelyn. El actual sucesor de esta noble casa se interesaba mucho por lord Sussex, y le habia acogido en su habitacion con una familia considerable. Say's-Court fué despues la residencia del célebre

señor Evelyn, cuya obra intitulada *Sylva* es todavía el manual de todos los que plantan árboles en Inglaterra, y cuya vida, costumbres y principios, que pueden verse en sus memorias, deberían ser igualmente la norma de todos los caballeros ingleses.



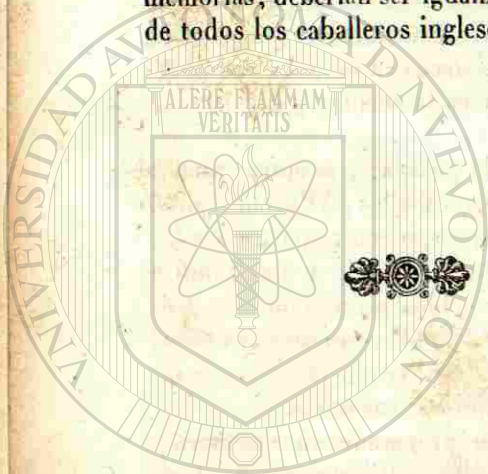
CAPITULO XIV.

¡Por cierto, amigo, por cierto
Que es terrible novedad!
En medio de la vacada
Con un furor sin igual
Estan riñendo dos toros
Por amor de una beldad,
De una vaca, noble premio
Del que venza á su rival.....
Dejales que se descuernen.
El uno sucumbirá,
Y logrará la vacada
Su antigua tranquilidad.

Antigua Comedia.

SAY'S COURT se hallaba guardado como un fuerte en estado de sitio, y en términos tales que cuando se acercó Tresilian, fué detenido y examinado muchas veces por las centinelas avanzadas á pié y á caballo. El distinguido lugar que ocupaba Sussex en el favor de la reina, y su rivalidad conocida y declarada con el conde de Leicester, hacían dar la mayor importancia á su conservación, porque, en la época de que hablamos, nadie sabia todavía cual de los dos derribaría al otro del cande-

señor Evelyn, cuya obra intitulada *Sylva* es todavía el manual de todos los que plantan árboles en Inglaterra, y cuya vida, costumbres y principios, que pueden verse en sus memorias, deberían ser igualmente la norma de todos los caballeros ingleses.



CAPITULO XIV.

¡ Por cierto, amigo, por cierto
Que es terrible novedad!
En medio de la vacada
Con un furor sin igual
Estan riñendo dos toros
Por amor de una beldad,
De una vaca, noble premio
Del que venza á su rival.....
Dejales que se descuernen.
El uno sucumbirá,
Y logrará la vacada
Su antigua tranquilidad.

Antigua Comedia.

SAY'S COURT se hallaba guardado como un fuerte en estado de sitio, y en términos tales que cuando se acercó Tresilian, fué detenido y examinado muchas veces por las centinelas avanzadas á pié y á caballo. El distinguido lugar que ocupaba Sussex en el favor de la reina, y su rivalidad conocida y declarada con el conde de Leicester, hacían dar la mayor importancia á su conservación, porque, en la época de que hablamos, nadie sabia todavía cual de los dos derribaría al otro del cande-

lero, y se mantendria solo en el favor de Isabel.

Esta princesa, como la mayor parte de las mugeres, queria gobernar por medio de facciones, contrabalanceando dos intereses opuestos, y reservandose el poder de acordar la preponderancia al uno ó al otro, segun lo exigiese la razon de estado, ó su capricho, porque no era superior á esta debilidad. Echar mano de manejos é intrigas, oponer un partido á otro, contener al que se veia en el mas alto grado en su estimación con el temor que debia inspirarle un concurrente á quien ella acordaba igual confianza, sino el mismo afecto, tales fuéron las maniobras que empleó durante todo el curso de su reinado; y de este modo, aunque fué con frecuencia bastante débil para tener un favorito, llegó á impedir que no resultasen de ahí funestos efectos para su reino y su gobierno.

Los dos nobles que disputaban entre sí su favor tenian diferentes pretensiones. Sin embargo podia decirse en general que el conde de Sussex habia prestado mas servicios á la reina, y que Leicester era mas agradable á los ojos de Isabel. Sussex era un guerrero; habia servido con buen suceso en Irlanda y en Escocia, y sobre todo en la grande rebellion del Norte en 1569, que fué sufocada prin-

cipalmente por sus talentos militares. Tenia pues naturalmente por amigos y partidarios todos los que deseaban encontrar en la carrera de las armas medios de elevarse. Pertenecia tambien á una familia mas antigua y mas ilustre que su rival, habiendo heredado las dos nobles casas de Fitz-Walter y de Ratcliffe, miéntras las armas de la de Leicester estaban manchadas con la degradacion de su abuelo, ministro opresor de Enrique VII, y esta mancha no habia sido quitada por su padre desgraciado, Dudley, duque de Northumberland, ejecutado en Tower-Hill en 22 de Agosto de 1553. Pero sus facciones, sus gracias y destreza, terribles armas en la corte de una reina, daban á Leicester mas que suficiente ventaja para contrabalancear los servicios militares, la sangre ilustre y la franca lealtad del conde de Sussex; y á los ojos de la corte y del reino pasaba por el primer favorito de Isabel, aunque en virtud del sistema uniforme de la política de esta princesa, esta preferencia no era bastante declarada para que pudiese creerse seguro de triunfar de las pretensiones de su rival.

Venia tan á propósito para Leicester la enfermedad de Sussex, que habia dado lugar á estrañas sospechas que se habian divulgado en el público; y las consecuencias que podia

tener llenaban de consternacion á los amigos del uno, miéntras inspiraban las mayores esperanzas á los partidarios del otro. Sin embargo, como en aquel buen tiempo antiguo jamas se perdia de vista que todos los asuntos podian componerse á estocadas, los amigos de estos dos señores se reunian en torno de ellos, se presentaban armados á las puertas mismas de la corte, y aun dejaban tal vez llegar á oídos de la reina rumores de disputas que tenian en el recinto mismo de su palacio. Sepa vm., señor lector, que esta especie de prólogo que precede es indispensable para la inteligencia de lo que vamos á decir en lo sucesivo.

Tresilian encontró, á su llegada á Say's-Court, lleno el castillo de la comitiva del conde, y de un gran número de caballeros que habian venido á ponerse á su lado. Estaban armados todos é inquietos, como si hubiesen temido pronto un ataque violento por parte de la faccion opuesta. Sin embargo Tresilian halló solo dos caballeros en la antecámara adonde le condujo un oficial del conde, miéntras otro fué á avisar á su amo la llegada de su pariente. Habia una oposicion notable en el vestido, porte y modales de estos dos personages. El de mas edad, que parecia hombre de calidad, y que aun se ha-

llaba en la flor de la juventud, estaba vestido como militar y con gran sencillez; sus facciones eran de la clase de aquellas que anuncian muy buen juicio, pero ninguna imaginacion ó viveza. El mas jóven, que podia tener unos veinte años, venia vestido á la última moda de aquel tiempo, con casaca de terciopelo carmesí bordada y galoneada de oro, y una gorra de lo mismo, adornada con un medallon y una cadena de oro que la rodeaba tres veces. Los cabellos estaban peinados como los de los petimetres del dia, y llevaba arracadas de plata con hermosas perlas. Era alto y bien dispuesto, y sus facciones regulares y agradables eran tan animadas y expresivas, que se veia en ellas desde luego la firmeza de un carácter resuelto, el fuego de una alma emprendedora, el hábito de reflexionar, y la prontitud en decidirse.

Estaban sentados en el mismo banco cerca el uno del otro, pero cada uno de ellos se hallaba ocupado en sus reflexiones, mirando á la pared de enfrente, y no pensaba en conversar con su compañero. Las miradas del de mas edad anunciaban que no veia en la pared adornada á lo antiguo mas que lo que se hallaba colgado en ella, es decir, escudos, alabardas, cuernos de ciervo, y armas de toda especie antiguas y modernas. Los ojos del

mas jóvenes brillaban con el fuego de la imaginación; parecía que la distancia que le separaba de la pared era un teatro sobre el que ponía en acción diversos personajes que le ofrecían un espectáculo muy diferente del que la realidad le hubiera presentado.

Cuando entró Tresilian, se levantaron los dos para saludarle, y el mas joven sobre todo se acercó á él con mas cordialidad.

— Sea vm. muy bien venido, Tresilian, le dijo; la filosofía de vm. nos ha privado de su trato cuando podia ofrecer esta casa atractivos á la ambición; pero es una buena filosofía, puesto que vuelve vm. cuando solo ofrece riesgos que correr.

— ¿Está segun eso tan indispuerto milord? preguntó Tresilian.

— Tememos que su situación ofrezca pocas esperanzas, respondió el de mas edad, y todo nos hace creer que es el fruto de alguna traición.

— No, no; no puede ser, dijo Tresilian, lord Leicester es hombre de honor.

— ¿Como tiene pues una comitiva compuesta de pillos y tanantes? dijo el mas joven. El que evoca al diablo, por bueno que sea, debe ser responsable de los males que cause el espíritu infernal.

— Pero, señores, dijo Tresilian, ¿son vms.

los únicos amigos de milord que han acudido á su lado en este momento crítico?

— No, por cierto, respondió el de mas edad. Tenemos aquí á Tracy, Markham, y otros muchos; pero hacemos el servicio de dos en dos, y hay algunos entre ellos que se hallan fatigados, y que duermen arriba en la galería.

— Y algunos otros, dijo el mas joven, que han ido á Depford, habiendo escotado para comprar un bastimento viejo; pues, cuando se acabe el cuento, y esté nuestro noble lord depositado en su noble sepultura, compondrán el pelo á los pícaros que hayan causado su muerte, y se embarcarán para las Indias sin un cuarto.

— Y será muy posible que sea yo de la partida, luego que haya evacuado un asunto que tengo en la corte, dijo Tresilian.

— ¿Asunto vm. en la corte! dijeron al mismo tiempo los dos: ¿embarcarse vm. para las Indias!

— ¿Que es eso, Tresilian? dijo el mas joven: ¿no está vm. en cierta manera casado? ¿no está vm. al abrigo de los golpes de fortuna que obligan á un hombre á embarcarse, cuando su barca quisiera quedar tranquilamente en el puerto? ¿Que ha hecho vm. de su hermosa Indamira, que debía ser igual á

mi Amoreta por su fidelidad como por sus gracias?

— No me hable vm. de ella, dijo Tresilian volviendose de espalda.

— ¡Ahora estamos ahí, amigo mio! dijo el jóven estrechandole afectuoso la mano. No tema vm. que le vuelva á tocar una herida tan viva, pero es una noticia tan estraña como triste. ¿Ninguno de nuestros alegres amigos podrá ver, en este tiempo borrascoso, su fortuna ó su felicidad libre del naufragio? Esperaba yo que al menos mi querido Edmundo estuviese salvo en el puerto; pero otro amigo, que se llama tambien Edmundo, ha dicho con verdad:

Reina del universo, la fortuna
Con grande rapidez mueve su rueda;
Y con su veleidad y su inconstancia
Todo lo cambia, todo lo renueva.
Tristes juguetes del fatal destino,
Nos abate tal vez, ya nos eleva;
Y cuando estamos en mayor altura,
A derribarnos la cruel se apresta.

Mientras declamaba estos versos con un tono espresivo y animado, se paseaba su compañero con impaciencia. Embozandose despues en su capa, y volviendo á sentarse en el banco, dijo: — Me admiro, Tresilian, de que alimente vm. la locura de este jóven

escuchando sus rapsodias. Si alguna cosa pudiera desconceptuar una casa tan ilustre y virtuosa como la de milord, seria oír en ella esta jerga, esta pepitoria poética, que nos han traído Walter y sus compañeros, que dan de mil maneras torniquete al buen inglés que Dios nos habia hecho la gracia de concedernos.

— Blount se imagina, dijo el jóven, que enamoró el diablo en verso á nuestra madre Eva, y que el sentido místico del árbol de la ciencia del bien y del mal se refiere al arte de combinar los consonantes y medir los hexámetros y pentámetros.

En este momento el camarero mayor del conde vino á decir á Tresilian que su señoría deseaba verle.

Halló al lord Sussex vestido, pero recostado sobre su cama, y se asustó al ver la mudanza que la enfermedad habia causado en su semblante. El conde le recibió con suma amistad, y le preguntó en que estado se hallaban sus amores. Evitó Tresilian contestar á esta pregunta informandose de los síntomas de su enfermedad, y vió con sorpresa que eran los mismos que Wayland habia anuciado despues de haber oído á Stevens. Por tanto se decidió á contar á Sussex la historia de su nuevo servidor, y añadió que se oírecia este

con gran seguridad á curarle. El conde le escuchó con atencion, pero con cierta incredulidad, porque habia oido nombrar á Demetrio. Llamó al punto á su secretario, y le pidió una cajita que contenia varios papeles importantes.

— Busque vm. ahí, le dijo, la declaracion del bribon del cocinero á quien hemos examinado, y vea vm. con cuidado si se hace en ella mencion de un tal Demetrio.

El secretario buscó aquel pasage, y leyó lo que sigue:

« Y el dicho declarante añade, que se acuerda de haber hecho la salsa llamada del lobo marino, que causó una indisposicion al dicho noble lord; que empleó las yerbas é ingredientes ordinarios, á saber.... »

— Deje vm. toda esa charla, dijo el conde. Vea vm. si los ingredientes de que habla fuéron comprados á un herbolario llamado Demetrio.

— Precisamente, dijo el secretario, y añade que desde entónces no ha vuelto á ver al tal Demetrio.

— Esto va de acuerdo con la historia de tu criado, Tresilian, dijo el conde. Que se presente aquí al punto.

Wayland repitió delante del conde toda su historia con resolucion, y sin variar en la menor circunstancia.

— Puede suceder, dijo el conde, que los que han empezado la obra te envíen aquí para terminarla; pero cuidado contigo, porque si tu medicina causa malos efectos, te costará muy cara la fiesta.

— Seria obrar con rigor, dijo Wayland, porque tanto la cura como la muerte estan en manos de Dios. Sin embargo consiento en correr el riesgo; no he vivido bastante aun sobre la tierra para temer volver á entrar en ella.

— Puesto que tienes tanta confianza en tu remedio, y los sabios no pueden darme alivio, diré como tú: correré el riesgo. Dame lo que quieras.

— Permitame vm. desde luego, dijo Wayland, si he de ser responsable del resultado, que exija por condicion precisa que ningun médico ni cirujano ha de poner aquí los piés.

— Es muy justo, dijo el conde. Venga pues ese remedio sin detencion.

Mientras le preparaba Wayland, se desnudó el conde y se metió en la cama.

— Advierto á vm., dijo Wayland, que el primer efecto de esta medicina será un sueño profundo, y mientras dure será preciso observar el mayor silencio en el cuarto; de otro modo pudieran resultar funestas consecuencias. Yo mismo estaré en vela con uno ó dos de los gentileshombres de cámara.

— Que se retiren todos, dijo el conde, excepto Stanley y este buen hombre.

— Y yo, dijo Tresilian.

— Bien, dijo el conde; pero que vengan ántes mi secretario y mi camarero mayor.

— Señores, les dijo luego que llegaron, sean vms. testigos de que mi amigo Tresilian no es en manera alguna responsable de las consecuencias del remedio que voy á tomar. Le tomo de motu proprio, porque le miro como un favor que Dios me concede para curar mi enfermedad por medios inesperados. Si llego á morir, decid á mi noble ama que he muerto como habia vivido, siendo su servidor fiel. Deseo que todos los que rodean su trono tengan el corazon tan puro como el mio, y la sirvan con mas talento que ha podido hacerlo Tomas Ratchiffe.

Cruzó los brazos sobre el pecho, y reflexionó un poco; tomando despues el remedio de manos de Wayland, fijó sobre él los ojos que parecian querer leer el fondo de su alma, pero no notó en su rostro ni turbacion ni inquietud.

— Nada hay que temer, dijo á Tresilian, y tragó el brebaje sin vacilar.

— Pido á vuestra señoría, dijo Wayland, que se disponga á dormir con la mayor comodidad; y vms., señores, haganme el favor de

permanecer tan taciturnos é inmóviles como si estuviesen al lado de sus madres moribundas.

El camarero mayor y el secretario se retiraron, diéron orden de cerrar las puertas, y de que se observase el mayor recogimiento en toda la casa. Solo quedáron en el cuarto Stanley, Tresilian y Wayland; pero muchas personas permaneciéron en la antecámara, por lo que pudiera suceder.

La prediccion de Wayland no tardó en verificarse. Durmió el conde tan profundamente, que Tresilian y Stanley llegaron á temer que fuese un letargo del que no volveria. Wayland llegó tambien á mostrarse inquieto. Aplicaba con frecuencia la mano á las sienes del enfermo, y notaba sobre todo su respiracion que era frecuente y fuerte, pero al mismo tiempo continuada y fácil.



CAPÍTULO XV.

¿De ese modo, calaveras,
Desempeñais el servicio,
Y cumplis con los deberes
Propios de vuestro destino?
¿Y el tonto que yo he mandado,
No ha llegado? ¿no ha salido?

SHAKESPEARE.

JAMAS se presentan los hombres á la vista los unos de los otros de un modo menos ventajoso, ni se hallan con mas mala correa, que despues de haber pasado en vela toda una noche. Aun las mas bonitas, despues de haber pasado toda la noche en un baile, harian muy bien en no presentarse delante de sus queridos y amartelados amantes. Tal era la palidez que cubria los semblantes de los que habian pasado la noche en la antecámara del conde de Sussex. El jóven de quien hemos hablado en el precedente capítulo, habia salido á ver quien llamaba á la puerta del castillo, y al entrar quedó admirado de ver las caras de sus compañeros.

— El diablo me lleve, señores, les dijo,

si no parecen vms. lechuzos. Va á salir el sol, y creo que van vms. á volar, ofuscados los ojos, en busca de algun árbol podrido ó de alguna pared antigua en que esconderse.

— Calla, botarate, dijo Blount. ¿Es acaso el momento de chancearse aquel en que tal vez acaba de sucumbir en el cuarto vecino el honor de la Inglaterra?

— Mientes, replicó Walter.

— ¡Yo miento! repitió Blount levantándose: ¡yo miento! ¿hablas conmigo?

— Sí, Blount, mientes, pero no te enfades por tan poca cosa. Aprecio y amo á milord tanto como el primero de vosotros; pero si Dios le llamase para sí, no por eso diré que ya no hay honor en Inglaterra. Le habrá siempre, Blount, mientras tú existas, y mientras vivamos en ella Markham, Tracy, nuestros amigos, y yo.

— Y no dejas de contarte en el número.

— Ya se vé que no; y añadiré aun que yo seré el que se aproveche mejor del talento que Dios nos ha dado.

— ¿Quieres comunicarnos ese secreto? ®

— ¿Por que no? Sois como la buena tierra que no da ninguna cosecha, porque se cree que no es preciso echarle abono. Yo soy tal vez un terreno menos fértil por sí mismo,

pero la ambicion entretiene en él una fermentacion que le hará productivo.

— Dios quiera que no te vuelva loco. En cuanto á mí, si llegamos á perder al noble conde, me despido de la corte y de los campamentos. Tengo como unas quinientas yugadas de tierra en el condado de Norfolk, y me enterraré allí dejando la coraza por la azada.

— ¡Seria una villanía! Pero tienes ya, á decir la verdad, toda la facha de un labrador, las espaldas inclinadas como si fueses á echar mano al arado, y hasta un olor de chotuno en lugar de los perfumes propios de un elegante y pulido cortesano. No parece sino que sales de algun pajar, y solo podrás decir disculpandote, que has ido allí siguiendo á una labradora bonita.

— Dejate de chufletas, Walter, dijo Tracy; ni el tiempo ni el lugar las permiten. Dinos mas bien quien es el que ha llamado á la puerta.

— El doctor Masters, médico de la reina, que venia de órden espresa de Isabel para informarse de la salud del conde.

— ¡Ah! dijo Tracy, no es pequeña demostracion de favor. Si el conde llega á recobrar la salud, Leicester tendrá aun en él un terrible rival. ¿Y donde está el doctor?

— Camino de Greenwich, respondió Walter, y de malísimo humor sin duda alguna.

— ¡Como! dijo Tracy, ¿le has dado con la puerta en los hocicos?

— ¿Has hecho esa calaverada? dijo Blount.

— Sí por cierto. Le he despedido como pudiérais despedir vosotros, tú, Blount, á un pobre mendigo, y tú, Tracy, á uno de tus acreedores.

— ¡Por vida del otro Dios! ¿por que le has dejado ir á la puerta? preguntó Blount á Tracy.

— Porque es mas jóven que yo; pero esta botaratada nos pierde á todos sin remedio. Ya sea que viva milord, ya sea que muera, jamas la reina querrá mirarle siquiera á la cara.

— Y no tendrá medios de hacer la fortuna de sus partidarios, dijo Walter con una risa sardónica. He aquí la llaga secreta y sensible. Señores, yo he sentido mas que todos juntos la enfermedad de milord; pero en tratandose de servirle, no cedo á nadie. Si hubiese permitido á ese sabio doctor entrar en el cuarto del conde, ¿no ven vms. que hubiera habido entre él y el médico que ha venido con Tresilian un bullicio capaz de despertar á los siete durmientes? Las campanas todas de una

catedral no meten tanto ruido como una disputa entre dos médicos.

— ¿Y quien tomará á su cargo el disculparse de haber contravenido á las órdenes de la reina? preguntó Tracy; pues sin duda el doctor Masters venia á asistir al conde de orden espresa de su magestad.

— Yo, señores, dijo Walter; y si he cometido una falta, sufriré la pena que merezca por ella.

— Despidete pues de tus alegres sueños, dijo Blount, y renuncia á los favores de la corte. Por mas que fermente tu ambicion, el Devonshire no verá nunca en tí mas que un segundon que solo servirá para sentarse en una esquina de la mesa, trinchando en ella con el capellan, cuidando de que los perros esten bien alimentados, y apretando la cincha al caballo del amo cuando sale á caza.

— No, dijo el jóven con viveza, no: no sucederá nada de eso mientras que se haga guerra en la Irlanda ó en los Países-Bajos, mientras las olas del mar abran un camino á los peligros, á la gloria y á la fortuna. El rico Occidente tiene tierras desconocidas todavía, y no deja de haber en Inglaterra almas bastante atrevidas que emprendan descubrirlas. Vuelvo al instante, señores, voy á hacer la ronda, y á ver si los centinelas estan alerta.

— Tiene azogue en sus venas, dijo Blount mirando á Markham, no puede ser otra cosa.

— Tiene en la sangre y en la cabeza, respondió Markham, lo que se necesita para adelantar mucho, ó perderse para siempre. Pero al cerrar la puerta á Masters se ha atrevido á hacer al conde un gran servicio, pues el compañero de Tresilian ha dicho que el despertarse á milord seria matarle, y Masters despertaria al conde, si su sueño no hubiera sido ordenado por todo el protomedicato.

Salió en esto Tresilian, y trajo á la antecámara la feliz noticia de que el conde se habia despertado por sí mismo; que se habian disminuido sus dolores internos; que estaba alegre, y que brillaban sus ojos con una vivacidad que anunciaba un cambio favorable en su situacion. Pedia le hiciesen la relacion de lo que hubiese podido ocurrir durante la noche.

Cuando supo el conde de que modo el jóven Walter habia recibido al médico que la reina se habia dignado enviarle, se sonrió al pronto; pero despues de una corta reflexion dió orden á Blount, su primer caballero, de embarcarse al momento para ir al palacio de Greenwich, llevandose consigo á Walter y Tracy, y presentar sus humildes respetos á la reina, darle las gracias, y esplicarla el mo-

tivo que le habia impedido recibir al sabio doctor Masters.

— ¡No es maleja la órden que digamos! dijo Blount volviendo á entrar en la antecámara. Si me hubiese enviado con un cartel de desaffo á Leicester, creo que hubiera desemeñado bastante bien la comision. Pero presentarme delante de nuestra graciosa soberana, en cuya presencia todas las palabras deben ser de almibar y caramelo, como si saliesen de la tienda de un confitero, no me sienta bien en el estómago. Vamos, vamos, Tracy; sigueme, Walter de todos los demonios, que nos has melido en este berengenal; veamos si tu cabeza de chorlito podrá sacar de apuros á un pobre trompeta que no sabe hablar sino el inglés castizo.

— No temais nada, dijo Walter, yo os sacaré de apuros, pero dadme el tiempo necesario para ir á buscar mi capa.

— ¡Tu capa! ¿no la tienes puesta? Creo que ha perdido la cabeza, si acaso la ha tenido jamas.

— ¡Oh! no, es una capa vieja de Tracy. ¿Te parece que me presentaré yo en la corte sino con toda ceremonia?

— Tu ceremonia servirá para ver al portero y á algunos criados miserables.

— No importa, quiero ponerme mi capa,

y escobillarme bien de arriba abajo ántes de partir.

— ¡Grande asunto por vida mia! Vamos, despachate, y no seas pelmazo.

Pronto se encontraron á bordo de una barca en el soberbio Támesis, en cuyas aguas brillaba el sol con todo su esplendor.

— He aquí dos cosas que nada iguala en el universo, dijo Walter á Blount, el sol en el cielo, y el Támesis sobre la tierra.

— Los rayos del uno nos alumbrarán para ir á Greenwich, respondió Blount, y las aguas del otro nos conducirían allí mas pronto si fuese la hora de la marea.

— ¿Y son esos todos tus pensamientos, todos tus cuidados? ¿No ves otra utilidad en el rey de los elementos, en el rey de los ríos, sino la de ayudar á unos pobres diablos como tú, Tracy, y yo á hacer en la corte una visita de ceremonia?

— Poco me importa, á fé mia, la tal visita; y de buena gana dispensaría al sol y al Támesis de llevarnos á donde ningunas ganas tenia de ir, y donde espero en resumidas cuentas que me recibirán como á un perro. Y si mal no me engaño, vamos á hacer el viage en balde, añadió mirando ácia Greenwich, pues veo la barca de la reina cerca de

las escaleras del parque, y eso indica que su magestad va á salir á paseo.

No se equivocaba en su juicio. El pabellon inglés flotaba á bordo de la barca real, en donde estaban ya los marineros de la reina con sus ricas libreas, y la habian acercado á la escalera del parque de Greenwich. Otras dos ó tres barcas estaban mas atras, destinadas para las personas de la comitiva que no fuesen admitidas en la primera. Sus guardias de corps, los mejores mozos de toda la Inglaterra, formaban dos hileras desde la puerta del palacio hasta la orilla del agua, y aguardaban al parecer la llegada de la reina, aunque era muy temprano.

— ¡ Par diez ! esto no me da buena espina, dijo Blount. ¿ Que diablos puede obligar á la reina á salir tan de mañana ? Lo mejor que podemos hacer es volvernó á Say's-Court, para decir al conde que es lo que hemos visto.

— ¡ Lo que hemos visto ! repitió Walter. ¿ Que hemos visto pues ? una barca, los remeros, y algunos soldados con alabardas y uniforme de grana. Desempeñemos la comision que el conde nos ha dado, y darémosle cuenta del modo que nos ha recibido la reina.

Dicho esto, ordenó á los marineros acercar la barca á un sitio en que pudiesen saltar en tierra, creyendo que el respeto no les per-

mitia en aquel momento servirse de la escalera del parque. Salió entónces á tierra seguido del prudente y circunspecto Blount que le acompañaba como de mala gana. Al presentarse en la puerta de palacio, supiéron que no podian entrar en él, porque iba á salir la reina. Se valiéron del nombre del conde de Sussex, pero este talisman ningun efecto produjo en el oficial que estaba de guardia, pues les dijo que no podia dejarles pasar.

— ¿ No te lo decia yo ? dijo Blount. Vamos, Walter amigo, volvamos al punto á Say's-Court.

— No por cierto ; primero es preciso que vea yo á la reina, le respondió con resolucion.

— ¿ Eres loco y mas que loco ?

— ¿ Y tú ? ¿ de cuando acá eres tan gallina ? Te he visto hacer frente á una docena de bribones irlandeses, sin que te acobardase su número ; ¿ y tiembblas ahora porque una hermosa dama puede mirarte con ceño ?

Abriéronse en esto las puertas del castillo ; saliéron primero los guardias, despues los porteros, y al fin Isabel salió en medio de las damas y señores de su corte, colocados de modo que pudiesen yerla de todos lados. Era todavia jóven, y brillaba con todo el resplandor de lo que se llama hermosura en una soberana, y se llamaria en todas las clases no-

bleza y dignidad. Apoyabase en el brazo de lord Hunsdon, que en clase de pariente por parte de madre recibia de ella muchas veces iguales demostraciones de favor y distincion.

Walter no se habia quizás acercado tanto hasta entónces á la persona de su soberana, y se adelantó hasta la hilera que formaban los guardias, para aprovecharse de esta ocasion de verla á su gusto. Su compañero, bien al contrario, maldiciendo lo que llamaba su imprudencia, procuraba desviarle algun tanto; pero Walter se desasíó de él, y dejando caer con gracia y donaire su capa de un lado, descubrió su cuerpo airoso. Quitandose entónces la gorra, fijó los ojos en la reina con una respetuosa curiosidad, y al mismo tiempo con una viva y modesta admiracion. Al fin los guardias, viendole tan buen mozo y tan bien vestido, consintieron en que entrase en la hilera, lo que no permitian á los curiosos de la clase comun; y el jóven intrépido se encontró asi en un sitio en que podia ser visto por Isabel, que jamas era indiferente ni á la admiracion que causaba con justos motivos, ni al mérito esterior que notaba en algunos de sus cortesanos. Al acercarse á aquel sitio, echó ella una mirada sobre él, manifestandose admirada de su arrojo, mas no resentida de él de ninguna manera. Pero un incidente fijó

sobre él mas particularmente su atencion. Habia llovido por la noche, y precisamente junto al sitio en que se hallaba nuestro jóven habia un charco, y la reina tenia que pasar por él. Detuvose ella un instante, y Walter, quitandose la capa en un abrir y cerrar de ojos, la estendió en tierra para que pudiese pasar á pié enjuto, acompañando este acto de galantería con un saludo respetuoso, mientras su rostro se cubria de rubor. La reina volvió á mirarle algo confusa, se puso tambien colorada, se sonrió, pasó adelante, y entró en la barca sin decir una palabra.

— ¡Que tal, señor botarate! le dijo Blount. Bien puedes ahora armarte de un buen cepillo para limpiar tu capa. Si querias hacerla servir de alfombra, pudieras haber guardado la de Tracy, que es de paño burdo, y puede soportar el lodo.

— Esta capa no se escobillará jamas mientras esté en poder mio, dijo plegandola lo mejor que pudo.

— No tienes capa para mucho tiempo si la tratas de esa manera. Pronto te veremos *en cuerpo*, como dicen los Españoles.

Esta conversacion fué interrumpida por un portero de la reina.

— Busco, dijo mirandolos con mucha atencion, á un jóven que no tiene capa, ó que

la tiene llena de barro. Vm. es sin duda, dijo á Walter; tenga vm. la bondad de seguirme.

— Está conmigo, dijo Blount, y soy el primer caballero del conde de Sussex.

— Muy bien podrá ser eso, respondió el portero; pero traigo órdenes precisas de la reina dirigidas únicamente al señor.

Con esto se fué diciendo á Walter que le siguiese, mientras se quedó Blount, por decirlo así, hecho una estatua. — ¡Quien diablos hubiera imaginado aventura semejante! dijo por fin; y meneando la cabeza, se volvió pensativo á la barca y con ella á Say's-Court.

Al mismo tiempo el portero dirigió á Walter ácia el Támesis por la grande escalera, tratándole con la mayor consideracion y respeto, lo que en semejante caso no era de mal agüero, y le hizo entrar en una de las lanchas que estaban prontas á seguir á la barca de la reina, que estaba ya en medio del río en que bogaba con rapidez, á favor de la marea, ventaja que echaba de menos Blount al ir á Greenwich.

Los dos remeros, obedeciendo al portero, bogaron de tal modo que en pocos minutos abordaron á la barca de la reina, en que estaba sentada con dos ó tres damas de su comitiva, y algunos personajes de su corte. Miró mas de una vez ácia la lancha que se

acercaba, y al gentil mancebo que venia en ella, y profirió algunas palabras riendose delante de las personas que la rodeaban. En fin un señor, de órden suya sin duda, mandó á los marineros acercar su barca, y dijo á Walter que entrase en la de la reina, lo que ejecutó con ligereza y gracia. La lancha que le habia traído se retiró, y le condujeron delante de Isabel. Opuso á las miradas de su magestad una serenidad modesta, y si manifestaba alguna turbacion, solo servia para dar realce á sus gracias. Tenia siempre sobre el brazo izquierdo la capa llena de barro, y este fué naturalmente el asunto de conversacion que entabló la reina.

— Ha echado vm. á perder hoy una hermosa capa, caballero; doy á vm. las gracias por el servicio que me ha hecho, aunque ha salido de los términos ordinarios y no ha estado esento de algun arrojito.

— El arrojito es un deber, dijo Walter, en un súbdito, cuando se trata de servir á su soberano.

— Por Jesucristo, que ha respondido bien, milord, dijo la reina volviendose ácia un grave personaje que estaba á su lado, y que solo la contestó bajando la cabeza. Pues bien, tu galantería no dejará de ser recompensada; mandaré que te den otra capa en cambio de

la que has echado á perder en mi obsequio, Te darán una de las mas ricas y mas de moda; te lo prometo, á fé de princesa.

— Aunque no pertenece á un humilde criado de vuestra magestad, dijo Walter vacilando, discutir los favores que os dignais acordarle, si me fuese permitido escoger....

— Preferirias el dinero sin duda, dijo Isabel interrumpiendole. ¡Bah! ¡bah! me avergüenzo de decirlo, pero hay en nuestra capital tantos medios de gastar locamente el dinero, que es, darle á los jóvenes, echar aceite en el fuego, y proporcionarles la ocasion de perderse enteramente. Si Dios me da vida, yo remediaré semejantes desórdenes. Sin embargo quizá no eres rico, tus padres son pobres.... pues bien, te daré dinero, pero quiero saber en que quieres emplearle.

Walter aguardó á que la reina hubiese cesado de hablar, y la aseguró entónces, con tono modesto, que el dinero pudiera aun satisfacerle mucho menos que la capa nueva que habia tenido la bondad de ofrecerle.

— ¡Que! dijo la reina, ¡no pueden contentarte ni la capa ni mi dinero! ¡Que es pues lo que tú deseas?

— Deseo solo, señora, si acaso no es pretender demasiado, que se me permita po-

der llevar la capa que os ha rendido tan ligero servicio.

— ¡El permiso de llevar tu capa! ¡estás en tu juicio!

— No es mia ya. Habiendola tocado el pié de vuestra magestad, es ahora digna de un príncipe. Es demasiado rica para un hombre de mi clase.

La reina se puso colorada, y procuró cubrir, fingiendo una risa, cierta sorpresa y confusion que no le eran desagradables.

— ¿Han oído vms. jamas cosa semejante, milores? La lectura de las novelas ha trastornado la cabeza de este jóven, y es lástima. Sabré quien es, para enviarle con toda seguridad á sus padres. ¿Quien erés?

— Camarero de la casa del conde de Sussex, que me habia enviado aquí con su primer caballerizo con un mensaje para vuestra magestad.

Desde que pronunció tal nombre, el aire gracioso con que hasta entónces habia mirado la reina á Walter desapareció, y se mostró severa y altiva en sumo grado.

— Lord Sussex, dijo, nos ha enseñado el aprecio que debemos hacer de sus mensajes, por el valor que da á los nuestros. En esta misma mañana, y muy temprano, le habemos enviado nuestro médico, habiendo sa-

bido que su enfermedad era mas seria de lo que creíamos al principio. En ninguna corte de la Europa se halla un hombre mas sabio que el doctor Masters, y se presentaba de nuestra parte en casa de uno de nuestros súbditos. Sin embargo ha encontrado la puerta de Say's-Court defendida por hombres armados de culebrinas, como si hubiera sido un castillo situado en las fronteras de Escocia, y no tan cerca de nuestra corte; y cuando ha pedido en nuestro nombre que la abriesen, le han hecho la afrenta de rechazarle. No recibiremos, al menos por ahora, ninguna excusa del desprecio con que milord ha pagado una prueba de bondad muy grande, pues presumo que el objeto de vuestra comision no era otro que darnos las tales excusas.

Pronunció estas palabras con un tono y un ceño que estremecieron á los amigos del conde de Sussex, que podian oirlas. Pero no por eso se intimidó á quien las dirigia. Cuando dejó de hablar la reina, la miró y la dijo con tono humilde y respetuoso: — Suplico á vuestra magestad me permita la diga que no estoy encargado de presentarla excusas de parte del conde de Sussex.

— ¿Que le ha encargado á vm. pues, señor? dijo la reina con aquella impetuosidad que formaba con otras cualidades las mas no-

bles el fondo de su carácter. ¿Justificarle, ó acaso ¿cuerpo de Dios! insultarme?

— El conde de Sussex, señora, respondió Walter, conocia toda la gravedad del crimen, y solo ha pensado en asegurarse del culpable y entregarosle á discrecion. Dormia profundamente cuando el doctor Masters ha llegado, porque su médico le habia ordenado á este efecto un remedio, y solo al despertarse esta mañana ha sabido que un mensaje lleno de bondad de vuestra magestad habia llegado mas temprano, y que no habia sido posible dejar entrar al doctor en su cuarto.

— Eso cambia la tésis, dijo la reina mas sosegada. Pero ¿quien ha sido entre sus servidores bastante atrevido para rehusar la entrada del castillo á mi mismo médico, que iba de mi parte á visitar á su amo?

— El culpable está á vuestros piés, señora, respondió Walter inclinandose profundamente. Yo solo soy el culpable, y milord ha tenido razon en enviarme aquí á sufrir las consecuencias de una falta de la que es tan inocente, como los sueños de un hombre dormido lo son de las acciones de un hombre despierto.

— ¡Tú, temerario! ¿tú has rehusado abrir las puertas de Say's-Court á mi médico, enviado por mí! ¿Que motivo ha podido ins-

pirar tanta audacia á un jóven tan adicto...., es decir, cuyo exterior anuncia tanta adhesión á su soberana?

— Señora, dijo Walter, que, á pesar del tono severo que la reina queria manifestar, veía en su fisonomía alguna cosa anunciar no miraba aquel crimen como imperdonable, se dice en mi país que un médico es, en ciertos casos, el soberano de sus enfermos. Y como mi noble amo estaba sometido entónces á un doctor cuyos consejos le han sido muy útiles, y que había declarado que si le despertaban corría gran riesgo su vida, yo no he podido menos de....

— Tu amo se habrá confiado en algun empírico miserable.

— No lo sé, señora; mas lo cierto es que se ha despertado esta mañana en mucho mejor estado que todos los dias anteriores.

Aquí los señores de la comitiva de la reina se miráron unos á otros, no para comunicarse por señas lo que pensaban de esta noticia, sino para descubrir recíprocamente el efecto que producía en cada uno de ellos. La reina respondió al punto, sin disimular su satisfaccion: — Muy bien, me alegro mucho de saber que se encuentra mejor. Pero has sido un atrevido en rehusar la entrada al doctor que habia yo enviado. ¿No sabes que

la Escritura Santa dice que en la multitud de los consejos se encuentra la seguridad?

— Ya lo sé, señora; pero he oido á algunos sabios que pretenden que la seguridad de que habla ese pasage se refiere al médico, no al enfermo.

— Por vida mia, dijo la reina, no sé que replicarle, pues pierdo mi hebreo y mi latin. ¿Que le parece á vm., milord Lincoln? ¿interpreta bien este jóven el testo sagrado?

— La palabra *seguridad*, señora, dijo el obispo de Lincoln, sin duda fué adoptada algo de prisa, pues la palabra hebrea á la que sirve de traduccion....

— He dicho á vm., milord, que se me ha olvidado el hebreo. Pero decidme, jóven, ¿como os llamais, cual es vuestra familia?

— Me llamo Walter Raleigh, señora; soy uno de los hijos menores de una familia numerosa y honrada del Devonshire.

— ¿Raleigh! dijo Isabel despues de pensar un momento. ¿Ha servido vm. en Irlanda?

— Sí, señora, pero no creo haber tenido la dicha de hacer cosa alguna digna de llegar á noticia de vuestra magestad. ®

— Suelo informarme de muchas cosas, Raleigh. Me acuerdo muy bien de un jóven que en el condado de Shannon defendió el paso de un río contra una tropa de Irlandeses

rebeldes, y tiñó las aguas con la sangre de ellos y la suya.

— Si derramé mi sangre en aquella ocasion, dijo Walter bajando los ojos, no hice sino cumplir con una parte de mi deber, pues toda la que corre por mis venas está consagrada al servicio de vuestra magestad.

— Eres muy jóven, dijo la reina, para haber peleado y para hablar tan bien. Pero es preciso que te imponga yo una penitencia por el pecado que has cometido en haber cerrado la puerta á mi pobre Masters. El buen hombre se ha acatarrado en el Támesis. Llegaba de Londres en donde habia hecho algunas visitas, cuando recibió mi orden, y se ha creído obligado en conciencia á ir al punto á Say's-Court. Asi pues, Raleigh, te condeno á llevar tu capa llena de lodo hasta que me dé la gana de ordenar otra cosa. Y he aquí, añadió dandole una joya de oro, lo que te doy para que lo suspendas á tu cuello.

Walter, á quien la naturaleza habia enseñado el arte que los cortesanos solo adquieren á fuerza de esperiencia, dobló la rodilla, y besó la mano que le dió aquel regalo. Sabia, quizá mejor que ninguno de los que le rodeaban, como debia reunir la adhesion respetuosa que se debia á la reina, al tributo de galanteria que reclamaba su hermosura;

y fué tan feliz en aquella primera tentativa que hizo para hermanarlas, que satisfizo al mismo tiempo á la vanidad personal de Isabel, y á su amor por la dominacion.

Pero si la reina se halló contenta de su primera conversacion con Walter Raleigh, el conde de Sussex no tardó en recoger el fruto.

— Milores y señores, dijo la reina dirigiendose á la comitiva que la rodeaba, ya que estamos en el Támesis, me parece que haríamos muy bien en renunciar á nuestro proyecto de ir á Londres, y sorprender á ese pobre conde de Sussex haciendole una visita. Está enfermo, y sufre sin duda con doble motivo por el temor de habernos desagradado; pero la confesion franca de este jóven aturdido le ha disculpado completamente. ¿Que les parece á vms.? ¿no seria hacer una obra de misericordia el llevarle un consuelo tal como puede darsele la presencia de una reina á la que tiene hechos tan grandes servicios?

De presumir es que ninguno de aquellos á quienes se dirigia este discurso pensó en contradecirla.

— Vuestra magestad, dijo el obispo de Lincoln, es el aire que nos da la vida.

Los militares dijeron que la presencia del soberano es la piedra en que se afila el sable del soldado.

Los hombres de estado pensaron que la vista de la reina es una luz que guía la marcha de sus consejeros.

En fin todas las damas conviniéron unánimemente en que ningun señor de Inglaterra merecía el favor de su soberana mejor que el conde de Sussex, sin perjuicio de los derechos del conde de Leicester, añadieron las mas políticas; pero la reina no pareció darse por entendida de esta escepcion.

Los marineros tuvieron orden de detenerse en Depford, en el sitio mas próximo á Say's-Court, para que la reina pudiese satisfacer su solicitud real y maternal, yendo á buscar ella misma noticias de la salud del conde de Sussex.

Walter, cuyo talento despejado deducia las consecuencias importantes que podian resultar de los acontecimientos mas sencillos en apariencia, se dió prisa á pedir á la reina el permiso de adelantarse en un bote ligero, para anunciar su visita á su amo, dando con destreza por motivo que el exceso de alegría que le causase aquella sorpresa, pudiera ser funesto al conde en el estado en que se hallaba su salud, al modo que el cordial mas eficaz suele ser algunas veces funesto á un enfermo debilitado por una larga enfermedad.

Pero, ora pareciese á la reina que un jóven

manifestaba demasiada presuncion al dar asi su opinion sin que se la pidiesen, ó bien quisiese verificar por sí misma si era cierto, como decian, que el castillo de Say's-Court estaba lleno de hombres armados como una plaza de guerra, respondió á Raleigh, con un tono bastante áspero, que guardase sus consejos para cuando se los pidiesen. Ordenó de nuevo abordar á Depford, y añadió: Veremos que especie de casa tiene el conde.

— ¡Dios nos tenga de su mano! dijo entre sí mismo Raleigh: los buenos corazones abundan al rededor del conde, pero las buenas cabezas son raras, y no está él en estado de dar sus disposiciones. Estarán todos almorzando cuando lleguemos: Blount tendrá sus arenques de Yarmouth y un jarro de ale, Tracy morcillas y vino del Rin, y los pobres Gallois, Tomas, Ap, Rice y Evan, sus sopas de ajo y su queso, cosas todas que no huelen á rosas ni á jazmines; y dicen que la reina detesta los olores fuertes. Si al menos se ocurriese quemar un poco de romero en la antecámara..... ¡Pero allá me las den todas! Es preciso fiarse en la fortuna, y la mia no me ha tratado muy mal esta mañana. Me cuesta una hermosa capa, pero empiezo á entrar en favor. ¡Ojalá conserve el suyo nuestro conde!

La barca llegó pronto á Depford, y habiendo desembarcado allí la reina en medio de las aclamaciones que escitaba siempre su presencia, fué á pié á Say's-Court, debajo de un palio, y acompañada de toda su comitiva.

La algazara y los aplausos del pueblo diéron al castillo la primera noticia de la llegada de la reina. Sussex se consultaba con Tresilian sobre lo que debía hacer para recobrar el favor de Isabel, que creía haber perdido, cuando supo con gran sorpresa que llegaba. No ignoraba el conde que la reina iba muchas veces á visitar á los primeros señores de la corte, sanos ó enfermos; pero su llegada repentina no le daba tiempo de hacer, para recibirla, los preparativos que sabía él lisonjear la vanidad de Isabel; y la confusion que reinaba en un castillo lleno de militares, y que su enfermedad habia contribuido á aumentar, no le hacia propio de ser honrado en aquel momento por la presencia del soberano.

Maldiciendo interiormente la casualidad que le proporcionaba aquella graciosa visita tan de improviso, se dispuso á bajar de prisa con Tresilian que acababa de contarle la historia de Amy.

— Mi querido amigo, le dijo, puede estar vm. seguro de que, ya sea por justicia, ya por afecto, le sostendré en este asunto con todo

mi influjo. Probablemente vamos á ver ahora mismo si me puedo lisonjear de tener todavía algun crédito para con la reina, ó si le será á vm. mas dañoso que útil el que apoye yo la demanda.

Al decir esto, se ponía una gran bata forrada en pieles, y se acababa de vestir lo menos mal que el tiempo le permitia, para presentarse delante de su soberana. Pero, por mas que hubiese podido hacer, jamas hubiera disimulado el estrago que una enfermedad peligrosa habia hecho en sus facciones que no eran del todo agradables. Por otra parte era pequeño, y aunque corpulento, ancho de espaldas, propio á todos los ejercicios militares, el modo que tenia de presentarse en un salon no era el de uno de aquellos hombres sobre los cuales los ojos de las damas suelen fijar mas su atencion. Por eso se suponía que este exterior desfavorable daba á Sussex, á pesar de lo que le estimaba Isabel, una grande desventaja en el ánimo de la reina, al compararle con Leicester, que era el mejor mozo entre todos los cortesanos.

Por mas prisa que se dió el conde, solo pudo llegar al momento en que la reina entraba en el salon, y notó al punto que no estaba muy satisfecha. Habia visto el castillo guardado con tanta precaucion como en tiempo de guerra,

y lleno de soldados y caballeros armados; y las primeras palabras que pronunció manifestaron su desagrado.

— ¿Estamos, milord, en una plaza sitiada, ó habemos tal vez pasado el castillo de Say's-Court, y desembarcado en nuestra torre de Londres?

Lord Sussex empezó á balbucir algunas escusas.

— No hay necesidad de escusarse, milord, le dijo, es inútil. No ignoramos la rencilla que existe entre vm. y otro señor de nuestra casa, y tenemos el designio de intervenir incessantemente en ella, y de reprimir la libertad que se toman vms. dos de rodearse de gente armada, y pudiera decir de espadachines pagados, como si á las puertas de la capital y al lado de nuestra residencia real se preparasen vms. á una guerra civil el uno contra el otro. Nos alegramos de ver á vm. algo mejor, aunque sea sin los socorros del sabio médico que habíamos enviado aquí. No hay necesidad de escusas, milord; sé todo lo que ha pasado sobre eso, y he reprendido como convenia á ese jóven aturdido, Walter Raleigh, al cual, entre paréntesis, pienso echar de su casa de vm. para recibirle en la mia. Tiene cualidades que se desarrollarán mejor allí que entre la gente armada de que está vm. rodeado.

Sussex respondió á este anuncio con un saludo respetuoso, aunque no podia comprender por que motivo tomaba la reina tanto interes en favor de aquel jóven. La suplicó aceptar alguna cosa, pero nada quiso ella recibir. Y despues de algunos lugares comunes de ceremonias mas frias que lo que hubiera podido esperarse al dar un paso que se debia considerar como un favor, la reina partió de Say's-Court, en donde su llegada habia sembrado la confusion, y dejó su salida la duda, la desazon y el temor.

CAPITULO XVI.

Que se presenten al punto
 Los dos aquí en mi presencia :
 Quiero ver á estos rivales
 Que la cólera atormenta.
 Oiré del uno los cargos,
 Y del otro la defensa ;
 Y veré como su orgullo,
 Su odio y su furór se espesan.

SHAKESPEARE.

HE recibido órden de ir mañana á la corte, dijo Leicester á Varney, para encontrarme allí, segun se presume, en presencia de lord Sussex. La reina se propone intervenir entre nosotros, y he aquí el resultado de la visita que ha hecho á Say's-Court, y que le parece á vm. de tan poca monta.

— Repito que no debe darsele la menor importancia, respondió Varney; y he sabido, porque me lo ha dicho una persona que podia oír gran parte de lo que allí se dijo, que Sussex ha perdido, en vez de ganar, con esa visita. La reina, al entrar en su barca, dijo que Say's-Court mas parecia á un cuerpo de guardia que á ninguna otra cosa; y la condesa de

Rutland, que es siempre amiga celosa de vuestra señoría, dijo que olia como un hospital, ó mas bien como una de las tabernas en donde dan de comer á dos reales por cabeza. El obispo de Lincoln quiso añadir alguna palabrilla, y dijo que debia disculparse al lord Sussex en esa parte, por ser militar y solteron.

— ¿Y como le respondió la reina? preguntó Leicester con interes.

— Con entereza. Le preguntó que necesidad tenia lord Sussex de una muger, y el obispo de Lincoln de hablar de la materia. Si es permitido el matrimonio, añadió, no veo en ninguna parte que sea obligatorio.

— No le gusta que se casen los clérigos, dijo Leicester.

— Ni los cortesanos tampoco, añadió Varney. Pero viendo el gesto que puso el conde, añadió al momento que todas las damas se habian dado la mano para ridiculizar en estremo la casa de Sussex, y habian dicho que su magestad hubiera sido recibida muy de otra manera en casa del conde de Leicester.

— Le han dado á vm. muchas noticias, dijo Leicester, pero se olvida vm. de la mas interesante de todas, si acaso no la omite con todo cuidado. Ha añadido la reina un nuevo satélite á los que le gusta ver evolucionar en torno de ella.

—Vuestra señoría habla sin duda de Raleigh, de ese jóven del Devonshire, del caballero de la capa, como le llaman en la corte.

—Y que podrá serlo algun dia de la charretera, pues hace rápidos progresos en el favor de su magestad. Ha declamado versos con él, y le admite ya en su intimidad. En cuanto á mí, renunciaria de buena gana á la parte que poseo en sus inconstantes favores, pero no quiero que Sussex ó el reciénvenido me planten en la calle. Ese Tresilian es tambien uña y carne con Sussex. Quisiera contemporar con él por consideracion á.... pero quiere correr desenfrenado á su pérdida. ¡Y ese Sussex! dicen que casi está enteramente restablecido.

—El mejor camino ofrece obstáculos, milord, sobre todo cuando conduce á una grande elevacion. La enfermedad de Sussex era para nosotros un favor celestial, y esperaba yo de ella grandísimas ventajas. Ha triunfado de ella, pero no por eso se ha hecho mas temible á vuestra señoría, que luchando contra él le ha aterrado muchas veces. Si no le falta á vm. valor, milord, todo se compondrá.

—Nunca me falta valor, Varney.

—No, pero flaquea mas de cuatro veces. El que quiere subir á la cima de un árbol no debe pensar en las flores que allí encuentre,

sino en asirse bien de las ramas principales que le sirvan de apoyo.

—¡Bien, bien! dijo Leicester con tono de impaciencia, comprendo lo que me quieres decir; pero seré firme, y tendré bastante resolution. Pon mi comitiva en órden, y cuida de que sea bastante espléndida para eclipsar no solamente el acompañamiento mezquino de Ratcliffe, sino el de los mas nobles cortesanos. Que todos esten bien armados, pero sin hacer parada de las armas, y llevandolas como un adorno sin manifestar la intencion de servirse de ellas, si llegase el caso. En cuanto á tí, te conservarás siempre á mi lado, porque tu presencia me podrá ser necesaria.

Iguales preparativos hacian por su parte Sussex y todos sus partidarios.

—El memorial de vm. contra Varney, dijo el conde á Tresilian, está ya en poder de la reina. Hesele enviado por conducto seguro. Creo que logrará vm. su objeto: la demanda está fundada en la justicia y el honor, é Isabel posee en sumo grado esas dos cualidades. Pero es preciso confesar que el Egipcio (asi llamaba á Leicester, porque era moreno) tiene todo el tiempo que quiera para poder hablarla en este tiempo de paz. Si estuviésemos en visperas de hacer la guerra, seria yo uno de sus hijos queridos; pero los soldados, como

los escudos y las lanzas, no son de moda en tiempo de paz; las casacas de raso liso y los cuchillos de monte logran ahora la preferencia. Mas siendo esa la moda, no hay mas que agachar la cabeza y encogerse de hombros.

— Blount, ¿has cuidado de hacer que todos los individuos de mi casa se hallea vestidos de nuevo y como corresponde? Pero tú entiendes, poco mas ó menos como yo, de semejantes fruslerías, y quisieras mas ir á apostar un piquete de lanceros.

— Raleigh se ha encargado de eso, milord, respondió Blount. ¡Par diez! todos estaremos tan brillantes como una mañana de mayo. En cuanto al gasto, ese es otro cantar; bastaria para sostener un hospital de inválidos lo que cuesta en el día el vestir á diez bribones de lacayos.

— No hay que detenerse por el gasto en esta ocasion, Nicolas. Agradezco á Walter el cuidado que ha tenido, y pienso que no habrá echado en olvido que soy un veterano, y que solo habrá dado á la moda lo que no haya podido rehusarle.

— No entiendo en eso una jota, milord; pero los amigos y parientes de vm. llegan de todas partes, y por mas que sude Leicester, espero que formaremos un acompañamiento tan brillante y temible como el suyo.

— Es preciso encargarse mucho que se conduzcan todos del modo mas moderado y pacífico; que no haya disputas, á no ser que nuestros contrarios lleguen á cometer algun acto de violencia. Sé que hay en mi comitiva algunos calaveras, y no quiero que con su imprudencia den á Leicester sobre mí la menor ventaja.

Estaba Sussex tan ocupado en dar estas diferentes órdenes, que con mucho trabajo logró Tresilian la ocasion de decirle que estaba admirado de que hubiese enviado tan pronto á la reina el memorial de sir Hugo Robsart. El parecer de los amigos de sir Hugo, le dijo, era reclamar primero la justicia de Leicester, por ser el culpable uno de los primeros oficiales de su casa, y asi se lo habia dicho á vm.

— No se necesitaba de mí para eso, respondió Sussex algo picado. Ni era cosa propia aconsejarse conmigo, si habia de tratarse de dar algun paso semejante de humillacion, ruego ó súplica ante Leicester; y estraño que vm., Tresilian, hombre de honor, y amigo mio, haya podido ser de ese parecer. Si es que vm. me lo ha dicho, yo no le he comprendido á vm. ¿Como esperar de su parte semejante proyecto?

— No soy yo seguramente, milord, el que

ha tenido tal pensamiento. Siempre he sido de opinion de acudir desde luego á la reina; pero los amigos de ese padre infeliz...

— ¡ Los amigos! ¡ los amigos! deben dejarnos conducir este asunto como juzguemos conveniente. Este es el momento de acumular todas las quejas contra Leicester y sus panaguados, y la reina mirará la de vm. como una de las mas graves. Ademas la cosa está hecha, tiene ya en su poder el memorial.

Tresilian no pudo menos de sospechar que Sussex, queriendo fortificarse contra su rival por todos los medios posibles, se habia apresurado á dar este paso para hacer odioso á Leicester, sin examinar bastante si seria probable que se lograra el fin; pero ya no habia remedio, y el conde terminó la discusion despidiendo á los que estaban á su lado. Que esten todos prontos á las once, dijo, porque es preciso que me halle yo á las doce en la corte y en la sala de audiencia.

Mientras los dos hombres de estado rivales se preparaban de ese modo á encontrarse juntos en presencia de la reina, Isabel por su parte no dejaba de tener alguna inquietud sobre lo que sucederia en el careo de dos enemigos tan altivos el uno como el otro, acompañado cada uno de ellos de una escolta numerosa y resuelta, y que dividian entre

ellos, en público ó en secreto, todos los votos y todas las esperanzas de la corte. Toda su guardia ordinaria se puso sobre las armas, y aun mandó venir un refuerzo de Londres. Hizo publicar una proclama prohibiendo á toda la nobleza acercarse á palacio con comitiva que llevase armas de fuego, ó lo que se llamaba armas largas, es decir, que sirviesen en tiempo de guerra. Decíase tambien que el gran gerif del condado de Kent tenia su milicia pronta á acudir á la menor señal.

Llegó por fin la hora de la audiencia, para la que se habian preparado por ámbas partes con tanta inquietud, y los dos condes, acompañado cada uno de ellos por una escolta numerosa, entraron al mismo tiempo en el patio del palacio de Greenwich al mediodia.

Ya sea que se hubiese dispuesto asi de antemano, ó ya que la reina hubiese dado alguna orden secreta para que así se verificase, Sussex llegó de Depford por agua, y Leicester vino de Londres por tierra, de suerte que entraron en el patio por dos puertas diferentes. Esta circunstancia, insignificante por sí misma, dió sin embargo una especie de realce á este último á los ojos del pueblo: los que le escoltaban, montados sobre caballos soberbios, formaban una comitiva al parecer

mucho mas numerosa que la de Sussex, que por precision llegaba á pié; los dos condes se miráron uno á otro sin saludarse, aguardando quizá cada uno de ellos que el otro le diese una prueba de urbanidad que no queria él dar el primero. Al momento de su llegada diéron las doce; abriéronse las puertas de palacio, y los dos condes entráron con las personas de su comitiva que tenian derecho á este honor; los demas quedáron en el patio, mirando los del un partido á los del otro con desprecio y odio, y deseando al parecer un pretexto de llegar á las manos; pero los tuviéron á raya las órdenes de sus gefes, y quizá mas todavía la presencia de una guardia que se hallaba sobre las armas y era muy superior en número.

Al mismo tiempo los hombres mas distinguidos de cada comitiva habian seguido á los dos condes hasta la grande antecámara, como á dos ríos cuyas aguas, obligadas á entrar en la misma madre, parece se reunen de mala gana. Se colocáron, como por instinto, á los dos lados de la estancia, y formando la línea de separacion que al entrar se habia deshecho momentáneamente. Abrióse poco despues la grande puerta del fondo de la antecámara, que era una larga galería, y anunció un portero que la reina estaba en la sala de

audiencia. Los dos condes se adelantáron con gravedad ácia la puerta, Sussex seguido de Tresilian, de Blount y de Raleigh, y Leicester de Varney únicamente. El orgullo de Leicester tuvo que ceder á la etiqueta de la corte, y saludando á su rival con aire grave y solemne, se detuvo para cederle el paso, como á par mas antiguo. Tresilian y Blount quisieron seguirle, pero el portero les rehusó la entrada, diciendoles que no podia dejar pasar sino á los que contenia una lista que habia recibido. Raleigh, viendo que sus compañeros habian sido rechazados, se quedaba atras, y notandolo el mismo portero le dijo:

— En cuanto á vm., señor, vm. puede entrar; y siguió al conde de Sussex.

— Signeme, Varney, dijo el conde de Leicester que se habia detenido á ver entrar á Sussex; y adelantandose ácia la puerta iba á entrar, cuando Varney que le seguia paso á paso, y estaba vestido enteramente á la moda de aquella época, fué detenido por el portero, como Tresilian y Blount lo habian sido poco ántes.

— ¿Que quiere decir esto, señor Bowier? dijo el conde de Leicester; ¿sabe vm. quien soy yo? ¿ignora vm. que el señor está conmigo y es amigo mio?

— Vuestra señoría me perdonará, res-

pondió el portero con firmeza, pero las órdenes que he recibido son precisas, y es mi obligacion ejecutarlas con exactitud.

— Eres un bribon, dijo Leicester subiendo la sangre á la cabeza, y obras con mucha parcialidad. ¿Te atreves á hacerme una afrenta, despues de dejar pasar á un hombre de la comitiva de Sussex?

— Milord, respondió Bowier, el señor Raleigh está ahora al servicio de su magestad, y mis órdenes no le comprenden.

— ¡Eres un miserable, un ingrato! dijo Leicester; pero el que te ha dado la plaza te la podrá quitar, y no abusarás largo tiempo de tu autoridad.

Olvidando su discrecion y su política ordinaria, pronunció en voz alta estas palabras, y despues entrando en la sala de audiencia, saludó respetuosamente á la reina, que, vestida aun con mayor magnificencia que la acostumbrada, y rodeada de los guerreros y los hombres de estado que con su valor y su sabiduría han immortalizado su reinado, estaba pronta á recibir los homenages de sus súbditos. Correspondió con un aire gracioso al saludo del conde su favorito, y mirando alternativamente á Sussex y á él, se disponia al parecer á dirigirles la palabra, cuando Bowier, no pudiendo digerir el insulto que Lei-

cester le habia hecho públicamente mientras desempeñaba sus funciones, se adelantó con su vara negra en la mano, y se arrodilló delante de ella.

— ¿Que es esto, Bowier? dijo Isabel, ¿de que se trata? me parece que pudieras haber escogido otro momento mas á propósito para darme esta prueba de respeto.

— Graciosa soberana, respondió él mientras todos los cortesanos se admiraban de su audacia, vengo á preguntaros si en el ejercicio de mis funciones debo obedecer á las órdenes de vuestra magestad, ó á las del conde de Leicester, que acaba de amenazarme públicamente, y me ha dirigido palabras insultantes, porque he rehusado dejar entrar un hombre de su comitiva, en virtud de la orden precisa de vuestra magestad.

El genio de Enrique VIII fermentó al momento en las venas de su hija, que se inclinó ácia Leicester con un aire de severidad que le hizo perder el color, igualmente que á todos los amigos que tenia en la sala de audiencia.

— ¡Por la muerte de Dios! milord, dijo, pues esta era su exclamacion favorita, ¿que quiere decir esto? Teníamos una grande opinion de vm., y le habíamos acercado por eso á nuestra persona, pero no para que oculte

vm. el sol á nuestros fieles súbditos. ¿ Quien ha dado á vm. el derecho de contradecir nuestras órdenes, y de inspeccionar á los oficiales de nuestra casa? No hay en esta corte, en este reino, sino una ama, y yo no sufriré que haya un amo. Cuidado con que Bowier sufra el menor perjuicio por haber cumplido exactamente mis mandatos, pues le haré á vm. responsable.... Bowier, vayase vm., no tema vm. nada; ha obrado vm. como hombre de bien y fiel súbdito. No tenemos aquí alcalde de casa y corté.

Al decir esto, le alargó la mano. Bowier la besó, y volvió á su puesto, sorprendido del éxito de su audacia. Una alegre sonrisa se manifestó entónces en el semblante de los partidarios de Sussex, y los de Leicester bajaron los ojos llenos de confusion, miéntras él con la mayor humildad ni aun pronunció siquiera una sola palabra para tratar de disculparse.

Obró en eso con suma prudencia: la política de Isabel queria humillarle, pero no desgraciarle; y era ventajoso dejarla satisfacerse desplegando su autoridad sin oponerse y replicarla. Habiendo representado la reina el papel que exigia su dignidad ofendida, Isabel no tardó en compadecerse del favorito á quien acababa de mortificar. Su vista penetrante habia notado de que modo se felicitaban mu-

tuamente por señas los que favorecian á Sussex, y no entraba en su política acordar los honores de un triunfo decidido á ninguno de los dos partidos.

— Lo que digo á lord Leicester, añadió despues de un corto silencio, se lo digo á vm. tambien, lord Sussex; vm. tambien se presenta en la corte de Inglaterra al frente de una faccion que reconoce en vm. su gefe.

— Mis amigos, graciosa soberana, dijo Sussex, se han manifestado, en verdad, para sostener la causa de vuestra magestad en Irlanda, en Escocia, y contra los rebeldes del Norte; pero ignoro en que....

— ¡Silencio, milord! dijo la reina interrumpiendole. ¿ Quiere vm. entrar en disputas conmigo? La modestia de Leicester hubiera debido enseñar á vm. á callar cuando le hago un cargo. Le digo á vm., milord, que la prudencia de mi abuelo y de mi padre ha prohibido á los nobles de este pais civilizado viajar con tales comitivas de hombres armados. ¿ Creen vms. que, porque tengo faldas, se ha convertido el cetro en rueca entre mis manos? Sepan vms. que ningun rey de la cristiandad se halla menos dispuesto que la que habla á sufrir que su pueblo sea oprimido, su autoridad desconocida, la paz del reino turbada por causa de la arrogancia escesiva de quien-

quiera que sea. Lord Leicester, lord Sussex, ordeno á vms. que sean amigos, ó aseguro, á fé de reina de Inglaterra, que se grangearán un enemigo demasiado fuerte y poderoso para vms.

— Señora, dijo el conde de Leicester, vuestra magestad es la fuente de todo honor, y debe saber que es lo que exige el mio: le pongo á disposicion de vuestra magestad, y solo me permitiré añadir que la discordia que existe entre lord Sussex y yo no es obra mia, y que no ha podido mirarme como enemigo sino despues de haberme insultado y ultrajado.

— Por mi parte, señora, dijo el conde de Sussex, estoy pronto á conformarme con vuestras órdenes soberanas; pero me alegraría mucho de que lord Leicester tuviese á bien decirme en que le he insultado y ultrajado, para servirme de sus mismos términos, pues mi boca no ha proferido una sola palabra que no esté pronto á sostener á pié ó á caballo.

— Y yo, dijo Leicester, con el beneplácito siempre de mi graciosa soberana, diré que mi brazo está tan pronto á justificar mis palabras, como cualquiera que se haya llamado Ratcliffé.

— Milores, dijo la reina, semejantes dis-

ursos no deben pronunciarse en nuestra presencia, y si no pueden vms. reprimir su animosidad, sabrémos encontrar los medios de impedir que se entreguen vms. á ella. Dense vms. las manos, milores, prometiendome olvidar todas sus disensiones.

Los dos enemigos se miraron el uno al otro con irresolucion, y ninguno de ellos al parecer queria dar el primer paso para obedecer á la reina.

— Sussex, dijo Isabel, suplico á vm. hacerlo; Leicester, se lo ordeno á vm.

Y al mismo tiempo el acento con que pronunció estas palabras daba á la súplica el tono de una orden, y á la orden el de una súplica. Quedaron sin embargo inmóviles. La reina entónces, alzando la voz de modo que manifestaba su impaciencia y una voluntad absoluta, llamó á un oficial de su conitiva.

— Sir Enrique Lee, le dijo, dé vm. orden de aprestar un piquete de mis guardias, y una barca que pueda partir al momento. Lord Sussex, lord Leicester, vuelvo á ordenar á vms. que se den la mano, y ¡por la muerte de Dios! el que vacile en obedecerme comerá el pan de municion en mi torre de Londres ántes de volver á mi presencia. ¡Yo sabré humillar ese orgullo ántes de separarnos, á fé de reina de Inglaterra!

— La prision podria soportarse , dijo Leicester ; pero verse desterrado de la presencia de vuestra magestad , seria perder al mismo tiempo la luz y la vida. Sussex , he aquí mi mano.

— He aquí la mia ; la ofrezco á vm. , dijo Sussex , con franqueza y con lealtad : pero ..

— No hay que añadir una sola palabra ; dijo la reina ; muy bien , eso queria yo ver tan solo , añadió mirandolos con ojos mas favorables. Cuando estan unidos los pastores , el ganado paze con mas tranquilidad. Diré á vms. , milores , con toda franqueza , que sus disensiones han causado estraños desórdenes entre las gentes que les son adictas. Lord Leicester , ¿ tiene vm. á su servicio un tal Varney ?

— Sí , señora , le he presentado á vuestra magestad , y ha tenido el honor de besaros la mano en vuestro último viage á Nonsuch.

— Me acuerdo. Su exterior no es desagradable , pero no me parece bastante buen mozo para disculpar á una señorita de ilustre cuna , que sacrifica por él su honor haciendose su querida : esto es sin embargo lo que sucede. Ese tal Varney ha seducido la hija de un honrado caballero del Devonshire , de sir Hugo Robsart de Lidcote , y la señorita ha abandonado por él la casa de su anciano padre.

¿ Que es eso , lord Leicester ? ¿ se desmaya vm. ? tiene vm. cara de difunto.

— No , señora , respondió Leicester. Y necesitó esforzarse mucho para poder pronunciar estas dos palabras.

— Sí , por cierto , se desmaya vm. , continuó la reina acercandose á él con el mas vivo interes. Que busquen á Masters , que llamen al cirujano de servicio : ¿ en donde estan ? Su descuido nos dejará perder al que forma el orgullo de nuestra corte. ¿ Es posible , Leicester , añadió mirandole con la mayor dulzura , que el temor de habernos desagradado haya producido en vm. tal efecto ? Tranquílicese vm. , noble Dudley ; no pensamos en hacerle responsable de las faltas de un hombre que está al servicio de vm. ; sabemos que los pensamientos de vm. se hallan ocupados diferentemente. El que quiere trepar hasta el nido de la águila no echa de ver á los que buscan pardillos en los matorrales que estan al pié de la roca.

— ¿ Lo oye vm. ? dijo Sussex al oido á Raleigh ; preciso es que el diablo le ayude : lo que bastaria para hundir á cualquier otro cien brazas dentro del mar , no hace sino ponerle mas á flor de agua. Si alguno de mis oficiales hubiera hecho otro tanto.....

— ¡ Silencio , milord ! dijo Raleigh ; por

amor de Dios, ¡ silencio! Aguarde vm. que cambie la marea; creo que no tardará mucho en verificarse.

La penetracion de Raleigh le ponía en el verdadero punto de vista. Era tan grande la confusion de Leicester en aquel momento, y estaba al parecer tan irresistiblemente abatido, que Isabel, habiendole mirado con sorpresa, y viendo que no recibia ninguna respuesta á las espresiones llenas de bondad poco comun que se le habian escapado, echó una mirada sobre los cortesanos que la rodeaban, y notando sin duda en su fisonomía alguna cosa que confirmaba las sospechas que empezaba á concebir, añadió luego:

— ¿ Habrá acaso, milord, en este asunto mas que lo que se presenta á la vista, mas de lo que vm. quisiera que viésemos? ¿ En donde está ese Varney? ¿ le ha visto alguno?

— Si es del agrado de vuestra magestad, dijo Bowier que estaba junto á la puerta, es el mismo á quien he rehusado entrar en la sala de audiencia.

— ¡ Si es de mi agrado! repitió Isabel con enfado, porque nada podia agradecerle en aquel momento; no me agrada ni que comparezca ninguno sin orden en mi presencia, ni que alejen de mí á un hombre que tiene que responder sobre una acusacion.

— Si es del agrado de vuestra magestad, dijo todavía el portero turbado, si supiese en tal caso que es lo que debo hacer, tendria sumo cuidado....

— Debía vm. esponernos su demanda, y recibir nuestras órdenes. Se cree vm. un hombre grande, señor portero, porque acabamos de reprender á uno de los primeros señores de la corte á causa de vm.; pero en resumidas cuentas vm. no es mas que la cerraja que tiene cerrada la puerta. Que venga al punto Varney. Tambien se trata en el memorial de un tal Tresilian: que se presenten los dos.

Fué obedecida, y Tresilian y Varney comparecieron al punto. Miró este primero á Leicester, y luego á la reina: vió en el semblante de Isabel una nube que iba á tronar, y en las miradas consternadas y abatidas del conde nada notó que le indicase como debía maniobrar su navío para disponerse á resistir al abordage que se preparaba; pues el haber llamado á Tresilian al mismo tiempo á la presencia de la reina, le habia hecho conocer el peligro de su situacion. Pero Varney era descarado y nada escrupuloso, diestro y fértil en escapatorias: no era capaz de abandonar su navío antes que se fuese á pique, y sabia tambien cuanto le importaba sacar á Leicester

de aquel mal paso, y que riesgos corria si no podia conseguirlo.

— ¿Es verdad, bribon? le preguntó la reina con una de aquellas miradas penetrantes á las que pocas personas podian resistir; ¿es cierto que has tenido la audacia de seducir y deshorrar á una señorita bien nacida y educada, la hija de sir Hugo Robsart de Lidcote?

Varney dobló la rodilla, y con un tono contrito y humillado, dijo que no podia negar que habia algunas relaciones de amor entre él y miss Amy Robsart.

Leicester se llenó de indignacion al oírle explicarse asi, y en aquel momento se sintió con ánimo de despedirse de la corte y de los favores de la reina, y confesar su casamiento secreto. Pero mirando á Sussex, la idea del gusto con que escucharia aquella confesion le puso una mordaza en la boca. Por ahora no, dijo entre sí, no le daré en este momento un triunfo semejante. Y mordiendose los labios, quedó firme é inmóvil, escuchando con grande atencion cada palabra que pronunciaba Varney, y determinado á ocultar hasta el último momento el secreto de que parecia depender el favor de que gozaba en la corte.

Al mismo tiempo la reina continuaba en preguntar á Varney.

— ¡Relaciones de amor! ¿y de que género son esas relaciones? Si la querias con fin honesto, ¿por que no has pedido á su padre su mano?

— No me atreví á pedirselas, respondió Varney arrodillado todavía, porque sabia que su padre la destinaba á un caballero lleno de honor (le haré esa justicia, aunque sé que está indispuerto contra mí), al señor Tresilian que veo en presencia de vuestra magestad.

— ¿Y con que derecho forzó vm. á una señorita, incauta sin duda y sencilla, á contravenir á la voluntad de su padre con relaciones de amor, como tiene vm. la frescura de llamar á sus desórdenes?

— Señora, respondió Varney, es inútil defender la causa de la fragilidad y flaqueza humana ante un juez que la desconoce, y la del amor ante una persona que jamas ha cedido á esta pasion.... que ella inspira á todos los que la rodean, añadió en voz baja un momento despues.

Quiso Isabel arrugar sus cejas, pero se sonrió á su pesar. — Eres un pícaro atrevido é impudente, le dijo: ¿te has casado con esa señorita?

Al oír esta pregunta, tembló Leicester de nuevo, y acudiéron á su corazon tan diversas sensaciones, que le parecia que dependia su

vida de la respuesta que iba á dar Varney, quien despues de haber vacilado verdaderamente un instante, respondió:

— Sí, señora.

— ¡ Miserable! ¡ malvado! dijo Leicester furioso; pero el exceso de su indignacion, y la reina que le interrumpió al punto, no le permitieron añadir una palabra á aquellas exclamaciones.

— Milord, le dijo, con el permiso de v. m. proseguiremos este asunto; aun no hemos concluido de examinar al reo. Tu amo, lord Leicester, ¿ se hallaba instruido de esta buena obra? Dime la verdad, te lo ordeno, y te libraré de cualquier peligro que puedas temer.

— Graciosa soberana, dijo Varney, si he de decir rotundamente la verdad, mi amo ha sido la causa de todo.

— ¡ Malvado! ¿ que es lo que dices? exclamó Leicester.

— Continua, dijo la reina encendida en cólera y echando fuego por los ojos; ninguno debe escuchar aquí otras órdenes mas que las mías.

— Son todopoderosas, señora, respondió Varney, y no puedo guardar secretos con vuestra magestad; pero no quisiera confiar los asuntos de mi amo á otros oídos que los vuestros.

— Alejense v. m., milores, dijo Isabel á los que la rodeaban, y que se retiraron al estremo de la sala. Y tú, habla; ¿ que hay de comun entre el conde y esta intriga criminal? ¡ Cuidado con mentir, ni con calumniarle!

— ¡ Léjos de mí una intencion semejante, señora! sin embargo debo confesar que mi noble amo está, hace algun tiempo, como embelesado con un sentimiento profundo y secreto que le ocupa enteramente, y que le impide velar sobre la conducta de las gentes de su casa, entre las cuales habia mantenido siempre el orden mas severo, negligencia que nos ha conducido á hacer locuras, cuya falta, como en el caso presente, puede atribuirsele á lo menos en gran parte. Sin eso no hubiera tenido yo ni el tiempo, ni los medios necesarios de cometer la falta que me ha causado su desgracia, castigo el mas grande que puede imponerseme, si se exceptúa el resentimiento de vuestra magestad.

— ¿ Y el conde no ha tenido en eso ninguna parte?

— No, señora; pero despues de cierto acontecimiento que le ha sucedido, no parece ya el mismo hombre. Miradle, señora; ¡ ved que pálido está, y como tiembla! ¡ que diferente del aire de dignidad con que se presentaba en otro tiempo! Y sin embargo, ¿ que

tiene que temer de nada de cuanto pueda yo decir á vuestra magestad? ¡Ah! señora, desde que recibió aquel paquete fatal...

— ¿Que paquete? preguntó la reina con viveza: ¿quien se le ha enviado?

— No lo sé, señora; pero le asisto tan de cerca, que sé que desde esta época siempre ha llevado en su cuello un cordon hecho con cabellos, á que se halla suspendida una joya de oro en forma de corazon; habla con ella cuando está solo, no la deja ni de día ni de noche; jamas pagano ha adorado á un ídolo con tanto fervor.

— Preciso es que seas un bribon muy atrevido para espiar de esa suerte á tu amo, y un parlanchin muy indiscreto para venir á picotearme así sus locuras, dijo la reina poniendose colorada. ¿Y de que color son los cabellos de que has hablado?

— Señora, un poeta diria que son de oro y tejidos por las manos de Minerva; pero yo creo que su color es mas bajo que el oro mas puro, y tiene mas analogía con el último rayo del sol de un hermoso día de primavera.

— Cierto, Varney, que tiene vm. tambien vena de poeta, dijo la reina sonriendose; pero yo no tengo un ingenio bastante vivo para seguir á vm. en sus metáforas. Mire vm. bien á todas esas damas: ¿hay alguna.... y aquí

trató de manifestar una grande indiferencia; hay alguna que tenga los cabellos del mismo color? Me alegraria mucho de saber de que color hace sus trenzas la señora Doña Minerva, ó.... como ha dicho vm., de que color son los últimos rayos del sol de un día de primavera.

Miró Varney una tras otra á todas las damas que se hallaban en la sala de audiencia, y despues á la reina, pero con un profundo respeto.

— No veo aquí, dijo entónces, ningunos cabellos dignos de tales comparaciones, á no ser que mis ojos se dirijan á donde no osan mirar.

— ¿Como, bribon! dijo la reina, ¿te atreves á dar á entender?.....

— Perdon, señora, replicó Varney cubriendo con una mano sus ojos; un rayo del sol de mayo me ha deslumbrado.

— ¡Retirate! dijo la reina, preciso es que seas loco; y apartandose de él, se acercó á Leicester.

Una viva curiosidad, mezclada con los temores, las esperanzas, y las diversas pasiones que agitan las facciones en la corte, habia llenado el corazon de los que asistian á esta audiencia durante la secreta conferencia de la reina con Varney. Nadie se movia, y ninguno hubiera respirado, si no se hubiese

opuesto la naturaleza á esta interrupción de sus funciones. Esta atmósfera era contagiosa; y viendo Leicester que todo lo que le rodeaba temía ó deseaba su elevacion ó su caída, olvidó todo lo que el amor le había inspirado al principio, y solo vió que su crédito ó su desgracia dependian de una firma de Isabel y de la fidelidad de Varney. Procuró serenarse, y se preparó á representar un papel en la escena que debía seguirse luego; pero segun las miradas que la reina le había dirigido, pudo juzgar que del asunto de la conversacion con Varney no le resultaria ningun efecto desfavorable. No duraron largo tiempo sus dudas, porque el modo agradable y gracioso con que se acercó á él la reina anunció su triunfo á su rival y á toda la corte.

— Tiene vm., milord, en Varney, le dijo, un servidor muy parlanchin; hace vm. bien en no confiarle nada que pueda perjudicarle á vm. en mi opinion, pues dejaria pronto de ser un secreto.

— Seria culpable, dijo Leicester doblando una rodilla, si ocultase alguna cosa á vuestra magestad. Yo quisiera que mi corazon estuviese abierto, de modo que pudieseis leer en él sin el auxilio de alguno de mis servidores.

— ¡Que, milord! dijo Isabel mirandole con bondad, ¿no hay en él algun rinconcito que

quisiera vm. tener encubierto? Veo que no seria á vm. fácil responderme, pero sé que no debo examinar tan de cerca los motivos que tienen mis más leales súbditos para desempeñar sus deberes, si no quiero esponerme á encontrar entre ellos alguno que pudiera ó por lo menos debiera desagradarme.

Aliviado con estas últimas palabras, Leicester le pintó todo el exceso de una adhesion sin límites, y quizá sus discursos estaban en aquel momento de acuerdo con su corazon. Las diversas emociones que desde luego le habían agitado cediéron á la energía y á la resolucion de mantener su rango en el favor de la reina. Jamas había parecido á Isabel mas elocuente, mas buen mozo, mas interesante, que cuando arrodillado á sus piés la suplicó le despojase de todo su poder, dejandole el solo título de su servidor. — Recoja vuestra magestad del pobre Dudley todo lo que ha recibido de su generosa proteccion, la dijo; volvedle á la posicion oscura de lo que le habeis sacado; dejadle solo la capa y la espada; pero consentid en que goce todavia de lo que no ha merecido perder, el aprecio de una soberana adorada.

— No, Dudley, respondió Isabel ordenandole levantarse con una mano, y dandole á besar la otra; Isabel no ha olvidado que,

cuando era vm. un pobre caballero, despojado de su rango hereditario, era una princesa no menos pobre, y que espuso vm. por ella todo lo que le habia dejado la opresion; el honor y la vida. Levantese vm., milord, levantese vm., y continúe siendo, como hasta aquí, el honor de nuestra corte y el apoyo de nuestro trono. Por mas que pueda echar á vm. en cara algunas faltas, eso no me impedirá el reconocer siempre sus buenos servicios. Dios me es testigo, dijo dirigiendose á los cortesanos que estaban presentes, que creo que ningun soberano haya tenido jamas un servidor mas fiel que el que he encontrado yo en el noble conde.

Levantóse un murmullo de aprobacion entre los señores del partido de Leicester, y los amigos de Sussex no se atrevieron á oponer á él mas que un respetuoso silencio. Quedaron mortificados, con los ojos bajos, y desconcertados con el triunfo completo de sus antagonistas.

El primer uso que hizo Leicester de su vuelta al favor fué pedir á la reina sus órdenes relativas á Varney. — Aunque solo merece mi enojo, dijo, si me fuese no obstante permitido interceder.....

— Me habia olvidado de ese asunto, dijo la reina, y lo siento. Debemos hacer justicia al

mas humilde como al mas elevado de nuestros súbditos. Agradezco á vm., milord, el habernoslo recordado. ¿En donde está Tresilian? ¿en donde está el acusador? Que venga á nuestra presencia.

Tresilian se adelantó, y la saludó respetuosamente. Su presencia era, como tenemos ya dicho, noble y graciosa, lo que no dejó de observar muy bien Isabel. Le miró con atencion, mientras estaba en pié, mostrandose tranquilo y firme, aunque sumamente afligido.

— Le veo con gran pesar, dijo la reina á Leicester; me he informado acerca de él esta mañana. Es un hombre instruido, un buen soldado, y basta verle para formar acerca de él esa idea. Las mugeres, milord, solemos escoger por capricho. Hubiera yo dicho poco ha, juzgando solo por la vista, que no hay comparacion entre él y el caballero de vm.; pero el tal Varney tiene un pico de oro, y el amor se ha introducido en el corazon de mas de cuatro mugeres por los oidos. Señor Tresilian, no es lo mismo perder una flecha que romper el arco. La ternura de vm. verdadera, segun debo creerla, ha sido á lo que parece mal recompensada; pero es vm. erudito, y sabe bien que desde la guerra de Troya hasta nuestros dias ha habido mas de una Cresida engañadora. Olvide vm. á esa infiel, y emplee

vm. otra vez sus ojos con mejor éxito. Hablamos á vm. así, mas bien segun los escritos de los autores que segun nuestro conocimiento personal, porque nuestro rango y nuestra voluntad han desviado muy léjos las luces de la esperiencia propia acerca de esta pasion frívola. En cuanto al padre de aquella dama, consolarémos su pesar acordando á su yerno algun empleo que le ponga en estado de sostener con dignidad á su esposa. Y no le olvidarémos á vm., Tresilian. Siga vm. nuestra corte, y verá que un verdadero Troilo puede contar con nuestro favor. Vea vm. lo que dice Shakespeare. Es un hechicero, y sus tonterías ocupan mi cabeza cuando debiera pensar en cosas mas serias. Estos son sus versos:

Aunque era tuya Cresida
 Por un decreto del cielo,
 Ella misma rompió el lazo
 Faltando á sus juramentos.
 ¿Por que envidiar á Diomedes
 Haberse hecho della dueño?
 De aquellos nudos tan solo
 Han quedado los fragmentos.

¿Vm. se sonríe, lord Southampton? Como tengo tan flaca memoria, quizá al recitar los versos del poeta favorito de vm., les hago cojear. Pero basta, y no se trate ya de este asunto tan pesado.

Tresilian permanecia aun delante de ella, en ademan de un hombre que quisiera ser oido, y á quien obliga á callar el respeto. ¡Pues bien! añadió la reina con impaciencia, ¿que mas desea vm.? esa señorita no puede casarse con dos, y ha elegido ya. Quizá no ha escogido al mejor, pero al fin es ya esposa de Varney.

— Si así fuese, graciosa soberana, dijo Tresilian, nada tendria ya que reclamar de la justicia de vuestra magestad, y se desvaneceria toda idea de venganza; pero quisiera tener mejores pruebas que la palabra sola del mismo Varney.

— En cualquiera otra parte que me insultase semejante duda, dijo Varney, mi sable....

— ¡Tu sable! interrumpió Tresilian mirándole con desprecio; sin el respeto que debo á su magestad, el mio.....

— ¡Insolentes! dijo la reina, ¡silencio! ¿se olvidan vms. ámbos del sitio en que se encuentran? He aquí el resultado, milores, de las disensiones de vms., dijo mirando á Leicester y despues á Sussex; las gentes que se hallan al servicio de vms. se revisten de sus mismos sentimientos y mal humor, y en mi propia corte, en mi presencia misma, se insultan y se desafian como espadachines de profesion. El que se atreva á desenvainar su

sable por otra causa que la mía, sirvales á vms. de aviso, señores, irá sin remedio á comer por muchos meses el pan de munición. Despues de un corto silencio, añadió con tono mas dulce: Mi justicia debe intervenir sin embargo entre estos dos alborotadores. Lord Leicester, ¿asegura vm. por su honor, en cuanto está á su alcance, que su caballerizo dice la verdad cuando asegura que se ha casado con Amy Robsart?

Era esta una embestida á que Leicester no podia resistir, y que hubo de echarle por tierra. Pero ya no podia volverse atras, y respondió, despues de haber vacilado un momento: — En cuanto puedo yo saber, señora..... debo decir aun, segun mi pleno y entero convencimiento..... Amy Robsart está casada.

— Graciosa soberana, dijo Tresilian, ¿me será permitido preguntar en que época, en que sitio, el supuesto casamiento?....

— ¡El supuesto casamiento! dijo la reina; ¿la palabra del noble conde no basta para atestiguar la veracidad de su servidor? Pero ha sido vm. agraviado, lo cree por lo menos..... y debo tratarle con indulgencia. Examinaré este asunto mas despacio. Lord Leicester, me propongo hacer á vm. una visita en su castillo de Kenilworth la semana próxima. Deseo que

convide vm. á nuestro estimable y buen amigo el conde de Sussex á acompañarnos.

— Si el noble conde de Sussex, dijo Leicester saludando á su rival con mucha cortesía, tiene á bien hacerme ese honor, miraré su visita como una prueba del aprecio y la amistad que vuestra magestad desea reinen entre nosotros.

Sussex manifestó mas repugnancia. — La enfermedad que me affige aun, señora, dijo escusandose, no me permitirá poder contribuir á la diversion de una fiesta.

— ¿Ha estado vm., segun eso, tan enfermo? dijo Isabel mirandole con mayor atención. Verdad es que está vm. desmejorado, y lo siento en el alma. Pero descuide vm., cuidaré yo misma de la salud de un servidor que me es tan precioso y á quien debo tantas obligaciones. Masters ordenará á vm. el régimen que debe seguir, pero es preciso vaya vm. conmigo á Kenilworth.

Pronunció estas palabras con tono tan perentorio y al mismo tiempo tan bondadoso, que Sussex, aunque le repugnaba ir á casa de su rival, se vió precisado á inclinarse profundamente para anunciar á la reina que obedecería á sus órdenes, y dijo á Leicester, con una política forzada, que aceptaba su convite. Mientras los dos condes hacian con este

motivo las ceremonias y esterioridades propias del papel que se veian obligados á representar, la reina dijo en voz baja á su tesorero mayor: Me parece, milord, que las fisonomías de estos dos nobles pares son semejantes á aquellos dos famosos ríos clásicos, el uno tan negro y tan melancólico, el otro tan noble y claro. Mi antiguo maestro Ascham me reñiria seguramente por haber olvidado quien es el autor que habla de ellos. Creo que es César. Ved que calma reina tan magestuosa en la frente de Leicester, y con que repugnancia Sussex le dirige algunas palabras corteses por obedecer mis órdenes.

— Las dudas acerca del favor de vuestra magestad, respondió el lord tesorero, pueden bastar para ocasionar la diferencia que no se oculta, así como ninguna otra cosa, á la penetracion de vuestra magestad.

— Semejantes dudas serian injuriosas, milord, replicó la reina. Los dos nos son igualmente queridos, y emplearemos á uno y á otro con imparcialidad para el bien de nuestro reino. Pero su conferencia ha durado bastante. Lord Sussex, lord Leicester, tenemos que decir á vms. todavía una palabra. Tresilian y Varney estan al servicio de vms., y es preciso que vayan á Kenilworth. Y como tendríamos entónces á la mano á Paris y á Me-

nelao, queremos ver allí tambien á esta linda Elena, cuya inconstancia ha metido tanto ruido. Varney, llevarás tu muger á Kenilworth, y que se disponga á presentarse en la corte. Lord Leicester, cuide vm. de que así se verifique sin falta.

El conde y su caballerizo hiciéron una profunda reverencia, y levantáron la cabeza sin atreverse á mirar á la reina. Los dos creyéron en aquel momento ver las engañosas redes que habian tendido, prontas á cerrarse y envolverlos. La reina no notó sin embargo su confusion y temor.

— Milores, les dijo, reclamamos la presencia de vms. en el consejo privado en que tenemos que tratar de asuntos importantes. Darémos despues un paseo por agua, y nos acompañaréis. Y esto nos recuerda una circunstancia. Señor caballero de la capa, dijo á Raleigh sonriendose, no se olvide vm. de acompañarme en todas mis escursiones, y que le den á vm. el vestido correspondiente.

Así se concluyó esta audiencia memorable, en la cual, igualmente que en todo el curso de su vida, Isabel reunió los caprichos á los que su sexo suele estar sujeto, al juicio sólido y á la sana política que la elevan sobre todos los soberanos que han existido en todos los siglos.

CAPITULO XVII.

Podemos tender las velas,
Sabiendo ya adonde vamos,
Levar el ancla, y marchar
La sonda siempre en la mano,
Y dirigiendo el timon;
Pues está ya averiguado
Que estan llenas estas costas
De peligrosos peñascos,
Que, aunque á la vista se ocultan,
Han visto muchos naufragios.

El Naufragio.

DURANTE el corto intervalo que pasó entre la audiencia y la sesion del consejo privado, tuvo tiempo Leicester de reflexionar que acababa de poner el sello á su destino. — Era imposible, decia entre sí, que despues de haber atestiguado, en presencia de cuanto la Inglaterra tenia de mas ilustre, aunque en términos vagos, la declaracion de Varney, se permitiese á sí mismo contradecirle ó desmentirle, sin esponerse no solamente á caer del favor de que gozaba en la corte, sino á incurrir en el resentimiento personal de la

reina, que no le perdonaria haberla engañado, y sin hacerse el objeto del desprecio y mofa de su rival y de todos sus paniaguados. Todos estos peligros tan ciertos se amontonaron al mismo tiempo en su ánimo, miéntras estaba amedrentado por otra parte en vista de las dificultades que encontraria en guardar un secreto que no podia divulgarse ya sin derribarle del poder, y sin herir cruelmente su honor. Se hallaba en la situacion de un hombre que camina sobre un hielo que va á quebrarse, y que no tiene mas medio de salvarse de una caida que el de seguir adelante con paso firme y resuelto. Era pues entónces indispensable mantenerse á toda costa en el favor de la reina, por el que habia hecho tantos sacrificios: esta era la única tabla en que podia salvarse del naufragio. Preciso era tratar, no tan solamente de mantenerse en el favor de Isabel, sino de anclarse en él con mas fuerza que nunca. Era necesario ser su favorito, ó consentir en la pérdida de su honor y su fortuna. Todas las demas consideraciones debian echarse por el momento á un lado, y procuró desterrar de su memoria la imagen de Amy, que se presentaba á su pesar, diciendo que tendria en lo sucesivo tiempo de pensar en los medios de salir del laberinto en que se habia metido, pues el piloto que vé

que Scyla amenaza la proa de su navío, solo piensa en evitarla, y no en los peligros mas remotos que tambien le presenta Caribdis.

Estos eran los pensamientos que ocupaban el ánimo de Leicester al ir á tomar su plaza acostumbrada en el consejo privado de Isabel, y que le acompañaron despues durante su paseo en el Támesis; y jamas desplegó con mayor ventaja sus talentos, ya sea como político de primer órden, ya como un perfecto cortesano.

Sucedió pues que se trató en el consejo privado de los asuntos de la desgraciada María, reina de Escocia, que se hallaba entónces en el año séptimo de su cautiverio en Inglaterra. Sussex y algunos otros hablaron con calor y fuerza en favor de la desventurada princesa, é hicieron valer todos sus derechos con un ardor, que, aunque respetuoso y moderado, no era del todo agradable á los oidos de la reina. Leicester abrazó la opinion contraria con tanto fuego como elocuencia, y representó la necesidad de continuar teniendo á la reina de Escocia en una rigurosa detencion, como una medida necesaria para la seguridad del reino, y con particularidad para la de Isabel, de cuya sagrada persona, dijo, el menor cabello de la cabeza debia ser un objeto mas precioso y mas interesante que la

vida y la fortuna de una rival que, despues de haber elevado pretensiones tan vanas como injustas al trono de Inglaterra, era todavía entónces, en la prision misma, la base constante sobre la que reposaban todas las esperanzas de los enemigos de Isabel, asi interiores como exteriores. Concluyó pidiendo le escusasen, si acaso el celo le habia llevado demasiado léjos; pero la seguridad de la reina era un asunto que le sacaba siempre fuera de los limites de su moderacion ordinaria.

Isabel le reprendió, con mucha dulzura, sobre la demasiada importancia que daba á lo que la concernia personalmente. Confesó no obstante que, pues habia querido el cielo unir sus intereses á los de sus súbditos, creia hacer únicamente su deber cuando la obligaban las circunstancias á tomar medidas dictadas por el cuidado de su propia seguridad. Se lisonjeaba de que, si pensaba el consejo que exigia la prudencia prolongar el cautiverio de su infeliz hermana de Escocia, no llevaria á mal suplicase á la condesa de Shrewsbury la tratase con todas las consideraciones que fuesen compatibles con la necesidad de velar sobre su persona. Y despues de haber anunciado asi su voluntad, levantó la sesion.

Jamas se vió ahinco semejante de ponerse

en hileras para dejar pasar al conde de Leicester, como cuando atravesó las antecámaras llenas de una multitud de cortesanos, al salir del consejo privado: jamas habian gritado los porteros en voz mas alta: ¡Plaza, plaza al noble conde! jamas habian obedecido á estas voces los cortesanos con mas prontitud ni con mas respeto; jamas un número mayor de ojos se habian dirigido á él con la esperanza de obtener una mirada de proteccion, una simple señal de que eran conocidos, miéntras el corazon de muchos de sus humildes partidarios latia entre el deseo de darle sus enhorabuenas, y el temor de parecer demasiado atrevidos dirigiendose en público á un hombre de su rango. Juzgaba toda la corte que la audiencia de aquel dia, audiencia que se habia aguardado con tantas dudas é inquietudes, habia proporcionado un triunfo decisivo á Leicester, y miraba como indudable que el satélite, su rival, si no estaba enteramente oscurecido por su resplandor, haria en adelante sus evoluciones en una esfera mas separada del sol. Asi pensaba la corte; y los cortesanos, desde el primero hasta el último, obraban en consecuencia.

Por otra parte, jamas Leicester habia correspondido con mas complacencia y agrado á las saluciones que se le dirigian de ámbos lados; jamas habia conseguido tan bien, por

emplear la espresion de alguno que en aquel momento no estaba muy léjos de allí, dorar la opinion pública por su cuenta.

Para todos tenia una inclinacion de cabeza, ó una sonrisa, ó una frase agradable, y las distribuia por la mayor parte entre cortesanos cuyos nombres han desaparecido tiempo ha bajo las aguas del río del olvido; pero tambien las dirigia algunas veces á seres cuyo nombre suena de un modo estraño á nuestros oidos, cuando nos los representamos como ocupados en los asuntos diarios de la vida, en vista de la prodigiosa elevacion á que los ha llevado el reconocimiento de la posteridad. He aquí algunas de las frases que solia decir al paso.

— ¡ Ahí está vm., Poynings! ¿ como estan su muger de vm. y su linda señorita? ¿ por que no vienen á la corte? La demanda de vm., Adams, no es asequible; la reina no quiere ya acordar privilegios exclusivos, pero en otra ocasion podré servir á vm. Mi querido Aylford, el pleito de la ciudad, relativo á Queenhithe, se activará cuanto sea posible á mis esfuerzos y crédito. Señor Edmundo Spencer, quisiera poder apoyar el memorial de vm., por amor á las Musas; pero ha lanzado vm. furiosos sarcasmos contra el lord tesorero.

— Milord, respondió el poeta, si me fuese permitido explicarme.....

— Venga vm. á verme en mi casa, Edmundo, no mañana, ni pasado, sino cuanto ántes. ¡Ah! ¡William Shakespeare! ¡William el loco! preciso es que hayas dado á mi sobrino Felipe Sidney polvos simpáticos, pues no puede acostarse sin tener bajo su almohada tu *Venus y Adónis*. Te he de ahorcar como al hechicero mayor de Europa. Pero ¡ah! no me olvido de tu pleito con los osos, no le descuidaré.

El cómico le saludó respetuosamente, el conde bajó la cabeza, y pasó adelante. Asi es como se hubiera hablado en aquel siglo; en el nuestro, pudiera decirse que un inmortal habia rendido homenaje á un hombre.

En seguida dirigió el favorito la palabra á uno de sus mas celosos partidarios, que le saludó muy risueño y satisfecho. — Sir Francisco Demming, le dijo, ese buen humor ha acortado á vm. su rostro un tercio desde que le ví á vm. esta mañana. ¡Que tal, señor Bowier! ¡por que se retira vm.? ¡cree vm. que le guardo rencor? No ha hecho vm. esta mañana sino lo que debia; y si me acuerdo alguna vez de nuestro altercado, será tan solo para favorecer á vm. con ese motivo.

Vió el conde entónces que se acercaba á él,

rebosando reverencias, un personage con un estraño vestido de terciopelo negro, festonado y guarnecido de raso liso carmesí. Tenia en la mano la gorra de terciopelo con una pluma de gallo, llevaba un cuello enorme, tieso á fuerza de almidon, lo que agregado á una fisonomía viva y presuntuosa, anunciaba un ser lleno de amor propio y muy tonto, al paso que la vara que llevaba en la mano y su aire de importancia daban á conocer que se hallaba revestido de algun empleo que le llenaba de orgullo. Eran sus mejillas secas y cóncavas; tenia una nariz afilada de color de tomate, señales todas de un borrachon, y se acercó al conde con grande desfachatez.

— Buenos dias, señor Roberto Laneham, dijo el conde pasando y deseando librarse de semejante ente.

— Tengo que presentar una demanda á vuestra señoría, dijo Laneham siguiendole resuelto.

— ¡Y cual es, señor guarda de la puerta de la cámara del consejo?

— Es decir *custodio* de la puerta de la cámara del consejo, dijo Laneham con énfasis.

— Dale á tu empleo el título que te dé la gana. ¡Que es lo que quieres?

— Solo que vuestra señoría se digne per-

mitirme que vaya como los otros el primer día al soberbio castillo de Kenilworth.

— ¿Y á que efecto, Laneham? ¿Crees que debo tener allí una compañía muy numerosa?

— No tan numerosa que vuestra señoría no pueda ceder una pequeña alcoba á su antiguo servidor. Por otra parte, milord, es posible que se reúna allí el consejo, y en tal caso esta vara será necesaria para poner modo á esos curiosos que van á escuchar por las cerrajas y rendijas de las puertas, si las encuentran. Mi vara es tan indispensable en el consejo como un quitamoscas en el mostrador de un carnicero.

— Tu comparacion honra al consejo, pero no trates de justificarla. Sea enhorabuena: paso por ello, vente á Kenilworth, si te acomoda. No me faltarán locos, y tú podrás tambien entrar en la danza.

— Si hubiere allí locos, milord, tendré mas diversion. Me gusta divertirme con un loco, tanto como á un lebel correr tras una liebre. Pero tengo que pedir á vuestra señoría otro favor.

— Esplicate luego; tengo que irme, la reina va á salir.

— Quisiera llevar conmigo, milord, una compañera de cama.

— ¿Que es lo que dices? ¿no tienes vergüenza?

— Es como Dios manda, milord, y sin escándalo. Tengo una muger tan curiosa como su abuela que comió la manzana. Y como no puedo en términos regulares llevarla conmigo, porque las órdenes de su magestad prohíben con rigor á todo empleado que sus mugeres les sigan en los viages de la corte, por ser muebles embarazosos, es preciso valerme de algun espediente. Lo que deseo obtener de vuestra señoría es introducirla con algun disfraz, de modo que represente algun papel en las fiestas, con cuya máscara ninguno llegará á sospechar que es mi muger.

— ¿Que el diablo cargue con ella y contigo tambien! dijo Leicester perdiendo la paciencia por los recuerdos que este discurso le renovaba. ¿Para eso me detienes? ¿para asesinarme con tus impertinencias?

El custodio de la puerta de la cámara del consejo, amedrentado con este acceso de cólera tan repentino, dejó caer su vara, y fijó en el conde sus ojos espantados, lo que hizo á Leicester entrar en sí mismo.

— Quería solamente ver si tienes la audacia que conviene á tu empleo, le dijo en tono mas dulce: vete á Kenilworth, y lleva contigo si quieres al diablo.

— Mi muger representó el papel de diablo, milord, en un auto sacramental en tiempo de la reina María; pero nos faltaria alguna cosa para vestirla con propiedad.

— Toma este doblon, y dejame en paz: oigo el sonido de la campana.

Roberto Laneham le miró aun con sorpresa, y bajandose á coger el signo de su dignidad porteril, dijo para su capote: — El noble conde está hoy de maldito humor, pero los que dan monedas de oro tienen derecho á exigir de los hombres de talento que cerremos los ojos para no ver sus tonterías y sus caprichos; pues, á fé mia, si no pagasen para obtener gracia, los pondríamos como nuevos y les quitaríamos el pellejo.

Al mismo tiempo Leicester atravesaba las habitaciones del palacio, dejando á un lado las ceremonias y cortesías que habia prodigado; y saliendo de las que estaban abiertas al público, se detuvo en un salon para entregarse á sus reflexiones á solas un rato.

— ¿En que he venido yo á parar, decia, para que los vanos discursos de un loco, de un miserable mentecato, hagan en mí semejante impresion? Conciencia, eres un perro perdiguero á quien el ruido de un ratoncito despierta como el rugido de un leon. ¿No podré yo, dando un paso atrevido, salir de

un estado tan incómodo, tan penoso? Echandome á los piés de Isabel, confesandole todo, pidiendole perdon....

Miéntas hacia esta última reflexion, se abrió la puerta, y entró Varney con precipitacion buscandole.

— Gracias á Dios, milord, dijo, ¡que le encuentro á vm. al fin!

— Di mas bien gracias al diablo, á quien sirves de agente de negocios.

— Gracias á quien vm. quiera, milord, pero no perdamos tiempo. La reina está á bordo, y pregunta donde está vm.

— Ve á decirla que me he desmayado ahora mismo, pues mi cabeza, por vida de sanes, no puede resistir mas.

— Muy bueno es eso, dijo Varney con una amarga sonrisa, cuando ni vm., ni yo que en calidad de primer caballero debia seguir á vm., tenemos ya asientos en la barca de la reina. Al venir de prisa en busca de vm. á palacio, he oido que llamaban al nuevo favorito Walter Raleigh, y á nuestro amigo antiguo Tresilian, para darselos.

— Eres un demonio, Varney, respondió Leicester levantandose de prisa, pero me dejaré persuadir por esta vez: allá voy.

Nada respondió Varney, le mostró el camino, pasó delante de él sin ceremonia, salió

de palacio, y se dirigió al Támesis, siguiéndole su amo maquinalmente. Habiendo vuelto la cabeza para ver si le seguía, se detuvo, y le dijo con tono familiar, y aun casi con autoridad:

— ¿Que diablos es esto, milord? se le cae á vm. la capa por un lado, desabotonado el vestido; permitame vm.....

— Dejese vm. de eso, señor, dijo el conde con seriedad; cuando dé á vm. mis órdenes, tendrá vm. tiempo de ejecutarlas, y hasta entonces ocupe vm. la plaza que le corresponde. Y pasando por delante, fuése ácia la orilla del agua.

La barca de la reina iba ya á partir, y estaban ocupados los sitios destinados en la popa para Leicester, y para su caballerizo en la proa. Pero cuando llegó el conde, los remos quedaron suspensos, porque conocieron los marineros que iba á verificarse alguna mudanza en la colocacion de las personas con este motivo. El gesto de la reina anunciaba su descontento, y el tono frío á que recurre un superior para ocultar la agitacion interior á aquellos á quienes no puede darla á conocer sin faltar á su dignidad; le dirigió estas frias palabras: — Hemos aguardado á vm., milord.

— Graciosa soberana, respondió Leicester, pudiendo perdonar tantas flaquezas que

es son desconocidas, ¿negaréis toda conmiseracion á las emociones de un corazón cuya agitacion se comunica al cuerpo y al alma? Me he presentado esta mañana ante vuestra magestad acusado como un reo; vuestra bondad ha penetrado por entre las nubes de la difamacion, me ha vuelto mi honor, y lo que es para mí mucho mas precioso todavía, su favor: no es pues extraño, por mas desgraciada que sea esta circunstancia, que mi caballerizo me haya encontrado en una situacion que apenas me dejaba la fuerza necesaria para poder llegar hasta aquí, en donde una mirada de vuestra magestad, aunque ¡ah! irritada, ha podido hacer conmigo lo que Esculapio mismo hubiera intentado en vano.

— ¡Que! dijo Isabel mirando ácia Varney, ¿se ha desmayado milord?

— No se ha desmayado enteramente, contestó el redomado Varney, pero he hallado muy débil, y en un estado cual lo demuestra el desorden que se nota en su vestido. Por otra parte, milord ha venido tan de prisa que no he podido remediarlo como hubiera deseado.

— Nada importa, dijo Isabel mirando las nobles facciones del conde, realzadas por el colorido extraño de las pasiones que acababan de agitar su ánimo. Entre vm., milord, entre vm., ya le haremos á vm. lugar por aquí. En

cuanto á vm., señor Varney, puede vm. pasar á otra barca.

Hizo un saludo Varney, y se retiró.

— Y vm. tambien, añadió mirando á Raleigh, señor caballero de la capa, es preciso que vm. se retire. Irá vm. á la barca de nuestras damas de honor; pues, en cuanto á Tresilian, le ha hecho ya padecer bastante el capricho de las mugeres, para que queramos hacerle salir de aqui.

Leicester entró en la barca de la reina que, cambiando algun tanto la distribucion de los asientos, le hizo lugar á su lado. Raleigh se levantó, y Tresilian hubiera sido capaz tal vez de ofrecer el suyo á su amigo, si una mirada de Walter, que se hallaba en la corte como en su elemento propio, no le hubiese hecho conocer que la reina se ofenderia quizá de que mostrase tan poco anhelo de aprovecharse del primer favor que le habia acordado. Quedó pues sentado sin decir nada, mientras Raleigh, saludando profundamente á Isabel, se disponia á salir de la barca no muy contento.

Un jóven cortesano muy galan, lord Willonghby, creyó ver en el semblante de la reina algo que anunciaba la compasion y pesar que le causaba la verdadera ó fingida mortificacion del jóven Walter.

— Los viejos cortesanes, dijo risueño, no

debemos privar á los jóvenes del resplandor del sol. Con el beneplácito de S. M. me privaré por una hora de lo que sus súbditos aprecian mas, de la dicha de gozar de su presencia, y me mortificaré contentandome con la luz de las estrellas, mientras pierda por algunos momentos la vista de Diana en toda su gloria. Pasaré á la barca de las damas de honor, y cederé á ese jóven caballero una hora de felicidad.

— Si consiente vm. en dejarnos, milord, le dijo la reina entre chanzas y veras, preciso será que nos conformemos y nos privemos de su compañía. Pero, aunque se diga vm. viejo cortesano, no le confiaremos el cuidar de nuestras damas de honor. La edad venerable de vm., añadió con una maligna sonrisa, simpatizará mas bien con la de nuestro tesoro mayor que nos sigue en la tercera barca, y cuya esperiencia puede aun servir á vm. de provecho.

Lord Willonghby trató de ocultar con una sonrisa su disgusto, saludó á la reina, y fué á colocarse en la barca de lord Burleigh. Leicester, que procuraba separar su ánimo de toda reflexion interior notando lo que pasaba á su lado, no dejó escapar esta ocasion de divertirse un momento. Pero cuando la barca se alejó de la grilla, cuando los músi-

cos, colocados en otra, hubieron comenzado á tocar sus instrumentos, cuando se oyeron las aclamaciones del pueblo que cubria las dos orillas del Támesis, y le recordó todo eso la situacion en que se hallaba, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, reconcentró todos sus pensamientos en la necesidad de mantenerse en el favor de la reina, y desplegó con tan buen éxito los medios de agradar que habia recibido de la naturaleza, que Isabel, hechizada con su conversacion, pero cuidadosa de su salud, le ordenó al fin risueña que callase por algunos minutos, para que no le hiciese daño una conversacion demasiado animada.

— Milores, dijo ella entónces, habiendo dado contra Leicester un edicto que le condena al silencio, os pedirémos vuestros consejos sobre un asunto mas propio de discutirse en medio de la alegría y de los instrumentos de música, que entre la gravedad de otros asuntos ordinarios. ¿Conoce alguno de vms. á Orson Pinnit? ¿Han leído vms. su memorial, que firma en calidad de guardian, segun él se califica, de nuestros osos reales? ¿Quien le prestará su apoyo?

— Par diez, dijo el conde de Sussex, con el permiso de vuestra magestad, yo. Orson Pinnit era un valiente soldado ántes que los

sables del clan de Mac Donough le hubiesen puesto fuera de combate en Irlanda; y espero que vuestra magestad continuará siendo lo que ha sido siempre, la protectora de sus fieles servidores.

— Esa es seguramente nuestra intencion, dijo la reina, y sobre todo cuando se trata de nuestros pobres soldados y marinos que exponen su vida por una corta paga. Daríamos nuestro palacio, añadió con viveza, para hacer de él un hospital para ellos, ántes de sufrir que nos miren en ningun tiempo como á una ama ingrata (1). Pero no se trata ahora de nada de eso; y despues de haberse entregado á esta efusion de patriotismo, continuó diciendo en el tono alegre de la conversacion: El memorial de Orson Pinnit pica mas alto; se queja de que, gracias al gusto que empieza á tomar el público por los espectáculos, y sobre todo á la especie de furor con que acude al teatro en que se representan los dramas de un tal William Shakespeare, cuyo nombre no debe ser á vms. desconocido, milores, la diversion varonil del combate del oso cae comparativamente en descrédito; porque

(1) El palacio de Greenwich se ha convertido en efecto en hospital de los marinos, en el reinado de Guillermo y María. (*Nota del Traductor.*)

quieren mas ver como esos bribones de cómicos fingien matarse, que presenciar un combate serio y verdadero en que se despedazan nuestros perros y nuestros osos reales. ¿Que dice vm. acerca de eso, lord Sussex?

— A fé mia, señora, respondió el conde, de suponer es que un veterano como yo no podrá decir gran cosa en favor de los combates fingidos, si se trata de compararlos con los verdaderos; y sin embargo no dejo de estimar á Shakespeare, es un juglar vigoroso; aunque dicen que es cojo, maneja el garrote con destreza, y peleó con grande valor contra los guardas del viejo sir Tomas Lucy de Charlecot, cuando se introdujo en su parque á cazar gamos, y á abrazar á la hija del portero.

— Aunque vm. perdone, milord, dijo Isabel, se ha tratado de ese asunto en el consejo, y la hija del portero no tomó cartas en eso, ni queremos que se exagere la falta de ese pobre diablo. Pero ¿que dice vm. de sus dramas, de su teatro, de su habilidad en la declamacion? porque ese es el punto de la cuestion, y de ningun modo se trata de sus antiguos errores, de sus cazas en un parque, ni de otras locuras que vm. le atribuye.

— Por cierto, señora, que ningun mal le deseo á ese loco. He oido algunos versos suyos, y me ha parecido encontrar en ellos algo

de marcial y caballeresco. Pero solo es eso hojarasca, espuma, y nada de sustancia, nada de serio, como vuestra magestad ha notado muy bien. ¿Que interes puedo yo tomar por media docena de bribones, armados de espadas mohosas y de escudos de hojalata, que solo dan el simulacro de una batalla, en comparacion del noble espectáculo del combate del oso? espectáculo que ha sido honrado con la presencia de vuestra magestad y con la de sus ilustres predecesores, en este hermoso reino famoso en toda la cristiandad por sus mastines incomparables, y por el talento de las gentes que tienen por oficio el instruir y adiestrar los osos para el combate. Se debe temer mucho que estas dos razas degeneren, declinen, se aniquilen, si las gentes dan en preferir las ociosas declamaciones de un histrion, en lugar de fomentar la mas bella imágen de la guerra que puede ofrecerse en tiempo de paz, es decir el combate del oso. Allí se vé al oso ponerse á la defensiva, con los ojos encendidos, como un capitán astuto para obligar á su enemigo á que venga á atacarle en sus mismos reales. Entónces sir mastin se abalanza en la carrera, y coge al lord Bruin por el pescuezo; pero este le enseña cual es el pago de los que en tiempo de guerra desprecian, por exceso de valor, las precauciones que dicta la pru-

dencia; le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su seno, como atleta vigoroso, hasta que se oye el ruido de las costillas que se rompen y quiebran una tras otra, haciendo un ruido semejante á un pistoletazo; pero en este momento llega otro mastin, no menos bravo, pero con mas instinto. Coge al lord Bruin por el labio inferior, y se le queda colgado, mientras este, perdiendo su sangre y redoblando sus aullidos, procura aunque en vano desasirse de su enemigo. Entónces....

— Yo le aseguro á vm., dijo la reina, por vida de tantos y cuantos, que he visto mas de una vez el combate del oso, y espero volver á verle; pero hace vm. de él una descripción tan admirable, que, aunque jamas le hubiese visto, bastaria para que formase una idea completa. Pero veamos quien va á decirnos algo sobre este asunto. Leicester, ¿tiene vm. algo que añadir?

— ¿Me permite vuestra magestad, segun eso, que me quite la mordaza?

— Sin duda, á condicion que vm. no se fatigue. Sin embargo, cuando considero que se encuentran en las antiguas armas de la casa de vm. el oso y el palo, creo que seria mejor dar la palabra á otro orador menos parcial.

— En verdad, señora, que aunque mi her-

mano Ambrosio de Warwick y yo tenemos en nuestras armas la antigua divisa que os dignais recordar, no por eso dejamos de ser amigos de la imparcialidad. Diré, pues, en favor de los cómicos, que son juglares chistosos, que entretienen al pueblo con sus charrerías y bufonadas, y que le impiden mezclarse en los asuntos políticos, dar oídos á las noticias falsas, las insinuaciones desleales, los discursos pérfidos. Mientras se ocupan en ver de que modo Marlow ó Shakespeare desenmarañan una intriga en el teatro, no piensan las gentes en examinar la conducta de los que los gobiernan.

— Pero no permita Dios que yo impida á mi pueblo examinar mi conducta, milord; pues cuanto mas de cerca la examine, mejor sabrá pesar las razones y motivos que me hayan impelido á tomar alguna resolucion.

— He oido decir, señora, dijo el decano de San Asaph, puritano de siete suelas, que no solamente esos cómicos usan en sus dramas espresiones profanas y escandalosas, inducen á engendrar el pecado y los escesos, sino que introducen tambien allí reflexiones sobre el gobierno, sobre su origen, sobre su objeto, propias á hacer al pueblo descontentadizo, disputador, y á destruir los cimientos de la sociedad civil; y yo diré, con el

beneplácito de vuestra magestad, que no parece prudente permitir á esas bocas impuras ridiculizar la gravedad de los hombres piadosos, blasfemar del cielo, calumniar á los que gobiernan la tierra, y desafiar las leyes divinas y humanas.

— Si pudiésemos creer que lo hiciesen, milord, pronto reprimiríamos semejante licencia. Pero no es justo prohibir el uso de una cosa, porque puede abusarse de ella. Y en cuanto á Shakespeare, pensamos que se encuentran en sus comedias y tragedias cosas que valen veinte veces mas que un combate del oso, y que lo que él llama sus crónicas (1) puede dar una diversion honesta y una instruccion útil, no solamente á nuestros súbditos, sino á las generaciones venideras.

— El reinado de vuestra magestad no necesitará, dijo Leicester, de tales apoyos para pasar á la posteridad; y sin embargo Shakespeare ha tocado á su modo diversos incidentes del gobierno de vuestra magestad, de un modo capaz de contrabalancear cuanto acaba de decir su reverencia el decano de San Asaph.

(1) Así llamaba Shakespeare los dramas cuyos asuntos sacaba de la historia de Inglaterra.

(Nota del Traductor.)

Hay por ejemplo ciertos versos..... quisiera que mi sobrino Felipe Sidney estuviese aquí, pues no se le caen de la boca. Es una especie de cuento, en que se trata de amor, de flechas, de.... pero por buenos que sean los versos, estan léjos de aproximarse al mérito del asunto á que hacen alusion. Creo que Sidney los recita aun cuando está durmiendo.

— Nos hace vm. sufrir el suplicio de Tántalo, milord. Sabemos que Felipe Sidney es un favorito de las Musas, y lo celebramos mucho. Jamas brilla tanto el valor en un sugeto, como cuando se halla unido al gusto y al amor á las letras. Pero no dejará de encontrarse alguno entre nuestros jóvenes cortesanos, cuya memoria retendrá lo que los negocios mas importantes han borrado de la de vm. Señor Tresilian, vm. que tiene fama de ser un adorador de Minerva, ¿se acuerda vm. de esos versos?

Estaba el corazon de Tresilian harto abrumado de tristeza, su perspectiva en la vida se hallaba oscurecida de un modo demasiado cruel, para que quisiese aprovecharse de la ocasion que se le ofrecia de fijar en él la atencion de la reina; pero resolvió ceder esta ventaja á un amigo jóven y ambicioso. Escusandose con su corta retentiva, añadió creer que Walter Raleigh sabia de memoria los

versos que acababa de citar el conde de Leicester.

De orden de la reina, se levantó Raleigh, y declamó con igual gusto que gracia la célebre vision de Oberon, de un modo capaz de hacer resaltar su delicadeza añadiendole nuevos atractivos.

Tú no le pudiste ver,
 Pero yo ví al niño Amor,
 Que volaba en derredor
 Ostentando su poder.
 Y sacando de su aljaba
 El rapazuelo cruel
 Una flecha muy fiel,
 A lanzarla se aprestaba.
 Partió la flecha, y Cupido
 Fiado en su puntería
 No dudó que acertaria
 Al objeto apetecido;
 Al corazon escelente
 De una criatura hermosa,
 Que tierna, justa y piadosa
 Reinaba en el Occidente.
 Mas su intento no logró;
 Para hacer su fuerza vana,
 De la hermosa y casta Diana
 Un rayo solo bastó.
 La vestal á la sazón,
 El rostro todo enpendido,
 Burlandose de Cupido,
 Conservó su corazon.

La voz de Raleigh, al recitar estos versos, temblaba algun tanto, como si dudase que pudiesen agradar á la soberana á quien se dirigian. Si era afectada esta inquietud, era una buena política; si era verdadera, estaba por demas. Probablemente los versos no cogian de nuevo á la reina, porque nunca tarda una lisonja en llegar á los oídos del soberano á quien va dirigida; pero no por eso dejaron de ser muy bien recibidos al pasar por la boca de Raleigh. Prendada igualmente del modo con que fuéron declamados, y de las facciones graciosas y animadas del que los recitaba, Isabel, fijos sus ojos en Walter, señalaba con la mano el reposo, cadencia y medida de cada verso, como si se hubiera tratado de llevar el compas de un trozo de música. Cuando cesó él de hablar, repitió ella como distraida los dos versos últimos:

Burlandose de Cupido,
 Conservó su corazon.

Y al mismo tiempo se le deslizó de la mauo el memorial del guardian de los osos reales, y el Támesis acogiendole favorablemente tomó á su cargo llevarle á Sheerness, y quizá hasta al vasto Océano. ®

El triunfo que acababa de obtener el jóven cortesano picó de emulacion á Rochester,

como sucederia con un caballo viejo que redoblaría sus esfuerzos al ver que un potro se le adelantaba en la carrera. Hizo recaer la conversacion sobre los juegos, los banquetes, las fiestas, y sobre el carácter de los que toman parte en ellos. Añadió finas observaciones á una ligera crítica, guardando el medio justo que evita igualmente lo insípido del elogio y lo mordaz de la sátira. Imitó con suma naturalidad el tono de la afectacion y de la tosquedad; y el que le era natural se mostró con eso despues mucho mas gracioso. Los países estrangeros, sus costumbres, sus usos, la etiqueta de las diversas cortes, las modas, los adornos de las damas, le sirviéron de testo sucesivamente, y rara vez pasaba de un asunto á otro sin encontrar medio de hacer algun elogio delicado al paso de la reina virgen, de su corte y de su gobierno. Tal fué la conversacion de lo restante del paseo, amenizada por la jovialidad de los jóvenes cortesanos, que adornaron las observaciones de algunos sabios sobre los autores antiguos y modernos, y enriquecieron las máximas de profunda política y de sana moral de los hombres de estado que hacian resonar el lenguaje de la sabiduría en medio de los discursos frívolos de la galantería que debia reinar en una corte presidida por una muger.

Al volver á palacio, aceptó Isabel, ó por mejor decir escogió el brazo de Leicester, para ir desde la grande escalera que daba al Támesis hasta la puerta de palacio. Creyó él notar, aunque tal vez era esta solamente una ilusion lisonjera de su imaginacion, que durante este corto tránsito se apoyó la reina sobre él mas de lo que necesitaba. Por cierto que las acciones y los discursos de Isabel se habian puesto de acuerdo aquella mañana para indicarle que habia llegado á un grado de favor superior al que habia logrado hasta entónces. Es verdad que la reina dirigió muchas veces la palabra con bondad á su rival; pero lo que ella le decia no tanto parecia inspirado por su corazon, como arrancado por el mérito que no podia menos de reconocer en él. En fin, todo lo que ella le dijo de mas lisonjero fué contrabalanceado en la opinion de los cortesanos mas finos con una palabra que habia dicho al oido á lady Derby, que la enfermedad era mejor alquimista de lo que ella suponía, pues habia cambiado en oro la nariz de cobre de Sussex.

Esta chufleta se divulgó, y el conde de Leicester, gozando de su triunfo como hombre cuyo primero, único móvil de todas sus acciones habia sido asegurarse del favor de su soberana, se olvidó por un momento de

los peligros de su situación. Aunque parezca muy extraño, pensaba entonces menos en los peligros á que le esponia su casamiento secreto, que en las pruebas de bondad que Isabel daba de cuando en cuando al jóven Raleigh. Eran pasajeras, momentáneas, pero recaian sobre un jóven que hubiera podido servir de modelo á un escultor, que habia recibido excelente educación, y reunia el valor á las gracias y la galantería.

Los cortesanos que habian acompañado á la reina fuéron convidados á un espléndido banquete. Verdad es que el festin no fué honrado con la presencia de la soberana: Isabel pensaba que su modestia y su dignidad no le permitian tomar parte en él, y acostumbraba en tales casos comer frugalmente en particular con una ó dos de sus favoritas. Despues de comer, toda la corte se volvió á reunir en los soberbios jardines del palacio, y al pasearse allí preguntó la reina repentinamente á una dama que se hallaba á su lado, adonde habia ido el jóven caballero de la capa.

Lady Paget respondió que habia visto al señor Raleigh, pocos minutos ántes, en pie delante de la ventana de un pabellon que caia al Támesis, y escribiendo en una vidriera con la punta del diamante de una sortija.

— Yo se la he dado, dijo la reina, en pago de la capa que ha echado á perder por mi causa. Vamos ácia ese lado, lady Paget; deseo saber que es lo que ha escrito. Empiezo ya á conocerle: tiene un ingenio sumamente sutil.

Se fuéron al pabellon. El jóven se hallaba aun allí algo distante, como el cazador que cuida de las redes que ha tendido en un prado para coger los pajarillos. La reina se acercó á la ventana, y examinó la vidriera en que Raleigh, sirviendose del regalo que habia recibido de ella, habia escrito el verso siguiente:

Yo quisiera subir; ¿podré lograrlo?

La reina se sonrió, y le leyó dos veces, la primera en voz alta á lady Paget, y la segunda en voz baja y entre dientes. — Empieza bien, dijo despues de un minuto ó dos de reflexion; pero parece que la musa ha abandonado al jóven ingenio al principio de su carrera. Seria un acto de misericordia concluir el dístico: ¿no le parece á vm., lady Paget? Veamos si es vm. poetisa.

Lady Paget, tan dedicada á la prosa desde su cuna, como ha podido serlo cualquiera otra dama de honor de una reina, confesó su absoluta imposibilidad de ayudar al poeta en su apuro, por no saber componer versos.

— Segun eso será preciso, dijo Isabel,

que eche yo mi cuarto á espadas, y haga un sacrificio pequeño á las nueve hermanas.

— Ningun incienso les puede ser mas grato, dijo lady Paget, y será hacer demasiado honor á las divinidades del Parnaso el...

— ¡Ya, ya, Paget! dijo la reina, vm. comete un sacrilegio contra las nueve inmortales. Siendo ellas vírgenes, debieran ser favorables á una reina virgen, y por eso.... pero volvamos á leer su verso :

Yo quisiera subir, ¿podré lograrlo?

¿No pudiera respondersele así por el pronto?

Si temes no poder, puedes dejarlo.

La dama de honor exclamó llena de alegría y sorpresa, oyendo una caída tan feliz, y por cierto que han sido aplaudidas otras peores en autores de un rango menos distinguido.

Animada con el voto de lady Paget, cogió la reina una sortija de diamantes, y diciendo: — « Nuestro jóven poeta va á quedar sorprendido cuando encuentre acabado su dístico por un poeta intruso; » escribió el segundo verso debajo del primero.

La reina salió del pabellon; pero al retirarse muy despacio, volvió atrás la cabeza varias veces, y vió al jóven Walter que corria

como un corzo ácia el sitio que acababa ella de dejar. — Ya prendió fuego la pólvora, dijo entónces, es cuanto queria yo ver. Y riendose de este incidente con lady Paget, volvió á palacio, encargandola que no dijese á nadie nada de la escena que acababa de presenciarse. La dama de honor le prometió un secreto inviolable; pero debe suponerse que hizo una reserva mental en favor de Leicester, á quien contó al punto una anecdota que no podia agradarle mucho.

Al mismo tiempo Raleigh, habiendose acercado á la ventana, leyó con un entusiasmo imponderable el estímulo que la reina misma acababa de dar á su ambicion; y loco de contento, lleno de esperanza, fué á reunirse con el conde de Sussex, que iba á embarcarse con su comitiva.

El respeto debido á la persona del conde impidió que recayese la conversacion sobre la acogida que habia logrado en la corte ántes que llegasen á Say's-Court; y Sussex entónces, incomodado por su enfermedad y por las fatigas de aquel dia, se retiró á su cuarto, y envió á llamar á Wayland, que le habia servido con tan buen éxito de médico y enfermero; pero Wayland no parecia en parte ninguna, y miéntras le buscaban algunos oficiales del conde por todas partes con la im-

paciencia que caracteriza á los militares, y maldiciendo su ausencia, los otros rodearon á Raleigh, y le daban la enhorabuena de la perspectiva brillante que presentaba su situacion.

Tuvo sin embargo bastante discrecion y discernimiento para no hablar de la circunstancia decisiva del verso que Isabel se habia dignado parear con el suyo; pero habian transpirado otras circunstancias que anunciaban claramente que habia hecho algunos progresos en el favor de la reina. Todos se apresuraron á manifestar su satisfaccion al ver el favorable aspecto que presentaba su fortuna, los unos por un interes verdadero, los otros esperando que sus ascensos podrian acelerar los de ellos, la mayor parte por uno y otro motivo, y todos porque un favor concedido á un oficial de la casa del conde de Sussex era para su partido un triunfo. Raleigh les dió gracias á todos del afecto que le manifestaban, añadiendo con la modestia que convenia, que la buena acogida de un dia no bastaba para hacer un favorito, porque una golondrina no hace verano. Pero notó que Blount nada le decia, y estrañandolo mucho, le preguntó con franqueza la razon.

— Mi amigo Walter, le respondió Blount con igual franqueza, yo te aprecio tanto como

cualquiera de esos charlatanes que se apresuran á darte tantas enhorabuenas, porque el sol quiere parecer alumbrarte; pero me temo, Walter, que todo eso podrá parar en mal. Y pasó la mano por sus ojos. Se ven en la corte muchas jugarretas de toda especie. El deseo de agradar á una muger hermosa suele causar mas pérdidas que ganancias, y las amistades peligrosas han llevado á muchos al patíbulo.

En diciendo esto, salió del cuarto, mientras le seguia con la vista Raleigh, mostrando en su fisonomía que hacia sumo aprecio de tan útiles avisos.

Stanley entró entónces, y dijo á Tresilian: — Milord desea ver á Wayland que acaba de llegar; pero no quiere ver al conde sin haber hablado ántes con vm. Está como espantado; ¿quiere vm. verle al momento?

Salió al punto Tresilian, y habiendo entrado con Wayland en otro cuarto, se sorprendió al verle tan desfigurado.

— ¿Que tiene vm.? le preguntó: ¿ha visto vm. al diablo?

— ¡Peor, señor mío, y cien veces peor! He visto un basilisco. Gracias á Dios, le he visto el primero, y habiendole visto sin que él me viese, no me hará tanto mal.

— Por amor de Dios, espíquese vm., pues no comprendo una palabra.

— He visto á mi antiguo amo y maestro. Cierta sugeto me ha llevado á ver el reloj de palacio, pensando que tendria gusto en examinar aquella máquina, y en una de las ventanas inmediatas he reconocido á mi insigne doctor.

— Pero ¿está vm. seguro de no haberse equivocado?

— ¡ Haberme equivocado! no por cierto. El que le ha conocido una vez le reconocerá entre quince mil, si le vuelve á ver. Estaba vestido de una manera estraña, pero no puede disfrazarse á mis ojos tan bien como, á Dios gracias, puedo yo disfrazarme á los suyos. Sin embargo no quiero esponerme á un riesgo semejante. Tarleton el cómico no podria disfrazarse tan bien que pudiese estar seguro de que el tal Doboobie no le reconociese tarde ó temprano. Me voy mañana por la mañana. Nos separamos de tal modo, que bastaria para darme la muerte el espirar el mismo aire que él respira.

— Pero el conde de Sussex....

— No corre peligro ninguno, con tal que continúe tomando, durante cierto tiempo, todas las mañanas en ayunas, un poco de or-

vietan del tamaño de una haba. Pero ¡ cuidado con las recaídas!

— ¿Y como podrá librarse de ellas?

— Con las mismas precauciones que seria preciso tomar contra el diablo en persona. Que solo coma lo que únicamente haya pasado por las manos de su propio cocinero, y que nada compre este sino á las personas conocidas y seguras. Que el que haya de servir la mesa y el cocinero gusten todos los platos de antemano. Que no haga uso el conde de perfumes, ni de unguentos, ni de pomadas; que no coma ni beba con ningun estraño. Sobre todo que redoble sus precauciones, si va á Kenilworth. Que se sirva del pretexto de su enfermedad y de las recetas de los médicos, para escusarse acerca de la rigidez de su régimen y conducta.

— ¿Y que piensa vm. hacer, Wayland?

— No lo sé: irme á alguna otra provincia de Inglaterra, ó embarcarme para Francia, España, las Indias.... Todo lo que se quiera, con tal que me vea léjos del tal Doboobie, de Demetrio, de ese miserable en fin, llamese como se llamase en el di. ®

— Pues bien, en eso no hay nada perdido: tengo que dar á vm. una comision para el condado de Berk, pero en otro distrito en que no es vm. conocido; y ántes que tuviese

vm. esa razon para querer irse , habia yo formado el proyecto de enviarle á vm. con dicha comision y con todo secreto.

— Wayland le dijo que estaba pronto á recibir sus órdenes, y Tresilian sabiendo que estaba en parte informado de los motivos que le habian llevado á la corte , acabó de decirle todo lo que necesitaba saber, le habló del convenio que habia hecho con el posadero Gil Gosling , y de lo que Varney habia dicho en la audiencia y habia sido confirmado por Leicester.

— Ya vé vm. , añadió , que en las circunstancias en que me encuentro es importante observar muy de cerca todos los pasos de estos hombres inmorales, Varney y sus cómplices Foster y Lambourne , y aun los del conde de Leicester , que sospecho que son mas bien engañadores que engañados en este asunto. He aquí un anillo que entregará vm. á Gil Gosling como prueba de que va vm. de mi parte, y una cantidad de oro que será triplicada, si me sirve vm. fielmente. Asi pues vaya vm. á Cumno; á saber que es lo que allí sucede.

— Lo haré con muchísimo gusto , respondió Wayland ; lo primero, por servir á vuestra merced que ha tenido tanta bondad para conmigo , y lo segundo por alejarme de mi antiguo

maestro y amo que, si no es precisamente un diablo en carne humana, reúne todas las calidades diabólicas que deshonran la humanidad. Y sin embargo que se guarde de mí ; procuro huir de él , pero si alguna vez me persiguiese , le embestiré como si fuera un toro salvaje de Escocia. Voy á salir al punto , luego que esté pronto mi caballo. Voy á entregar á milord orvietan dividido en dósis convenientes , á darle algunos avisos ; y despues su seguridad dependerá del cuidado que empleen sus amigos y criados. Nada tiene por ahora que temer ; pero que se guarde en lo sucesivo.

Dejando á Tresilian , Wayland fué á hacer su última visita al conde de Sussex , le dió instrucciones sobre el régimen que debia seguir y las precauciones que debia tomar ; y partió de Say's-Court , sin aguardar á la mañana siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

